



EL COLEGIO DE SONORA

MAESTRÍA EN CIENCIAS SOCIALES

Vidas clandestinas: Memoria y sociabilidad en la Liga Comunista 23 de Septiembre en Sonora (1973 – 1981)

Tesis presentada por
Erick Manuel Pastén Rozo

Como requisito parcial para obtener el grado de
Maestro en Ciencias Sociales

Director de tesis: Doctor José Marcos Medina Bustos

Lector interno: Doctor Ignacio Lorenzo Almada Bay

Lector externo: Doctor Sergio Arturo Sánchez Parra

Hermosillo, Sonora

Marzo de 2022

La clase proletaria moderna no lleva a cabo su lucha según un plan establecido en algún libro o teoría; la lucha obrera moderna es parte de la historia, parte del progreso social, y en medio de la historia, en medio del progreso, en medio de la lucha, aprendemos cómo debemos luchar.

- Rosa Luxemburgo

*Mas nuestra fuerza
no es enorme no rodeamos
al contrario
estamos metidos entre el agua
del azoro
y la paciencia proletaria
combatiendo
así es nuestro esfuerzo
empezamos (sin ser fuertes)
con las uñas, el acero, las palabras
nuestros dientes de castor
son la pequeña artillería
la diminuta
brigada dinámica
sin gran notoriedad, la escondida*

- Jesús Manuel Gámez Rascón

Dedicado a mi madre, Gloria Antonia Rozo Vera.
Su lucha y resistencia, tanto personal como académica,
será por siempre mi norte por seguir.
Que tu memoria nunca me abandone.

Dedicado a Benjamín Pérez Aragón.
Que su vida sea un ejemplo de compromiso con
la lucha social a favor de todos los oprimidos.

Este trabajo está dedicado a todos aquellos
jóvenes, campesinos, estudiantes y obreros que
decidieron entregar su vida, mente y alma por
aquello que consideraron una causa justa.

Resumen

En 1973 se conformó en Guadalajara lo que sería la organización político-militar de corte socialista que más alcance tuvo a nivel nacional: la Liga Comunista 23 de Septiembre. Esta organización surgió en un contexto de autoritarismo político y contracción económica a nivel nacional, y uno de polarización ideológica y conflictos militares a nivel global. Su objetivo principal era el derrocamiento del sistema político mexicano, dominado por décadas por la estructura corporativa del PRI, así como el desmantelamiento del sistema económico capitalista. Tras varias actividades político-militares de gran envergadura, reestructuraciones internas y replanteamientos de su proyecto revolucionario, la Liga desapareció para mediados de 1981

Al igual que la organización nacional, las brigadas de la LC23S iniciaron sus actividades en Sonora en 1973 en dos frentes distintos: el urbano y el rural. El objetivo del presente trabajo es recuperar y analizar los procesos de sociabilidad experimentados por dichas brigadas y comandos político-militares en el período que transcurrió entre 1973 y 1981. A través del uso de una metodología cualitativa, tales como el análisis de testimonios orales y escritos, así como una revisión bibliográfica, se buscó reconstruir dichos procesos.

El lector encontrará a lo largo de las siguientes páginas información relacionada a los liderazgos al interior del llamado Comando Sonora, así como las disputas alrededor de éstos. De igual forma, se exploraron las diferentes líneas políticas y proyectos revolucionarios propuestos por diferentes facciones en la organización. Por último, el presente trabajo busca presentar los procesos de sociabilidad experimentados por las diferentes células de la organización, las diferencias existentes entre ellas, ya fuese debido al momento o lugar en el que se desarrollaron, así como los espacios en los que éstos se desarrollaron.

Agradecimientos

Al Consejo Nacional de Ciencias y Tecnología CONACYT por el apoyo económico otorgado durante el período 2020-1 a 2021-2 para la realización de la presente investigación.

A mis profesores del Colegio de Sonora, especialmente a los del Centro de Estudios Históricos de Región y Frontera (CEHRF), por su paciencia y dedicación durante mi tiempo como maestrante, así como al personal de la Biblioteca “Gerardo Cornejo Murrieta”. Especialmente a las profesoras Zulema Trejo y Gabriela García Figueroa por aguantar las miles de preguntas que me surgían al final de cada una de sus sesiones. Sin su apoyo a la hora de querer entender las problemáticas teóricas, nunca hubiera podido avanzar lo suficiente.

A mi director de tesis, el Dr. José Marcos Medina, quien fue mi guía en este proceso. Su apoyo fue invaluable para poder plasmar mis ideas en papel. Al Dr. Ignacio Almada por su interés en el tema, así como por los contactos que me facilitó. Al Dr. Arturo Sánchez por tomarse el tiempo de revisar y comentar este trabajo. Los tres tienen mi admiración y reconocimiento.

A mis compañeros de generación: Edgar Luna, Roxana Frago, Julián Robles, Gabriela Cadenas, Jacqueline Duarte, Ximena Ochoa, Eber Martínez. Gracias por aguantarme en mis digresiones teóricas de media clase. Desafortunadamente, la pandemia que nos tocó vivir evitó que compartiéramos más tiempo el aula. Sin embargo, a mi parecer, la comunicación en línea fue más que suficiente para desarrollar una relación fraternal y solidaria entre nosotros. Un agradecimiento especial a Ana Silvia Toruga Brau, quien me apoyó con tareas, proyectos y, en más de una ocasión, aguantó mis crisis existenciales.

A mis informantes: José Socorro, Antonio Valenzuela, Patricia Navarro, Adalberto Gaxiola, Alejandrina Ávila, Eleazar Gámez y a *Claudia*. Gracias por permitirme explorar a su lado momentos íntimos de su vida. Momentos que, en muchos casos, no habían sido compartidos con otras personas.

Un agradecimiento especial a Benjamín Pérez Aragón, quien desafortunadamente falleció antes de que este proyecto concluyera. No olvidaré que, sin que ninguno de los dos supiera, pasó varias de sus últimas horas en este plano existencial platicando conmigo, contándome su historia. Estaré por siempre agradecido que me haya permitido adentrarme en aspectos tan profundos, tan personales, de su vida.

A Paulina por su paciencia, amor, apoyo y cariño a lo largo de estos dos años de investigación.

Índice

Acrónimos y siglas	1
Introducción	3
Capítulo I. Consideraciones teóricas y metodológicas	10
1) Conceptos Teóricos	10
a) Sociabilidad e historiografía	10
b) Sociabilidad asociativa-formal en la guerrilla	15
2) Cuestión Metodológica.....	19
a) Reflexiones teórico-metodológicas en torno a la fuente oral y la memoria.....	21
Capítulo II. México y Sonora: del milagro económico a la crisis político-social	26
1) México, los vaivenes de la posrevolución	26
2) Sonora, de las semillas de la revolución verde al germen de la revolución roja	31
a) Desarrollo industrial.....	32
b) Las instituciones de educación superior	36
c) Crisis política y polarización social	40
i) Conflictos universitarios, del partidismo al activismo.....	41
ii) La Universidad de Sonora y la contracultura de los sesenta y setenta.....	47
iii) El Valle del Yaqui y las movilizaciones campesinas del 75.....	51
Capítulo III. Una sociabilidad de riesgo: la lucha guerrillera	55
1) Organizaciones político-militares en América Latina	58
2) Organizaciones político-militares con presencia en el noroeste mexicano, 1965-1973..	63
3) La Liga Comunista 23 de Septiembre	77
a) Fundamentos estratégicos y programáticos	80
b) Organización Nacional.....	84
c) Comando Sonora.....	87

Capítulo IV. El Comando Sonora en dos etapas de su historia	95
1) Fundación, conformación y definición del proyecto revolucionario (1967-1975).....	95
a) Tres líneas en disputa por el liderazgo político-ideológico	96
2) Proceso de rectificación (1975-1981).....	107
3) Estructura y liderazgos del Comando Sonora.....	113
Capítulo V. Una sociabilidad revolucionaria: mecanismos formales e informales de funcionamiento	124
1) El sujeto ideal de la sociabilidad revolucionaria: entre la teoría y la praxis	124
2) Espacios de sociabilidad guerrillera	135
a) Espacios rurales y sociabilidades tradicionales.....	136
b) Espacios urbanos.....	150
3) Prácticas comunes entre militantes y simpatizantes	164
4) Formación de cuadros: educación militar y política.....	171
Consideraciones Finales.....	186
Referencias.....	194
Páginas Web.....	200
Entrevistas.....	202
Hemerografía	203
Tabla de referencias	203

Acrónimos y siglas

ACNR	Asociación Cívica Nacional Revolucionaria
ANUIES	Asociación Nacional de Universidades e Institutos de Enseñanza Superior
BCA	Brigada Campesina de Ajusticiamiento
BNCE	Banco Nacional de Crédito Ejidal
BREZ	Brigada Revolucionaria Emiliano Zapata
CGOG	Comando Guerrillero Óscar González
COBACH	Colegio de Bachilleres
CoCo Clan	Comité Coordinador Clandestino
CS	Corriente Socialista
CN	Coordinadora Nacional
CNC	Confederación Nacional Campesina
CML	Comité Marxista Leninista
CPMAG	Comité Político Militar Arturo Gámiz
CTM	Confederación de Trabajadores de México
FANR	Fuerzas Armadas de la Nueva Revolución
FDC	Frente Democrático Campesino
FECSM	Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México
FEITSON	Federación de Estudiantes del Instituto Tecnológico de Sonora
FER	Frente Estudiantil Revolucionario
FEUS	Federación de Estudiantes de la Universidad de Sonora
FEUS	Federación de Estudiantes Universitarios Sinaloenses
FRAP	Fuerzas Revolucionarias Armadas del Pueblo
GPG	Grupo Popular Guerrillero
GPG-AG	Grupo Popular Guerrillero – Arturo Gámiz
IES	Institutos de Educación Superior
ISSSTE	Instituto de Seguridad y Servicios Sociales para los Trabajadores del Estado
ITSON	Instituto Tecnológico de Sonora
JECI	Juventud Estudiantil Católica Internacional
JCM	Juventud Comunista de México

LC23S	Liga Comunista 23 de Septiembre
LCI	Liga Comunista Internacionalista
M23S	Movimiento 23 de Septiembre
MAR	Movimiento de Acción Revolucionaria
MAR23S	Movimiento de Acción Revolucionara 23 de Septiembre
MEP	Movimiento Estudiantil Profesional
MER	Movimiento Espartaquista Revolucionario
MIEC	Movimiento Internacional de Estudiantes Católicos
MRP	Movimiento Revolucionario del Pueblo
OMEPE	Organización Marxista por la Emancipación del Proletariado
OP	Organización Partidaria
PBD	Pequeña Brigada Dinámica
PC	Punto Crítico
PCM	Partido Comunista Mexicano
PdIP	Partido de los Pobres
PIF	Programa de Industrialización de la Frontera
PNR	Partido Nacional Revolucionario
PPS	Partido Popular Socialista
PRI	Partido Revolucionario Institucional
PRM	Partido de la Revolución Mexicana
PRT	Partido Revolucionario de los Trabajadores
STEUS	Sindicato de Trabajadores y Empleados de la Universidad de Sonora
TL	Teología de la Liberación
Tesis UF	Tesis de la Universidad Fábrica
UAG	Universidad Autónoma de Guadalajara
UANL	Universidad Autónoma de Nuevo León
UAS	Universidad Autónoma de Sinaloa
UGOCM	Unión General de Obreros y Campesinos De México
UniSon	Universidad de Sonora

Introducción

La década de los setenta del siglo XX se caracterizó a nivel mundial por las convulsiones políticas, sociales y económicas que se vivieron. La guerra de Vietnam llegaba su ineludible fin; las democracias latinoamericanas eran reemplazadas por dictaduras militares; el escándalo de *Watergate* minaba la confianza del electorado norteamericano; y la crisis del petróleo sacudió a la economía global; entre otros tantos eventos de alcance mundial. En el caso mexicano, esta década se caracterizó por el agotamiento y la deslegitimación del sistema económico y político posrevolucionario, así como el surgimiento de expresiones políticas y sociales ajenas al corporativismo priista que había dominado el escenario político desde el final del conflicto armado de 1910.

Fue en este contexto que surgieron decenas de organizaciones político-militares en el país, la mayoría con el objetivo expreso de reemplazar el sistema político y económico dominante con uno de corte socialista. Incluida en aquella lista se encontraba la organización que es objeto de esta investigación: la Liga Comunista 23 de Septiembre. Esta organización, formada en 1973 tras la fusión de varias organizaciones político-militares de diferentes latitudes del país, desarrollaría sus actividades a lo largo de 20 de las actuales 32 entidades federativas. Debido a este amplio espacio de acción, así como por su número de militantes, fue que la Liga llegó a ser considerada por el Estado mexicano como una verdadera amenaza a su ejercicio de poder.

A pesar de lo anterior, en la segunda mitad de la década de los setenta, tanto la Liga como las demás organizaciones armadas, tuvieron un repliegue en su trabajo político y militar, ocasionado por las reformas políticas y electorales, promesas de amnistías, la represión por parte de los aparatos de seguridad e inteligencia mexicana. Si bien los

movimientos armados de corte socialista en el México de los setenta no alcanzaron a afianzar una fuerza militar o una base de apoyo social al nivel de sus contrapartes latinoamericanas, confinar su existencia a dos o tres párrafos o al pie de página, como suele hacer la historiografía tradicional, sería un error. Más allá de nuestras afinidades o aversiones a estos grupos, ignorar el papel que jugaron en el devenir político mexicano sería contraproducente a la hora de querer entender nuestra realidad política actual.

La distancia temporal e ideológica ha permitido el surgimiento, en los últimos años, de una producción académica robusta acerca de dichos movimientos; explora este fenómeno desde perspectivas analíticas nuevas, tales como una visión cultural o de género. Estos trabajos parten de una visión crítica, que no busca mitificar a su objeto sino comprender el fenómeno desde diferentes aristas metodológicas y conceptuales. Trabajos como los escritos por De los Ríos Merino, Sánchez Parra y Torres Martínez, con sus novedosas propuestas analíticas y metodológicas, parten del supuesto de que existe una multicausalidad en el objeto de estudio, la cual no puede ser explicada desde los antiguos paradigmas de la historia tradicional. La importancia de estos nuevos enfoques radica, además, en que brinda nuevos elementos y herramientas con las cuales acercarnos a temas que, al igual que éste, pueden resultar difíciles de analizar, debido a su naturaleza clandestina.

Esta novedosa producción académica, sin embargo, sigue siendo dominada principalmente por estudiantes de licenciatura y posgrado, no por académicos profesionales. Más aún, tras el auge en la producción historiográfica que se ha dado en la última década en torno al tema de los movimientos armados socialistas en México, sigue siendo poca aquella que hace referencia a los espacios del noroeste del país. Además de Adela Cedillo, quien se ha dedicado a investigar al llamado “cuadrilátero de oro” (Sonora, Sinaloa, Chihuahua y

Durango) en el que tuvieron presencia los comandos guerrilleros rurales de la Liga Comunista 23 de Septiembre, son pocos o nulos los esfuerzos de este tipo a nivel regional. A pesar de que el noroeste mexicano fue el escenario de amplias movilizaciones campesinas y estudiantiles, así como un espacio que vio el surgimiento y desarrollo de una docena de grupos político-militares durante la década de los sesenta y setenta.

Este aparente abandono de las investigaciones en torno a la Liga Comunista 23 de Septiembre, y de las demás organizaciones político-militares en la región, podría explicarse en parte, a la preponderancia de una visión centralista y ortodoxa de la historia, la cual pone su foco de atención en los llamados “centros industriales” o las grandes urbes del país como lugares idóneos para el surgimiento de este tipo de expresiones políticas. De igual manera, los eventos ocurridos durante y después del movimiento estudiantil de 1968 en la Ciudad de México han servido como una matriz de investigación que ha guiado la producción académica en torno a los movimientos sociales y los grupos armados de corte socialista en México desde hace varias décadas. La propia Liga Comunista colocó a las movilizaciones estudiantiles del 68 como uno de los aspectos fundamentales para legitimar sus propuestas teóricas.

Si bien el movimiento del 68 jugó un papel importante en la creación de varios de los grupos que participaron en la fundación de la Liga Comunista 23 de Septiembre a nivel nacional, en el caso sonoreense podemos observar que la génesis del fenómeno armado tuvo raíces en los conflictos campesinos locales que poco o nada tuvieron que ver con los eventos vividos en la capital. Es en este sentido que existieron una serie de procesos relacionales y estructuras organizativas propias en la entidad, ajenas a las planteadas desde la historiografía tradicional e, incluso, desde la propia Coordinación Nacional de la Liga. Vale la pena aclarar

que lo sucedido en Sonora no era la excepción, sino la regla, y que lo que buscamos con este trabajo es complejizar el fenómeno guerrillero, partiendo de una exploración de sus procesos de sociabilidad a nivel regional, para permitirnos comprender mejor el funcionamiento y devenir de esta organización a nivel nacional. El presente trabajo tiene el propósito no solo de aportar información a la historiografía nacional en torno al fenómeno guerrillero sino de romper con este sesgo autoimpuesto por académicos e investigadores.

La temporalidad contemplada para la investigación es de 1973 a 1981, de acuerdo con la propuesta del historiador Lucio Rangel Hernández, quien difiere de la temporalidad tradicionalmente asumida por otros investigadores, la cual se limita a los años de 1973 a 1974. Partimos de la idea de que la Liga Comunista 23 de Septiembre siguió existiendo como organización armada, la cual seguía llevando a cabo tareas de propaganda y reclutamiento hasta 1981. Esto a pesar de la caída de sus principales líderes político/ideológicos.

Dicha temporalidad se ajusta a nuestro objeto de estudio, pero parte de un razonamiento diferente: varios de los últimos militantes de la organización, tanto a nivel nacional como local, que seguían llevando a cabo tareas de reclutamiento provenían de Sonora o tenían su base de acción en la entidad. Si bien en este trabajo se reconstruyen los procesos de militancia armada y reclutamiento por parte de la Liga Comunista 23 de Septiembre, vale la pena recordar que muchos de los líderes guerrilleros de la organización, durante su primer período de existencia, tenían un pasado activista o militaban en alguna otra organización armada. Esto significa que, al explorar los procesos de radicalización y militancia de estos individuos, forzosamente se tendrá que hacer referencia a períodos anteriores a los que corresponden a la existencia de la LC23S como organización formalmente estructurada. De igual manera, mientras que Rangel divide su temporalidad en

cinco etapas (formativa, hostigamiento, defensiva, sobrevivencia, extinción), en esta tesis se decidió dividirla en dos: 1) fundación, conformación y definición del proyecto revolucionario; 2) proceso de rectificación.

Con la anterior periodización, el siguiente trabajo se divide en cinco capítulos. En el primero se abordan los conceptos teóricos a partir de los cuales se explorará el fenómeno guerrillero en Sonora: la sociabilidad y la memoria. En el caso del primero, se expone la perspectiva teórica propuesta por Maurice Agulhon para investigar las estructuras y prácticas relacionales desarrolladas tanto por las agrupaciones obreras como por los llamados círculos burgueses durante los siglos XVIII y XIX. De igual forma, se hace un acercamiento a las aportaciones teórico-metodológicas del investigador Sergio Arturo Sánchez Parra, quien ha utilizado dicho concepto a la hora de acercarse al grupo político-militar conocido como los Enfermos de Sinaloa. En cuanto a la memoria, se hace una breve reflexión en torno a su desarrollo como categoría conceptual, así como su función teórico-metodológica en las investigaciones históricas. Es a través de estos conceptos que se analizaron los testimonios orales y escritos, con el propósito de reconstruir los procesos de sociabilidad vividos por el Comando Sonora de la Liga.

En el segundo capítulo se analiza el contexto sociopolítico y económico que sirvió como trasfondo para el surgimiento de organizaciones político-militares a lo largo del continente. Dicho capítulo se divide en dos apartados: el contexto nacional y el estatal. En el caso del primero se aborda el llamado “milagro mexicano” y los efectos que tuvo en la sociedad mexicana como conjunto. En el segundo se pone énfasis en el desarrollo agroindustrial, producto de la llamada “revolución verde” y los efectos polarizadores que tuvo en los aspectos económicos y sociales en la entidad. De igual manera, se explora

brevemente la influencia que tuvieron los movimientos contraculturales, campesinos y estudiantiles en la formación de un sujeto político nuevo: el estudiantado universitario activista.

En el tercer capítulo se hace una síntesis de la historia del fenómeno guerrillero a nivel internacional y nacional, haciendo énfasis en aquellas organizaciones político-militares con presencia en el noroeste mexicano: Grupo Popular Guerrillero, Grupo Popular Guerrillero – Arturo Gámiz, Movimiento 23 de Septiembre, Pequeña Brigada Dinámica, Movimiento de Acción Revolucionaria, Los Macías, y las Fuerzas Armadas de la Nueva Revolución. De igual manera, en este capítulo se reconstruye la historia de la Liga Comunista 23 de Septiembre a nivel nacional, a nivel estatal, así como por sus fundamentos estratégicos-programáticos. Con esto se pretende contextualizar el fenómeno armado en sus distintas aristas y brindar la información necesaria para abordar el tema desde aspectos más específicos de sus procesos relacionales y sus estructuras organizativas.

El capítulo cuatro trata directamente con la estructura organizativa del Comando Sonora de la Liga Comunista 23 de Septiembre. El período abarcado por este capítulo inicia en 1973, con la fundación de la LC23S y culmina en 1981, con su desarticulación a nivel nacional y regional. Se analiza con especial interés la presencia de tres líneas políticas al interior de la organización las cuales se disputan, abierta o cerradamente, la dirección del Comando en la entidad. Vale la pena aclarar que, debido al origen de la LC23S en organizaciones locales formadas previo a 1973, fue necesario retomar momentos previos a los contemplados en nuestra periodización, con el objetivo de comprender la complejidad de las estructuras de liderazgo y las prácticas relacionales de las distintas brigadas, comandos y líneas políticas con presencia en Sonora.

El quinto y último capítulo aborda las prácticas de sociabilidad desarrolladas al interior del Comando Sonora. Siguiendo los postulados conceptuales propuestos por Algulhon, se exploran las prácticas relacionales al interior de las brigadas de la LC23S partiendo de la idea de que la sociabilidad vivida por la organización se encontraba en un punto medio entre aquellas que el investigador francés dominó como formales e informales. La recuperación de los testimonios orales y escritos fue esencial para la reconstrucción la historia de la LC23S, así como sus procesos de sociabilidad. La utilización de éstos como la fuente principal brindó una oportunidad privilegiada para entender los razonamientos y motivaciones detrás de la militancia armada de las personas que decidieron unirse a la LC23S. Este capítulo se divide en cuatro apartados: el sujeto revolucionario idóneo para la organización; los distintos espacios físicos en los que se desarrolló la práctica guerrillera, entendidos como espacios de sociabilidad; las prácticas comunes desarrolladas por los militantes de la organización; y la formación de cuadros políticos y militares.

Capítulo I. Consideraciones teóricas y metodológicas

1) Conceptos Teóricos

a) Sociabilidad e historiografía

Los estudios relacionados a la sociabilidad, es decir la capacidad del sujeto individual de relacionarse tanto con otros sujetos, así como con grandes grupos sociales, tienen una larga tradición dentro de varias ciencias sociales (tales como la sociología o etnografía, entre otras) donde su presencia o utilización forma parte de sus cimientos teórico/metodológicos. La cosa ha sido un tanto distinta en el campo de la investigación histórica ya que la sociabilidad, como categoría propia, carece de una larga tradición académica. Esto se debe, por una parte, al uso de una definición derivada del “sentido común” y la cual, se aseguraba, no necesitaba contextualización o explicación alguna (Bernaldo, 2004). Esto se presta a que, en muchos casos, se quiera utilizar esta categoría para explicar una variedad de fenómenos “que impliquen las relaciones, reales o supuestas, entre los individuos. Si todo es sociabilidad [su invocación] pierde cierta pertinencia” (p. 420).

Por otra parte, el carácter polisémico y ambiguo de este concepto, el cual tiene su origen en las múltiples disciplinas sociales que lo emplean, dificultaba su incorporación al campo historiográfico. No fue sino hasta finales de la década de los sesenta e inicios de los setenta del siglo XX cuando, gracias a las aportaciones del historiador francés Maurice Agulhon, la sociabilidad empezó a abrirse un espacio dentro de las investigaciones históricas. En el sentido más general de la palabra, la sociabilidad puede ser entendida como “la cualidad de ser sociable” (Real Academia Española). Si bien dicha definición es esencial a la hora de describir las cualidades que separan al hombre del resto de los animales, resulta poco útil al

momento de querer explorar este fenómeno desde una perspectiva histórica, ya que carece de los elementos necesarios para convertirse en un objeto de estudio propio. Alejándose de aquellas interpretaciones de diccionario, Agulhon propuso, en un principio, la siguiente definición de sociabilidad: la aptitud general de una población a vivir intensamente las relaciones públicas, expresada a través de la densidad y la vitalidad de los grupos sociales organizados (Agulhon, 2009, p.30). Dicha definición difiere de la propuesta formulada décadas antes por el sociólogo George Simmel, quien describió a la sociabilidad como “una dinámica esencial de la realidad social, [...] algo puro que no se delimita o relaciona a intereses materiales, constituyéndose en un aspecto espontaneo del individuo, una forma corporeizada, instintiva, sin pasar por la racionalidad del cerebro” (Chapman, 2015, p. 5); es decir, una aptitud esencial para el ser social. Para el historiador francés, quien expandió en la idea de Simmel, la capacidad de apreciar “de manera diferencial [a la sociabilidad] en el espacio y el tiempo” (p.33), lo cual convierte a esta categoría en un posible objeto de estudio para las investigaciones históricas.

La popularidad de su investigación publicada en 1966, originalmente bajo el título de *Sociabilidad. Confraternidades y asociaciones en la Provenza oriental en el siglo XVIII* y reeditado posteriormente como *Penitentes y masones de la antigua Provenza. Ensayo sobre la sociabilidad meridional*, abrió las puertas a un mar de publicaciones las cuales, para bien o para mal, hicieron amplio uso de esta categoría. La falta inicial de precisión en este término, expresada en los primeros trabajos de Agulhon, se prestó a una excesiva y, en algunos casos, errónea utilización del concepto de sociabilidad, convirtiéndose en una especie de sombrilla bajo la cual se podrían cobijar fenómenos completamente distintos y cuya única conexión era el supuesto análisis de las relaciones sociales. Esto llevo a que el propio Agulhon, en un

ejercicio de autocrítica, ofreciera en la década de los ochenta una definición más concisa: “los sistemas de relaciones que relacionan los individuos entre sí o que los reúnen en grupos, más o menos naturales, más o menos forzosos, más o menos estables, más o menos numerosos” (Guereña, 2005, p. 25-26; Motilla, 2012, p. 341). A partir de esta definición, Agulhon ya no limita el alcance de su categoría al análisis de organizaciones formales, sino que abre el concepto a formas informales de organización.

En su obra *El círculo burgués, la sociabilidad en Francia, 1810-1848*, publicado originalmente en 1977, Agulhon se dedicó al estudio de los llamados círculos, las cuales definió como “forma típica de la sociabilidad burguesa en Francia durante la primera mitad del XIX” (2009, p.47). Se trataba de una forma de organización voluntaria a través de la cual la burguesía, entendida como clase media, se organizaba para practicar juntos una actividad desinteresada o para vivir juntos el ocio. Este tipo de sociabilidad se diferenciaba de aquella llevada cabo por las clases populares debido a la necesidad de un desahogo económico y tiempo libre. Agulhon identifica en este tipo de organizaciones las semillas de lo que serán las organizaciones asociativas modernas, en lo que sería un paso de la estructura informal a la formal, proceso del cual hablaremos más adelante.

La categoría de sociabilidad ha tenido fuerte incidencia en la historiografía europea y, en menor medida, latinoamericana, facilitando una renovación en los estudios históricos en torno a las relaciones sociales. Es a partir de las bases sentadas por Agulhon que, en la historiografía contemporánea, podríamos definir a la sociabilidad como: la aptitud de los hombres y mujeres para relacionarse en colectivos más o menos estables, más o menos numerosos, a las formas, ámbitos y manifestaciones de vida colectiva que se estructuran con este objetivo, y los cuales suponen la interiorización de ciertos códigos y reglas de conducta

que predisponen a un intercambio de ideas y opiniones comunes entre un conjunto de individuos en una época histórica determinada. (Guereña, 2001, p.17; Sánchez, 2012, p.42). A pesar de la aparente ambigüedad del término, éste sigue siendo de gran utilidad en las investigaciones históricas, siempre y cuando se delimite claramente el espacio y el tiempo a explorar (Chapman, 2015). En el caso del presente trabajo, nos estaríamos acercando a la sociabilidad desde los procesos de reclutamiento y militancia armada de la Liga Comunista 23 de Septiembre en Sonora, durante el período de 1973 a 1981.

La sociabilidad, así como ha sido descrita hasta el momento puede dividirse en dos subtipos: la formal y la informal. En su libro, *El círculo burgués*, Agulhon (2009) describe de la siguiente manera la evolución progresiva de la sociabilidad: la aparición de asociaciones voluntarias (tales como clubes, partidos políticos, talleres o el estado), las cuales son cada vez más numerosas y diversificada, mientras que, por otra parte, se da el paso de un estadio informal a uno formal. Para comprender mejor este paso de asociaciones informales a formales, Agulhon utiliza como ejemplo la transición de un grupo de aficionados del fútbol los cuales entrenan en un campo baldío a un club deportivo que juega en un terreno cerrado y participa en competencias oficiales. Esta transición se debe a que “cuantas más actividades tiene una asociación, más requiere fortalecer su organización interna” (p. 39). Se trata de un proceso en el que las asociaciones voluntarias informales se ven obligadas a formalizar sus relaciones sociales, a través de reglamentos, jerarquías internas, valores compartidos, entre otras cosas. Otro ejemplo para Agulhon se puede ver en la vida obrera la cual, según el investigador, “es naturalmente gregaria, después fraternal, y luego militante” (Agulhon y Verger, 1992).

De igual manera los espacios (o lugares) de sociabilidad, entendidos de la manera más general como los espacios de reunión, públicos o privados, en los que se llevan a cabo los procesos de sociabilidad, también pueden subdividirse en formales e informales. En su trabajo *Clase obrera y sociabilidad antes de 1848*, Agulhon (1992), quien tuvo una formación y un pasado marxista, nos da ejemplos de dos tipos de sociabilidad existente para mediados del siglo XIX, así como de los espacios en los que se desarrollaban cada uno: la burguesa y la obrera. En el caso de los primeros, la sociabilidad informal se daba en los salones de las grandes propiedades aristocráticas o burguesas, mientras que la formal se llevaba a cabo en locales alquilados o comprados. Por su parte, en el caso de los obreros, la sociabilidad informal se remitía a espacios públicos tales como las tabernas o cafés, mientras que la formal se llevaba a cabo en talleres o fabricas industriales. Vale la pena recordar que los espacios de sociabilidad son bienes materiales, capital, y que éstos están condicionados inexorablemente a las condiciones socioeconómicas de los grupos que los frecuentan.

La investigadora argentina Pilar González Bernaldo De Quirós abona a la discusión en torno a la sociabilidad, agregando que se trataría de una categoría que “nos remite a prácticas sociales que ponen en relación un grupo de individuos que efectivamente participan en ellas y apunta a analizar el papel que pueden jugar esos vínculos” (2008, p.434). A través de esta caracterización la investigadora busca diferenciar a la sociabilidad de los estudios de redes, cuyo énfasis están en la cantidad y tipo de nodos de conexión que tiene cada individuo o grupo. Bernaldo señala que, si bien, ambos tipos de estudios son compatibles y dan cuenta de aspectos que pudieron haber sido pasados por alto por una u otra de las dos disciplinas, éstos no son ni sinónimos ni sustitutos. Ambos tipos de estudios responden a problemáticas y objetos de estudios propios.

La pertinencia del concepto de sociabilidad, así como de los espacios donde esta se desarrolla, para los estudios de historia política recaen en que éste nos permite entender cómo es que se desarrollan los mecanismos que posibilitan la acción colectiva. Es a través de éste que se puede observar la relevancia de categorías como el parentesco, amistad, paisanaje, identidad o género en los procesos de reclutamiento y militancia, fuese legal o clandestina. Acercarnos a los fenómenos políticos y sociales desde una perspectiva multicausal nos permite alejarnos de visiones deterministas y estructuralistas que posicionan a ciertos procesos, como lo sería el surgimiento de la guerrilla mexicana contemporánea, ya sea como situaciones inevitables o como desviaciones radicales de otros procesos.

b) Sociabilidad asociativa-formal en la guerrilla

A partir de la caracterización realizada en el apartado anterior, podríamos definir a la sociabilidad asociativa formal como la etapa superior del desarrollo de las relaciones sociales caracterizada por la aparición de asociaciones voluntarias con una serie de objetivos, estructuras internas, valores y reglamentos formalizados. Otros ejemplos de transformación de una asociación voluntaria informal a una formal serían: el paso de un grupo de activistas obreros a la formación de sindicatos; de un círculo de estudio literario a un colectivo educativo; o, en el caso que nos atañe, la transformación de un activismo político ya fuese obrero, campesino o estudiantil, a una organización político/militar.

Retomando a Agulhon, éste identifica en los gremios y organizaciones mutualistas una primera forma de sociabilidad asociativa formal, ya que estos cuentan con una identidad y un fin propio (una cualificación profesional y la búsqueda de su mejoramiento), sino que además se rigen bajo reglamentos y estatutos propios (Agulhon y Verger, 1992). Dentro de estos estatutos había provisiones acerca del apoyo y sustento económico para los familiares

sobrevivientes de alguno de sus miembros fallecido. Sin embargo, el investigador nos dice que la ayuda mutua tenía propósitos más allá de una función económica, ya que estos se ven vinculados “a una obligación de oralidad y de solidaridad espiritual no menos fuerte. Hay que [...] considerarse como hermanos y asistir corporativamente a la procesión fúnebre de los camaradas difuntos, como si se fuese para ellos una familia más amplia” (p. 150). Además, la importancia de estas organizaciones en el estudio de las sociabilidades obreras va más allá de su función como vehículo de los intereses de la clase obrera, sino que eran, además, un espacio para la sociabilidad general del ocio.

El investigador sinaloense Sergio Arturo Sánchez Parra es un buen referente en el estudio de las sociabilidades en relación con los grupos guerrilleros, ya que le ha dedicado grandes esfuerzos a reconstruir la historia de los “Enfermos”, ala radical de la Federación de Estudiantes Universitarios Sinaloenses (FEUS) durante la década de los setenta, y su conexión con la Liga Comunista 23 de Septiembre. En su libro *Estudiantes en armas. Una historia política y cultural del movimiento estudiantil de los enfermos (1972-1978)*, el historiador nos dice que la pertinencia de este enfoque historiográfico recae en que “la sociabilidad [nos] permite entender qué tipo de vínculos pueden establecer los individuos entre sí y la naturaleza de los lugares donde se hacen posibles” (Sánchez, 2012, p.43). Parra, al hablar sobre las sociabilidades asociativas formales, nos dice que “Su constitución supone la interiorización de ciertos códigos y reglas de conducta que predisponen a un intercambio de ideas y opiniones de manera común entre un conjunto de individuos en una época histórica determinada” (Sánchez, 2008, p. 213).

Es a través del intercambio de ideas que surge una cosmovisión compartida, la cual puede detonar una participación de los individuos en un proyecto de acción colectiva.

Sánchez Parra (2008) encuentra en los “Enfermos” sociabilidades de tipo formal-asociativo, condiciones que les permitieron la creación de un imaginario sociopolítico propio marcado por la preponderancia que tiene la violencia en sus deseos de transformación social. Si bien la naturaleza clandestina de dichas organizaciones los excluiría de la interpretación legalista de “asociación formal”, constituida bajo los parámetros de la ley vigente en ese momento, esto no debería ser un impedimento para identificar la presencia de este tipo de sociabilidad.

En el caso de la Federación de Estudiantes Universitarios Sinaloenses, siguiendo las ideas planteadas por Agulhon, se puede observar la transición de una sociabilidad informal a una formal. Si bien la FEUS de la UAS ya existía como organización propia previa a su paso por la “enfermedad”, con sus propios reglamentos y estatutos internos, lo que marcaría esta transición sería la aparición de nuevos actores y las ideas que en ella se reproducían. El paso del activismo democrático estudiantil a la militancia socialista y, posteriormente, armada, con el nuevo objetivo de una transformación social marcarían el surgimiento de una nueva sociabilidad ajena a la anterior.

Siguiendo la línea establecida por Agulhon, el investigador pone el acento no solo en quienes y como se ejercía la sociabilidad, sino también donde se llevaban a cabo las dinámicas relacionales y como se desarrollaban sus características. Tal vez la principal diferencia entre las formas de sociabilidad expresadas por los grupos guerrilleros y otros tipos de asociaciones estaría en los lugares donde ésta se llevaba a cabo. Como vimos anteriormente, los lugares de sociabilidad están subordinados a las condiciones socioeconómicas de los distintos grupos, por lo que, en el caso de la guerrilla, estos tendrían además el problema de su incapacidad de ocupar un espacio de manera permanente o semipermanente. Esto, más que una limitante para los objetivos de la guerrilla se presenta

como una oportunidad para la transformación estructural de dicho espacio, ya que la ocupación de un lugar por parte de cualquier grupo tiene como efecto el surgimiento de nuevas sociabilidades (Sánchez, 2008).

Las sociabilidades radicales de la década de los sesenta y setenta no resultan ajenas a los distintos procesos sociopolíticos que se estaban dando en otras latitudes. La propuesta de acercarnos a la radicalización política de amplios sectores de la sociedad a través de esta propuesta historiográfica no busca explicar el fenómeno de manera aislada del contexto de movilizaciones, protestas y conflictos a nivel internacional y nacional. Al contrario, entender el papel que jugaron las relaciones interpersonales de los distintos sujetos nos sirve para enriquecer nuestros análisis y dotarle de un marco conceptual más robusto. Solamente así podemos alejarnos de las visiones deterministas y esencialistas que ven en el fenómeno guerrillero de la segunda mitad del siglo XX la conclusión inevitable de las contradicciones innerentes al capitalismo.

Antes de concluir con este apartado, vale la pena mirar nuevamente hacia Bernaldo De Quirós, quien nos advierte que la popularidad del concepto de sociabilidad asociativa, nos presenta una posible triple problemática: una confusión entre marco formal y relación; una falta de claridad acerca del papel de los vínculos de sociabilidad en el comportamiento de los individuos, ya que estos no necesariamente se van a ver reflejado en las fuentes; y una sobrevaloración del universo relacional en ciertas sociabilidades asociativas (2008, p.437). En el primero de los casos, usa de ejemplo las organizaciones mutualistas con miembros que, por lo menos en la documentación oficial, están inscritos en ellas más no crea un universo de relaciones alrededor de ellas. En el segundo caso, la investigadora profundiza en las dificultades de extrapolar tal o cual evento o situación y analizarlo bajo el lente de la

sociabilidad. En tercer lugar, está la sobrevaloración de los vínculos asociativos en el universo relacional de los individuos, dejando de lado otro tipo de relaciones. Más que una crítica fulminante a la propuesta conceptual de Agulhon, los señalamientos están dirigidos a aquellas investigaciones que busca encontrar en el concepto de sociabilidad una canasta en la cual meter cualquier tipo de conclusión a la que hayan llegado, por más general o ambigua que fuera.

Más que nada, estas advertencias nos son útiles a la hora de abordar nuestro objeto de investigación, y así evitar cometer estos errores. Recordemos que todo individuo, por su naturaleza como ente social, pertenece a varios universos relacionales con sus propias prácticas y valores, por lo que su espacio de experiencia no se limita a una sola sociabilidad. Tener en cuenta los planteamientos de Bernaldo De Quirós nos permitirá identificar las influencias que otras sociabilidades, ajenas a la política radical, pudieron haber tenido en los procesos de reclutamiento y militancia armada.

2) Cuestión Metodológica

Se considera que el tema de investigación que se presenta en este trabajo puede abordarse apropiadamente desde la visión de la historia social y la nueva historia política. En el caso de la primera, esto se debe a su interés por las estructuras sociales y el entorno material al que estas se adecuan y transforman, así como las interrelaciones de los actores sociales tanto individuales como colectivos. (Hobsbawn, 1998) En el caso de la segunda, esta pone su atención en los distintos actores, tanto colectivos como individuales, que influyen en la esfera de lo político. Así mismo, contempla las interrelaciones, las acciones y el lenguaje propio de los diferentes actores. (García de los Arcos, 1993).

Para el desarrollo de la investigación se plantea hacer uso de testimonios, tanto orales como escritos. En el caso de los primeros se realizaron entrevistas a siete exmilitantes de la organización, así como un activista del movimiento estudiantil de 1967 en Navojoa. Las entrevistas se llevaron a cabo durante el primer y segundo semestre de 2021, en un promedio de dos sesiones por informante. Aunado a las entrevistas realizadas exclusivamente para la realización del presente trabajo, también se tomaron en cuenta aquellas que ya habían sido hechas con anterioridad. Se hizo una recuperación de información de siete entrevistas realizadas a seis informantes, durante el año 2017. Debido a la persistencia de la emergencia sanitaria, producto de la actual pandemia de Covid-19, se tomaron en cuenta diferentes instrumentos y técnicas para la realización de las entrevistas. En nuestro caso, se hizo uso de dos plataformas digitales de videoconferencia: Zoom y Meet. De igual manera, una de las entrevistas se realizó por teléfono y otras cuatro más fueron realizadas de manera presencial.

Los sujetos de nuestra investigación y de nuestras entrevistas fueron aquellas personas que, en diferentes momentos, militaron en las células sonorenses de la Liga Comunista 23 de Septiembre. No se discriminó entre aquellos individuos que pertenecieron a las capas bajas de la jerarquía organizacional y aquellos que pertenecieron a las esferas de coordinación. Dicha decisión se tomó debido a dos razones: 1) la dificultad de encontrar informantes dispuestos a participar en este proyecto; 2) la posibilidad de conseguir una muestra más amplia y diversa de testimonios.

En el caso de los testimonios escritos se hizo un análisis de diferentes documentos, tales como libros, blogs o artículos donde exmilitantes de la Liga Comunista 23 de Septiembre han dejado sus memorias de militancia por escrito. Tres ejemplos de este tipo de documento son: *Los ojos de la Noche. El comando guerrillero Óscar González*, escrito por

el ex militante Miguel Topete, quien participo en el frente guerrillero de la Liga que tuvo presencia en la región serrana al sureste del estado; *Nos volveremos a encontrar*, escrito en 1981 por Leopoldo Angulo Luken “El General”, quien fuese el coordinador militar de los tres frentes guerrilleros en el llamado Cuadrilátero de Oro; *Comandante Baiburín. Memorias de un guerrillero sonorense*, de José Adalberto Gaxiola Mendívil, quien fue un líder campesino y militó en varias organizaciones armadas, incluyendo la Liga Comunista 23 de Septiembre. Estos documentos permitieron no solo reconstruir parte de los eventos ocurridos durante los años que la LC23S tuvo presencia en Sonora, sino un acercamiento a los propios individuos, sus ideas y motivaciones.

Tomando en cuenta el objeto de estudio y las preguntas que se plantean resolver, se tomó la decisión de no revisar los archivos policiacos o gubernamentales. Si bien es cierto que dichos documentos contienen información que podría resultar de utilidad al reconstruir aspectos generales de la estructura organizativa de las brigadas sonorenses, es poco o nada lo que se puede rescatar de ellos acerca de las motivaciones objetivas y subjetivas del reclutamiento y militancia armada. Por otra parte, se considera que la naturaleza misma de dichas fuentes presenta una visión sesgada e incluso, en algunos casos, fabricada en torno a la organización, lo que también podría ser motivo de estudio, pero no es parte del interés del presente trabajo de investigación.

a) Reflexiones teórico-metodológicas en torno a la fuente oral y la memoria

Debido a la naturaleza del objeto de estudio se ha tomado la decisión de emplear una variedad de fuentes para su la investigación. Sin embargo, tomando en cuenta el carácter clandestino del fenómeno guerrillero y a la naturaleza de las preguntas de investigación que se pretenden responder, se ha puesto énfasis en la utilización de fuentes orales y testimonios

escritos de exmilitantes de la organización. A través de un análisis de estas fuentes se plantea recuperar tanto las condiciones objetivas como subjetivas que facilitaron el reclutamiento y militancia de diferentes individuos. Algo a tomar en cuenta al acercarse a los testimonios, tanto orales como escritos, es la manera que, invariablemente, los testimonios están mediados por la memoria.

El concepto de memoria, así como su función en las investigaciones sociales, sus alcances y sus límites, han sido tema de amplia discusión en las últimas décadas. Su uso en el campo historiográfico ha sido ampliamente debatido ya sea desde su utilización como herramienta analítica, o como una corriente historiográfica propia. Dichas discusiones se insertan en un debate más amplio que gira en torno a la validez y legitimidad de la utilización de los aspectos subjetivos en la reconstrucción del pasado. Al igual que en el caso de la sociabilidad, la naturaleza polisémica de la memoria, así como su origen en los aspectos subjetivos de la experiencia tanto individual como colectiva, ha dificultado definir este concepto sin discrepancias o ambigüedades.

Para el investigador francés François Hartog, la creciente relevancia que ha tenido el concepto de memoria no es más que signo de un cambio en el régimen de historicidad, siguiendo las propuestas de Reinhart Koselleck, producto de la crisis del tiempo que surgió tras el agotamiento del paradigma de la modernidad. Según este investigador, la memoria, como ejercicio de remembranza y recuerdo subjetivo del pasado, entra en conflicto con la concepción moderna de la historia. La historia, nos dice Hartog, busca comprender (2009, p.118), mientras que la memoria busca recordar. La memoria surge, entonces, como una respuesta a la aparente falla de la historiografía moderna que se enfoca “en los victoriosos”

y no en “los vencidos”, en aquellos que no pudieron dejar plasmada su propia historia a través de archivos y documentos.

Por su parte, la investigadora Elizabeth Jelin identifica dos maneras de entender a la memoria: primero, como una herramienta teórico-metodológica y, en segundo lugar, como una categoría social a la cual se refieren los actores sociales. La memoria es entendida por la autora como los procesos a través de los cuales los individuos y las sociedades buscan darle sentido al pasado. La investigadora añade: “las memorias son simultáneamente individuales y sociales [o sea, colectivas] ya que en la medida en que las palabras y la comunidad de discurso son colectivas la experiencia también lo es” (2002, p. 37).

Al igual que Hartog, Jelin busca explicar la memoria desde los conceptos de “campo de experiencia” y “horizonte de expectativa”, propuestos por Koselleck. Sin embargo, la principal diferencia entre ambos investigadores se encuentra en la relevancia que ambos le encuentran a la reconstrucción de las subjetividades, así como la importancia que éstas tienen en el desarrollo de los fenómenos sociales. Mientras que Hartog encuentra en la historia y la memoria una incompatibilidad irreconciliable, Jelin (2002) encuentra en esta dupla un campo de estudio nuevo con su propio objeto de estudio: la transformación de las subjetividades, la preocupación por el sentido de la acción y por la perspectiva de los agentes sociales mismos (2002, p.65).

Pero más allá de una interesante discusión teórica en torno a la memoria, queda la duda sobre la relevancia de este concepto en las investigaciones relacionadas a los fenómenos armados de la década de los setenta. La doctora Alicia de los Ríos Merino, quien se ha dedicado a investigar la presencia de la Liga Comunista 23 de Septiembre en Ciudad Juárez, Chihuahua, puede servirnos como ejemplo en esta situación. Tanto en su trabajo “Militancia,

testimonio y violencia” (2010), como en “José de Jesús, Luis Miguel y Salvador Corral García. Tres historias de guerrilleros urbanos en el México contemporáneo” (2014), la investigadora busca adentrarse en las subjetividades detrás de la incorporación de los hermanos Corral a la Liga Comunista 23 de Septiembre. En ambos trabajos, al ser aproximaciones desde la historia oral a las motivaciones detrás de la militancia armada de jóvenes juarenses, privilegia el uso de testimonios orales como fuente de información primaria.

De los Ríos reflexiona sobre los diferentes ejes a considerar a la hora de acercarse a la experiencia de militantes armados, se inscribe en diferentes ejes de comprensión. Nos dice que uno de éstos:

tiene que ver con las “batallas por las memorias”, no sólo entre la memoria de los sobrevivientes a la represión estatal y a la “historia oficial”, sino también entre los grupos de sobrevivientes y familiares, que configuran una red de poderes desde donde se aprueba o se rechaza a quienes otorgan testimonios y aquellos que los recuperan, en donde emergen relatos dominantes de sobrevivientes o familiares [...], y una legitimación otorgada por la propia comunidad de ex militantes y parientes (Ríos, 2014, pp. 348-349).

Un segundo eje es el relativo a los silencios y omisiones presentados en la recolección de entrevistas. La investigadora, al realizar sus entrevistas a familiares de los militantes desaparecidos, identifica discursos y posturas, los cuales se presentan tanto de manera deliberada como involuntariamente. Dichos discursos, por su naturaleza como expresiones de la memoria, están cargados de posturas ideológicas, subjetividades e incluso roles de género (2014). De igual forma, los informantes encuentran más sencilla la tarea de narrar la

vida previa a la militancia de sus familiares, así como las trágicas consecuencias de ésta, pero se les dificulta hablar del proceso armado en sí. De los Ríos nos dice que: “las reflexiones anteriores me han ayudado a comprender que en la reconstrucción de la memoria de la guerrilla, las familias pueden relatar los orígenes y antecedentes de aquellos militantes políticos armados [...] pero el proceso armado en sí es poco conocido por ellos” (Ríos, 2014, pp. 349).

Al momento de acercarnos a los testimonios relacionados a la guerrilla, ya sean escritos u orales, con sobrevivientes o familiares, hay que recordar el papel que juega la subjetividad en la recuperación de memorias en torno a eventos violentos. No se trata de rechazar, como en el caso de Hartog, esta herramienta analítica debido a un exceso de subjetividad, sino de entenderla y, en la medida de lo posible, darle provecho. No es objetivo de esta tesis realizar una historia de la memoria, pero sí dejar abierta esta propuesta.

Capítulo II. México y Sonora: del milagro económico a la crisis político-social

En los primeros años de la década de 1970 los movimientos guerrilleros tuvieron su momento de mayor fortaleza en nuestro país. Para entender cómo fue posible que grupos de jóvenes decidieran enfrentar con las armas al Estado mexicano, arriesgando sus vidas, es necesario describir, aunque sea someramente el contexto económico, social, político y cultural que ayude a entender las “condiciones objetivas”, tanto de carácter nacional como las del estado de Sonora, que enmarcaron un creciente malestar social y la radicalización política de miles de jóvenes estudiantes.

1) México, los vaivenes de la posrevolución

Las transformaciones vividas por el partido hegemónico durante el siglo XX demuestran que, si bien éste resultaba un excelente instrumento de control electoral, no era un monolito inamovible. Entender las transformaciones vividas por el partido ayuda a comprender de igual manera las transformaciones del país. El escenario político posrevolucionario estuvo marcado por violencia política, levantamientos armados e instrumentos extrajudiciales, a través de los cuales las diferentes personalidades revolucionarias intentaban imponer su propia autoridad. El PRI tiene sus orígenes en el Partido Nacional Revolucionario (PNR), creado por el presidente Plutarco Elías Calles, el cual tenía como objetivo la aglomeración de las fuerzas revolucionarias bajo un mismo partido (Hernández, 2016). Con la instauración de un único órgano “revolucionario”, en el cual se reunieran a los caudillos de la revolución, se pretendía controlar los diferentes intereses políticos encontrados y evitar confrontaciones violentas entre las distintas facciones.

Para finales de los treinta, durante la presidencia de Lázaro Cárdenas, el partido se reorganizó y cambió de nombre a Partido de la Revolución Mexicana (PRM). Este cambio representó una reestructuración del partido, obedeciendo al surgimiento de nuevos actores sociales: las organizaciones obreras y campesinas. En contraste con el PNR, el PRM se organizó en una estructura corporativista, con su sector campesino, obrero, popular, y militar, para posicionarse no solo como el partido del gobierno, sino como un partido de masas, entorno al cuál se aglomerarían las demandas de los sectores populares (Hernández, 2016).

A pesar de la incorporación de organismos como la Confederación Nacional Campesina (CMC), la Confederación de Trabajadores de México (CTM), entre otras, el fin de la administración de Cárdenas hizo que los impulsos radicales al interior del partido se disiparan. En palabras del investigador Rogelio Hernández: “Por más que durante el cardenismo los actores participaran activamente y se hubiera declarado al PRM un partido de trabajadores para alcanzar el socialismo, no dejaba de ser un propósito del Ejecutivo que sólo por coincidencia compartían los sindicatos” (2016, Hernández). Es por ello que una característica definitoria del PRI es la de su sometimiento a los intereses del presidente en turno.

El paso del PRM al PRI obedeció la lógica de las transformaciones socioeconómicas del país, así como de los proyectos sociales del ejecutivo. En 1946 se dio el cambio de nomenclatura y de documentos internos, transformando al partido de uno que buscaba avanzar las causas sociales a través de una confrontación ideológica, a uno que busca cumplir las metas de la revolución a través de la institucionalización de los ideales de la democracia. De ahí en adelante el PRI pasaría a ser, en la práctica, el órgano intermediario a través del cual los distintos sectores de la sociedad (excluido el militar) buscarían avanzar sus propias

agendas. Gracias al trabajo político realizado durante los años del PRM, el PRI nació con una militancia amplia y variada la cual le permitió convertirse en una maquinaria electoral que dominaría el escenario político de manera hegemónica por varias décadas más (Hernández, 2016).

La expansión económica vivida en México, la cual duraría hasta la década de 1970, se conoce como el “milagro mexicano”. Éste consistió en una etapa de prosperidad sostenida, en la que el crecimiento anual del PIB superó el 6% (Aboites, 2019). Dicho crecimiento se realizó en gran medida sin recurrir a préstamos extranjeros, sino con recursos internos. A pesar de esta relativa prosperidad, la distribución de los recursos no fue equitativa, siendo las grandes ciudades las principales beneficiarias de esta situación. Una de las consecuencias directas del desarrollo económico vivido durante el llamado “milagro mexicano” fue el proceso de urbanización que se vivió durante la segunda mitad del siglo XX. Esto se debe en gran parte a los movimientos migratorios, ocasionados por la demanda de mano de obra por parte de las nacientes industrias secundarias y terciarias, así como al abandono de la agricultura tradicional en aras de una de corte industrial.

Para inicios de los setenta, 2,170 ciudades (localidades con más de 2,500 habitantes) albergaban a 28,308,556 personas, mientras que 95,410 poblaciones (localidades con menos de 2,500 habitantes) tenían un total de 19,916,682 habitantes (Dirección General de Estadística, 1970). A nivel nacional, la población nacional se triplicó entre 1930 y 1970. Las tres áreas urbanas con mayor crecimiento en este período fueron: la Ciudad de México, Monterrey y Guadalajara. En un proceso de reorganización geográfica de la economía, el norte del país cobró fuerza mientras que los focos económicos tradicionales, como Yucatán, Puebla e Hidalgo, irían perdiendo relevancia (Aboites, 2019).

El crecimiento poblacional de las ciudades, así como la necesidad de la creciente industria por tener mano de obra calificada y especializada, crearon las condiciones necesarias para que se diera un crecimiento en las instituciones de educación superior a lo largo del país. El Estado observó en la universidad y los universitarios un papel central en la transmisión y la continua recreación de la ideología dominante, el llamado “nacionalismo revolucionario”. Las universidades se vuelven indispensables en el proceso de creación y reproducción tanto de ideología como de capital. De ahí que durante la década de los cincuenta y principios de los sesenta se les brinde un fuerte apoyo a las universidades por parte tanto de los gobiernos federal como estatales (Fuentes, 1983). De igual manera, se dio una reestructuración al interior de las instituciones, a través de reformas a los programas educativos, métodos de financiamiento y compartimentación de las diferentes áreas. Durante la década de los cincuenta el número de universidades se duplicó, pasando de 12 instituciones universitarias a principios de la década a 25 universidades públicas en distintos lugares del país para 1960 (Rodríguez, 1998). Entre 1960 y 1970, el número de habitantes matriculados en el sistema de educación en nivel superior pasó de 5,763,915 a 10,777,156 (González, 2008). En palabras de Roberto Rodríguez: “[esta] serie de transformaciones se derivó de la ampliación de oportunidades de ingreso a la enseñanza superior [...] al posibilitar el acceso de nuevos contingentes sociales a las universidades, redefinió el perfil social de la población estudiantil” (1998, p.2).

Este período de aparente armonía entre los institutos de educación superior (IES) y el Estado mexicano pronto se deterioraría. La década de los sesenta fue una en la que las contradicciones internas entre las aspiraciones políticas e ideológicas del Estado chocaron con las del estudiantado. De igual manera, la dependencia hacia el mercado laboral y la

dificultad de inserción en él, causan que surjan posiciones antagónicas hacia el Estado, gestando una fractura entre ambos. Estas contradicciones y antagonismos se observan explícitamente en la amplia gama de movilizaciones estudiantiles que se dan a lo largo de esta década.

A partir de la segunda mitad de la década de los sesenta se empezó a observar un resquebrajamiento de la legitimidad de la estructura corporativista y del partido hegemónico. La incapacidad del PRI de flexibilizar sus posturas o de asimilar las corrientes opositoras, como lo había venido haciendo desde hacía décadas, le valieron la pérdida de confianza de amplios sectores de la sociedad. Estos dejaron de ver en el partido un mediador imparcial en sus disputas, siendo sustituido por un actor social propio con agencia e intereses ajenos a los suyos. Por su parte, las confederaciones y sindicatos oficialistas también perdieron ante los trabajadores mexicanos su legitimidad como instrumentos de acción colectiva.

A finales de los sesenta el sistema político mexicano vivió un prelude de lo que sería su más grande crisis política en el período posrevolucionario: los movimientos tanto sindicales como campesinos, así como los distintos movimientos estudiantiles que brotaron alrededor de los principales IES del país (Rangel, 2011). La gran mayoría de estas movilizaciones obedecían a necesidades inmediatas, concretas y materiales, pero con el tiempo fueron abonando a la creación de verdaderos movimientos populares que exigían una reforma al sistema presidencialista, así como a su partido de gobierno. Como clímax de este prelude, el movimiento estudiantil/popular de la ciudad de México, así como la consiguiente matanza de la Plaza de las Tres Culturas en 1968, resulta un punto de quiebre para un amplio sector de la sociedad que dio por enterrada cualquier aspiración de transformación institucional o pacífica. Si bien, la opción armada como proyecto político ya había sido

contemplado por varias organizaciones político-militares desde mediados de esta década, la influencia de los conflictos internacionales como la Guerra de Vietnam, la Revolución Cubana y los demás movimientos guerrilleros del continente, así como los acontecimientos del 2 de octubre y la Matanza de Corpus Christi tres años después, fueron un parte agua para el surgimiento de diversas expresiones guerrilleras en el país.

Para la década de los setenta, la economía mexicana comenzaba a dar un retroceso. Se trataba del agotamiento del “milagro mexicano”, el cual dependía en gran medida del mercado internacional para dictar los precios de las mercancías, así como para la compraventa de productos agrícolas. Esto acentuó las inequidades acumuladas en las décadas pasadas y produjo descontento en la población. El gobierno mexicano y el partido oficial se toparon con un problema el cual no podían resolver con sus herramientas tradicionales (Rodríguez y Gozález, 2019).

2) Sonora, de las semillas de la revolución verde al germen de la revolución roja

En Sonora, al igual que en el caso nacional, la segunda mitad del siglo XX fue de amplias transformaciones tanto en lo económico como en lo social, demográfico y educativo. Los procesos modernizadores que se vivieron en el país no fueron ajenos a Sonora, principalmente en la agroindustria, derivando en un proceso de urbanización y migración sin precedente en la entidad. Entender cómo es que se dan estos procesos, y las repercusiones en las distintas esferas sociales y políticas, permitirá tener un piso sólido a través del cual acercarnos al surgimiento de las distintas organizaciones armadas de corte socialista en el Noroeste mexicano, específicamente la Liga Comunista 23 de Septiembre.

a) Desarrollo industrial

Desde mediados de la década de los cincuenta se desarrolló en Sonora la llamada “revolución verde”, nombre con el que se denominó al proceso de reestructuración agrícola y el cual consistió en un “paquete tecnológico” que incluía semillas de trigo mejoradas, fertilizantes e insecticidas nuevos, la mecanización del campo, así como de la inversión gubernamental en la construcción de infraestructura tales como presas, canales y carreteras (Cerutti, 2019). Este proceso fue implementado en los valles costeros de Sonora, principalmente en el Valle del Yaqui, facilitando la transformación del panorama agroindustrial en la entidad (Gutiérrez, López, Romero, y Velasco, 1981). Los proyectos modernizadores impulsados por los grandes empresarios agroindustriales sonorenses significaron un cambio no solo para las estructuras socioeconómicas urbanas, sino que marcaron un parteaguas dentro de las comunidades rurales e indígenas que residían al interior de la entidad. Estos cambios económicos y tecnológicos acentuaron los siglos de disparidad entre las comunidades predominantemente mestizas y las comunidades indígenas. Ante los cambios estructurales que estaban experimentando dichas comunidades, éstas se adaptaron y reestructuraron sus prácticas sociales.

De igual forma, los pequeños propietarios agrícolas, colonos y ejidatarios quedaron rezagados de los beneficios de dicha “revolución”, debido -en parte- a la imposibilidad de solventar los altos costos que implicaba dicha modernización. Los principales beneficiarios de este proceso fueron los grandes productores privados de los distritos de riego del noroeste quienes, gracias a una combinación de poder político y económico, recibieron un trato favorable por parte del gobierno. Sin embargo, para la década de los setenta, el crecimiento agrícola daba señales de crisis, pues sufrió un amplio crecimiento de los costos. Las empresas

agroindustriales enfrentaron un creciente endeudamiento y, en los distritos de riego, se manifestó una tendencia a la reducción de empleo de trabajadores fijos o eventuales, dándole un carácter de expulsor de mano de obra (Almada, 2011).

En cuanto a la ganadería, en la década de los cincuenta se inicia un proceso de modernización y expansión por parte de empresas privadas. Dicha modernización se reflejó en el acceso a razas “finas” de ganado, la introducción de pastizal mejorado, la aplicación y multiplicación de rastros, entre otras cosas. De igual manera, gracias a las reformas al artículo 27 constitucional llevada a cabo durante la administración de Miguel Alemán, se llevó a cabo una expansión de las tierras destinadas para el forraje y sustentamiento del ganado (Almada, 2011).

Dichas reformas facilitaron la concentración de la tierra productiva en manos de empresas privadas, quienes se vieron altamente beneficiadas por el mercado internacional de exportación de productos ganaderos. Al igual que en el caso del sector agrícola, los pequeños productores y ejidatarios, quienes no contaban con los recursos para invertir en los procesos de modernización y mejoramiento, quedaron rezagados durante este período (Piña y Trinidad, 1997). Para 1960, la ganadería recibió un impulso, gracias al mercado internacional, lo cual a su vez llevó a que se sustituyera la siembra de granos básicos por el forraje, aun en zonas no ganaderas. Esto trajo como consecuencia que para los setenta se manifestara una dependencia alimentaria, lo cual llevó a importar granos básicos (Almada, 2011).

Otro desarrollo relevante en el sector industrial fue la consolidación del modelo maquilador, el cual tomó lugar a partir de 1965, una vez concluido el programa binacional “Bracero” que se tenía con Estados Unidos. Con la creación del Programa de

Industrialización de la Frontera (PIF) se facilitó la instalación de plantas de ensamblaje y procesamiento de productos primarios a la frontera norte del país (Iglesias, 2013), incluido Sonora. Los municipios que incorporaron este modelo industrial fueron San Luis Río Colorado, Nogales y Agua Prieta, quienes para 1968 ya contaban con 12 plantas. Para 1974, dicho número había crecido a 68 plantas en la entidad, debido a las facilidades otorgadas tanto por el gobierno federal como por los gobiernos locales (Ramírez, Conde, y León, 1997). Para finales de la década la influencia de los capitales extranjeros y nacionales del sector maquilador llegó a eclipsar de manera importante al sector agrícola, el cual había sido el más importante de la entidad.

A pesar de estos cambios económicos, producto de los drásticos procesos modernizadores en las distintas industrias, no todas las regiones del estado se vieron beneficiadas en lo material por esta revolución tecnológica. Según un estudio por parte de Mario Camberos y Joaquín Bracamontes, las regiones serranas y de valles en Sonora resultaban ser las más relegadas tanto económica como materialmente durante la década de 1970. Según los datos obtenidos por los investigadores, el promedio del Índice de Marginación¹ (véase tabla 1) para el estado de Sonora era -0.59 (considerada como baja). En las regiones de la Sierra Alta, Sierra, Sierra Baja, Centro y Guaymas-Empalme estas resultaban ser 0.295, 0.429, 0.084, 0.145 y 0.566 (consideradas como de alta marginación), respectivamente (2000). Si se comparan estos números con los de otras regiones consideradas como importantes tales como Hermosillo, con un IM de -1.080, la Frontera Norte, con -

¹ De acuerdo con la metodología utilizada por los investigadores, los valores positivos indican un mayor grado de marginación que los calores negativos. Para más información acerca de la metodología empleada para determinar los Índices de Marginación en Sonora, durante la década de los setenta, favor de consultar el libro de Camberos y Bracamontes (2000).

1.283, y la región del Yaqui-Mayo, con -0.613, podemos encontrar que la disparidad entre ellas resulta ser amplia.

Tabla 1. Índice de Marginación en las distintas regiones de Sonora. Década de 1970

Región	IM	Región	IM
Sonora	-0.590	Centro	0.145
Desierto	-0.802	Hermosillo	-1.080
Río Altar	0.035	Sierra	0.429
Frontera Centro	-1.320	Guaymas-Empalme	0.566
Frontera Norte	-1.283	Yaqui-Mayo	-0.613
Río Sonora y San Miguel	-0.119	Sierra Baja	0.084
Sierra Alta	0.295		

Fuente: elaboración del autor a partir de Camberos, & Bracamontes (2000).

Tabla 2. Indicadores Porcentuales de Carencia regional, Sonora. Década de 1970

	ANALF	SINPRI	SINEXDR	SINELEC	SINAG	HACIN	PISOTI	LOC5000	INGR
Sonora	14.80	63.49	58.16	35.39	31.65	58.39	37.41	39.65	36.09
Desierto	13.36	70.48	63.56	29.36	27.13	59.32	25.20	24.57	27.45
Río Altar	12.86	71.80	77.90	59.79	50.20	49.14	41.39	100.00	41.89
F. Centro	10.23	53.95	46.92	26.76	24.05	46.54	21.23	21.80	30.87
F. Norte	8.05	54.09	42.21	26.50	18.30	47.70	21.66	27.42	32.41
R.S. y S.M.	12.18	71.10	70.40	49.71	37.19	56.28	44.39	100.00	51.93
Sierra Alta	11.49	70.47	80.53	74.47	43.03	49.41	58.72	100.00	50.76
Centro	13.51	79.68	77.48	73.88	49.17	66.49	53.31	100.00	44.54
Hermosillo	11.46	54.86	46.39	21.78	23.89	51.07	25.72	15.16	31.24
Sierra	18.39	80.43	87.12	66.23	54.63	62.54	66.55	100.00	44.77
Guay-Emp.	15.53	72.85	59.38	33.17	29.49	58.92	38.48	31.01	33.24
Ya.-Ma.	17.98	59.65	59.79	36.01	34.66	65.16	45.92	42.27	38.55
Sierra Baja	18.19	65.74	86.34	83.14	70.47	82.83	79.26	100.00	58.02

Categorías: Analfabetismo (ANALF); sin primaria (SINPRI), sin excusado (SINEXDR); sin electricidad (SINELEC); sin agua (SINAG); hacinamiento (HACIN); con piso tierra (PISOTI); localidades con una población menor a 5,000 (LOC5000); con un ingreso menor a dos salarios mínimos (INGR).

Fuente: elaboración del autor a partir de Camberos, & Bracamontes (2000).

Lo mismo sucede al checar los Indicadores de Carencia (véase Tabla 2), los cuales nos muestran que las sierras y valles del sur de Sonora eran regiones donde el acceso a la electricidad, a una vivienda propia, piso firme o incluso al agua potable resultaba ser algo prácticamente inexistente. El contenido de las tablas 1 y 2 apunta a que las regiones más rezagadas en 1970, económicamente hablando, eran Guaymas-Empalme, la Sierras, las Sierras Alta y Baja, el Centro del estado y la región de los ríos Altar, Sonora y San Miguel. Por el contrario, la región fronteriza y la región urbana de Hermosillo muestran IM menores y los porcentajes de los indicadores de carencia eran los más bajos. Estos datos son importantes si se tiene en cuenta que el ámbito rural donde se desarrolló la LC23S, fue la sierra sur de Sonora, una de las zonas con más carencias.

b) Las instituciones de educación superior

Como resultado directo de los procesos de modernización y crecimiento del sector privado durante la década de los sesenta, se dio en Sonora un proceso de urbanización sin precedente en las ciudades costeras de la entidad, principalmente en Hermosillo y Ciudad Obregón. Almada nos dice que: “Ambas ciudades concentraron en esa década [los sesenta] 40% de la población urbana de la entidad” (2011, p.179). Se observa desde mediados de los cincuenta un crecimiento de la industria secundaria y terciaria, lo cual se tradujo en una oportunidad para que la población migrante, temporal o permanente, se asentara en las zonas urbanas.

El crecimiento demográfico y urbanístico en las ciudades más importantes del estado obedeció a dos procesos distintos pero relacionados: a) la migración hacia la ciudad de un campesinado empobrecido y en proceso de proletarización (Perkins, 1997); b) la necesidad por parte de los grandes empresarios de diversificar las inversiones de sus capitales. En el

primer caso, los procesos de modernización permitieron a los agroindustriales sustituir la mano de obra campesina por herramientas mecanizadas de recolección, dejando sin trabajo a miles de personas; las cuales, junto con aquellos pequeños campesinos y ejidatarios que no pudieron competir con los grandes empresarios, se vieron obligadas a emigrar a los centros urbanos en busca de trabajo en las nacientes industrias manufactureras y de servicios (Ramírez, Conde, y León, 1997).

Estos cambios demográficos se expresaron en el desarrollo y creación de viejos y nuevos centros de estudios superiores, como fue el caso de la Universidad de Sonora (UniSon) y el Instituto Tecnológico de Sonora (ITSON). En el caso de la primera, para el ciclo escolar 1952-1953 se contaba con tan solo 750 alumnos inscritos (Castellanos, 1992), creciendo a 12,092 para 1973 (Moncada, 2007a). Además, contaba con alumnos pertenecientes a las escuelas secundarias y preparatorias adscritas a la institución. En 1963 se llevó a cabo un proceso de reforma y modernización, basándose en la idea de “creación o adecuación de las carreras y la investigación de acuerdo a los planes de ‘desarrollo’ de los gobiernos estatales y federales, y a los procesos de acumulación capitalista” (Castellanos, 1992, p.81). Se reformaron los planes y programas de estudio; se impulsó la interrelación con otras instituciones de investigación tanto extranjeras como nacionales, privadas o públicas; se crearon nuevas carreras técnicas de nivel medio y superior; se sometió la viabilidad de las carreras al mercado de trabajo; y se introdujeron por primera vez los exámenes de admisión.

En ese mismo año se inauguró la denominada Unidad Regional Norte de la Universidad de Sonora, con la Escuela de Técnicos en Contabilidad y Administración y 62 alumnos inscritos. En 1964 se creó la escuela preparatoria de la UniSon en Navojoa, con la cual se esperaba cubrir las necesidades académicas de los municipios de Huatabampo,

Álamos, Etchojoa y Navojoa. Un año después abrió sus puertas en Magdalena la Escuela Preparatoria de la Unidad Regional Norte, con 150 alumnos provenientes de San Luis Río Colorado, Sonoyta, Puerto Peñasco, Caborca, Pitiquito, Santa Ana, Benjamín Hill, Nogales, Agua Prieta, Naco y Cananea. Cuatro años después, en Caborca, se abre otra Escuela Preparatoria dependiente de la Universidad, mientras que en 1972 comenzó a funcionar otra más en el municipio de Agua Prieta (Moncada, 2007a).

Por su parte, el Instituto Tecnológico de Sonora fue inaugurado en 1962, tomando el lugar del Instituto Tecnológico del Noroeste, con un total de 886 alumnos inscritos. Este instituto respondía a las necesidades de la creciente economía industrial de la región, brindando especialidades en carpintería, soldadura, electricidad, mecánica equipo agrícola y auxiliar de contador (Ibarra y Camou, 1997). Dos años después, el ITSON ingresó a la Asociación Nacional de Universidades e Institutos de Enseñanza Superior (ANUIES) por lo que comenzó a impartir cursos de nivel profesional.

De igual forma se crearon Escuelas Técnicas Industrial y Comercial en Ciudad Obregón, Nogales y San Luis Río Colorado, así como el Centro de Capacitación para el Trabajo Industrial en Guaymas. En 1965 se fundó la Escuela Preparatoria Federal por Cooperación Felipe de Jesús Robles Tovar en Empalme (Martínez, 2014). Dicha institución, la tercera de su tipo en Sonora, cubría las necesidades de educación media superior de varios poblados aledaños, así como de Guaymas, lugar que no contaba con una escuela preparatoria propia. Todos estos institutos y centros de estudio superior respondían a la creciente necesidad por crear mano de obra especializada y profesional en el estado, con la idea de cubrir los nichos industriales creados por el reciente desarrollo económico vivido en la entidad. Para la década de los sesenta, la entidad contaba con 4,271 personas asistiendo a

instituciones de educación superior (Dirección General de Estadística, 1960), mientras que para la década de los setenta se contaba con 10,018 individuos con educación superior concluida y 26 más con posgrado (Dirección General de Estadística, 1970).

Por su parte, la Escuela Normal Rural “Plutarco Elías Calles”, conocida como *El Quinto*, no se vio exenta de las transformaciones producidas por el crecimiento económico, aunque estos cambios fueron menores y efímeros. La escuela, establecida originalmente en 1931 en Ures, fue trasladada en 1937 a El Quinto, Etchojoa. El cambio de ubicación se dió tras una serie de conflictos anticlericales en los que se vieron involucrados los estudiantes de la entonces llamada Escuela Regional Campesina (Tinoco, 2009). En 1941, tras un cambio en sus planes de estudios, se convirtió en la Escuela Práctica de Agricultura. Casi dos décadas después, en 1957, los planes de estudio volvieron a cambiar y la escuela pasa a ser la Escuela Agrícola Vocacional. Los egresados de esta institución salían con el título de técnicos agrícolas, tras tres años de educación en esa área. Sin embargo, este cambio duró solamente un año y para 1958 se convirtió otra vez en una escuela normal rural (Cejudo, 2011).

Al igual que la gran mayoría de escuelas normales rurales del país, los estudiantes de “El Quinto” pertenecían a la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México (FECSM) (Tinoco, 2009), organización creada en 1935 durante el auge del proyecto cardenista de “educación socialista” (Flores, 2019). La organización formaba parte de la estructura corporativista del partido oficial, al militar en la Confederación de Jóvenes Mexicanos (CJM), sector juvenil formado en 1939. Sin embargo, la FECSM rompió en la década de los sesenta con las estructuras corporativistas y se alineó con el Partido Comunista Mexicano (PCM) y la Juventud Comunista de México (JCM). El Quinto se vio forzado a abandonar la FECSM en 1984, tras una serie de movilizaciones estudiantiles en favor de

colonos invasores en el municipio de Cajeme, las cuales concluyeron en la toma del plantel por parte del ejército y una serie de negociaciones entre autoridades estatales, la Secretaría de Gobernación y padres de familia (Tinoco, 2009).

Lo descrito en este apartado sobre las instituciones de educación superior, muestra la creación y consolidación de un nuevo actor social: los y las jóvenes estudiantes que masificaron los centros de estudio, esperando ascender socialmente como profesionistas. Éstos, a la vez, eran más sensibles a las demandas de los sectores populares y por lo tanto más susceptibles a la radicalización política, lo cual influyó para que se convirtiera en la principal base de reclutamiento de varios de los grupos y partidos de izquierda, particularmente de la LC23S. El activismo estudiantil, así como su represión por parte del Estado, se convertirá en el lugar ideal para la construcción de bases de apoyo tanto de grupos guerrilleros rurales como urbanos.

c) Crisis política y polarización social

En este contexto, de extensa urbanización y de ensanchamiento de la brecha socioeconómica entre las distintas clases sociales, surgieron nuevos actores sociales que demandaron, entre otras cosas, una reestructuración de las relaciones sociopolíticas imperantes. Al igual que en el caso nacional, la inestabilidad social de los sesenta y setenta tenía su raíz en la incapacidad de los instrumentos de mediación que se habían establecido en la posrevolución para brindar solución a dichas demandas: el partido y los sindicatos oficialistas (Almada, 2011). Como se mencionó anteriormente, si bien el PRM surgió como un experimento político que pretendía crear un partido de masas con miras de incorporar a los diferentes sectores de la sociedad al ejercicio político (Hernández, 2016), para inicios de la segunda mitad del siglo XX, tras su transformación en el PRI, éste se había vuelto un

instrumento de dominación por parte de los grandes grupos de poder. Ante la falta de mecanismos que incentivaran o permitiesen la participación en la toma de decisiones de amplios sectores de la población, así como de la erosión del poder de arbitraje del Estado ante los sectores sociales, se dio un proceso de deslegitimación progresiva del aparato posrevolucionario.

Al igual que en el resto del país, en Sonora los sesenta y setenta del siglo XX se caracterizaron por un proceso de polarización social tanto en el ámbito urbano como en el rural. El crecimiento de las principales ciudades de la entidad, así como su rápido proceso de industrialización y su ramificación en sectores secundarios y terciarios, influyó en el surgimiento de movilizaciones sociales marcadamente distintas a las que habían aparecido anteriormente. De igual manera, la crisis agrícola y el ensanchamiento de la brecha entre clases sociales en las zonas rurales derivaron en movilizaciones campesinas de mayor dimensión. Los casos más emblemáticos de estas dos situaciones fueron las movilizaciones estudiantiles en la Universidad de Sonora en 1967 y, posteriormente, a mediados de la década de los setenta, en el ámbito urbano y las movilizaciones campesinas en el Valle del Yaqui en 1975, en el ámbito rural.

i) Conflictos universitarios, del partidismo al activismo

En 1967 estalló dentro de la Universidad de Sonora un conflicto político, derivado de las turbulentas elecciones internas del candidato a gobernador por parte del PRI. El llamado “movimiento cívico-estudiantil” del 67 comenzó bajo la dirección de alumnos pertenecientes a la Federación de Estudiantes de la Universidad de Sonora (FEUS) (Moreno, 1985), organización creada en 1950 con el propósito de ser el órgano centralizado de representación estudiantil de la UniSon. Entre sus objetivos se encontraba la organización de festejos y la

celebración de eventos deportivos, actividades que definieron a la organización durante la primera década y media de su existencia (Castellanos, 1991). Durante sus primeros años, con excepción del período de 1950 a 1952, la FEUS se caracterizó por una actitud pasiva ante la política tanto interna como externa de la universidad. Sin embargo, para la segunda mitad de la década de los sesenta, ya se había convertido en una suerte de escuela de cuadros para el partido hegemónico (Castellanos, 1992), así como un órgano de difusión de la política académica de las autoridades universitarias.

Lo que en un principio se trató de una disputa entre las distintas facciones del PRI al interior de la universidad, pasó a convertirse a principios de 1967 en un movimiento social más amplio, aunque sin objetivos claros más allá del reconocimiento de la autonomía de los procesos electorales y democráticos que regían al partido oficial. Después de meses de una violencia que se fue incrementando entre facciones al interior del partido, marchas multitudinarias y de una huelga estudiantil, el 17 de mayo de este año el ejército tomó la universidad y Hermosillo se encontró en un virtual estado de sitio (Moreno, 2015). Al anochecer, a las 19:00 horas, el primer batallón de fusileros paracaidistas, bajo la dirección del general José Hernández Toledo, ordenó a los líderes estudiantiles abandonar la universidad, lugar donde estos se encontraban refugiados. Hernández Toledo posteriormente participaría en la Matanza de Tlatelolco, al mando de uno de los tres grupos militares desplegados en la Plaza de las Tres Culturas (Ortiz, 2014).

Más que un movimiento estudiantil, como suele ser descrito, se trató de una movilización social que buscaba, a grandes rasgos, la democratización de la sección estatal del PRI. Este conflicto vivido en la Universidad de Sonora, con su violento desenlace, puede ser visto como parte de un fenómeno mayor a nivel nacional en el que un sector de la

sociedad, cansada de la cerrazón política del partido oficial, buscaba abrir nuevos espacios de acción. De igual forma, el uso de las fuerzas castrenses para reprimir dicho movimiento, al igual que como sucedió en otros estados, fue la antesala de lo que pasaría un año después el 2 de octubre en la Ciudad de México (Duarte, 2003).

Al hablar del movimiento del 67 el foco de atención suele ponerse en Hermosillo y, tangencialmente, la preparatoria adscrita de Navojoa. Sin embargo, dichas movilizaciones trascendieron las fronteras institucionales, expandiéndose fuertemente en el sur sonorense. El 18 de abril de 1967, secundando las demandas expresadas por sus contrapartes en la UniSon, la Federación de Estudiantes del Instituto Tecnológico de Sonora (FEITSON) declaró una huelga estudiantil. Dicha huelga formó parte de un amplio movimiento popular que se vivió en el sur sonorense el cuál partía de conflictos propios de la región, pero se legitimaba bajo la bandera de solidaridad con el movimiento estudiantil de Hermosillo. Miguel Duarte López, líder fundador de las FANR, fue electo presidente de la FEITSON en noviembre de 1967, meses después de las movilizaciones al interior del instituto (Anaya, Estrella, Gil, Moncada, & Osorio, 2015).

Caso similar se dio en diferentes comunidades del sur, como sería el caso de Villa Juárez, en donde las masas campesinas y obreras de la región se aglutinaron bajo la bandera del movimiento popular y sus demandas. La escuela secundaria se volvió el núcleo del activismo en esta comunidad, logrando obtener el apoyo de comerciantes locales, obreros y padres de familia. Armados con palos, cadenas y pistolas, la población de Villa Juárez repelió a la llamada “ola verde”, grupo de choque formado por Faustino Félix Serna y cuyo origen era, presuntamente, sinaloense (López, 7 de agosto de 2021; Valenzuela, 17 de septiembre de 2021). Resulta interesante que en muchas de estas comunidades no existía relación directa

con la UniSon ni se tenía conocimiento de sus demandas. Pero la inercia de las movilizaciones, producto del descontento popular acumulado, facilitó la incorporación de amplios sectores de la sociedad sureña en este movimiento.

En el período que va entre 1967 y 1968, se dio una disputa al interior de la FEUS por su liderazgo. Tras un fallido intento de crear una Confederación estudiantil con otros institutos de Educación Superior, se empezó a cuestionar la estructura jerárquica y corporativista al interior de la FEUS. En febrero del 68, las escuelas de Trabajo Social y Enfermería decidieron irse a huelga en demanda de la renuncia del director, el Doctor Abel Hernández (Cejudo, 2020). Los líderes de la FEUS se solidarizaron con esta causa, brindándoles su apoyo. Esto generó una profundización de la polarización al interior de la Universidad, entre aquellos que querían mantener la estructura vertical de la FEUS, bajo la dirección de Luis Fernando Gallardo, y aquellos que buscaban adaptarla a una nueva realidad, bajo el liderazgo de Alejandro Sánchez Meza.

El conflicto entre las distintas partes de la FEUS no se quedó en una simple confrontación de desplegados. La facción gallardista fue conocida por aplicar técnicas características de los grupos de choque: la confrontación violenta y el uso de palos y cadenas para agredir a sus enemigos políticos (Moreno, 2015). Al conflicto en la escuela de enfermería se le sumó el descontento por la implementación de cuotas escolares. En un ambiente de complejas contradicciones internas y protestas por parte de la Federación, se llevaba a cabo en la ciudad de México un movimiento estudiantil de dimensiones nunca antes vistas. El miedo de que las movilizaciones de la capital radicalizaran al estudiantado provocó que las autoridades sonorenses buscaran salidas al conflicto. Tras meses de movilizaciones

estudiantiles, renunciaron a su cargo el entonces rector Roberto Reynoso Dávila y el doctor Abel Hernández (Castellanos, 2007)

A inicios de la década de los setenta, bajo la dirección de Patricio Estévez, la FEUS sufre un giro político e ideológico, pasando de una postura oficialista a una crítica, no solo de lo que acontecía al interior de la universidad sino a la sociedad en general (Castellanos, 2007). El movimiento estudiantil de 1970-1974 es cualitativamente distinto al anterior, no solo por su extensión temporal si no por sus objetivos y sujetos de acción. Tras la etiqueta de “activistas”, los líderes de la FEUS proponían un rompimiento con las estructuras corporativistas que había mantenido con el PRI por décadas, así como la transformación de las relaciones la universidad, la comunidad científica y las causas populares (Duarte, 2003). Otra característica que los diferenciaba de las movilizaciones y organizaciones universitarias anteriores fue la inspiración que tuvieron por parte de la llamada “contracultura” que se desarrollaba en otros países, así como por el marxismo, el movimiento estudiantil francés de 1968, el desarrollo de las organizaciones revolucionarias a la izquierda de los partidos comunistas estalinistas en México y el mundo, los triunfos de la Revolución Cubana, vietnamita y de la Unidad Popular chilena.

En directa oposición a la nueva dirección tomada por la FEUS, surgió una organización conocida en distintos momentos como Movimiento Mexicanista de Integración Nacional, como Movimiento Mexicanista de Integración Cristiana y, por último, como Comité Pro-Defensa del Orden Universitario. Los Micos, como eran llamados por sus opositores activistas, era un grupo de ultraderecha, con tendencias católicas ortodoxas y neofascistas, el cual recurría a provocaciones violentas y a la utilización de cadenas, varillas, piedras y palos para atacar a los miembros de la FEUS (Cejudo, 2016). Si bien los Micos

tenían un antecedente directo en los grupos de choque de la Universidad de Guadalajara, conocidos como los Tecos (Galaviz, 2016), puede verse un primer germen de esta organización en las movilizaciones de la facción gallardista que actuó unos años atrás, en la Universidad de Sonora (Moreno, 2015). Los Micos dejaron de existir como organización hasta 1981, cuando desaparecieron tras el asesinato de un conocido activista de izquierda.

Las movilizaciones estudiantiles de la primera mitad de los setenta giraron alrededor de la elaboración de un proyecto democrático de Ley Orgánica para la UniSon. Federico Sotelo Ortiz, quien había reemplazado a Reynoso como rector interino tras su renuncia, recibió en un principio el apoyo de la FEUS, facilitándole la victoria en las elecciones de rectoría en 1969. Sin embargo, y casi inmediatamente, la organización estudiantil entró en conflicto con Sotelo, quien buscaba modernizar a la universidad a través de una reforma a la Ley Orgánica vigente en ese tiempo. En contraposición, los activistas de la FEUS propusieron en octubre de 1971 la creación de una Comisión Mixta, formada de manera paritaria por profesores y estudiantes, la cual se encargaría de crear su propio proyecto de Ley, poniendo énfasis en un nuevo sistema de “co-gobierno” (Galaviz, 2016). Dicha comisión existió desde finales de 1971 hasta marzo del 73 (Moreno, 2015).

El activismo estudiantil no se limitaba a los pasillos y salas del Campus Central de la UniSon. La preparatoria de Navojoa también participó durante estos años, haciendo una especie de réplica a las demandas exigidas en la capital sonoreense, pero añadiendo otras específicas de su localidad. Aunado a esto, y a diferencia de lo que sucedía en Hermosillo, los activistas de Navojoa tenían una estrecha relación con los movimientos agrícolas y campesinos de la región. No resultaba raro que participaran en mítines políticos, así como en toma de tierras, en apoyo a las demandas campesinas (Pastén, 2018).

El período de 1971 a 1973 fue convulso, con movilizaciones estudiantiles, violentos ataques por parte de los Micos, campañas de difamación por parte de los medios de comunicación y represiones por parte de las autoridades universitarias. La situación cambia drásticamente cuando Alfonso Castellanos se vuelve rector, sustituyendo a Sotelo Ortiz, y se aprueba la llamada Ley 103 la cual tenía como base el proyecto de Ley entregado por la Comisión Mixta. Sin embargo, gracias a algunas modificaciones llevadas a cabo por una comisión especializada del Congreso del Estado, la nueva Ley Orgánica de la UniSon perdió el espíritu democrático con el que fue propuesta, y se convirtió en una herramienta represiva utilizada por Castellanos y las autoridades universitarias para reprimir al movimiento estudiantil.

La FEUS no logró sobrevivir las embestidas tanto internas como externas y se desintegró en mayo de 1974. Esto dejó al movimiento estudiantil gravemente debilitado y sin una dirección fuerte o clara. En ese mismo año se comenzaron a organizar en las diferentes escuelas los denominados “comités de lucha”, los cuales tenían planteado la creación de un nuevo órgano de representación estudiantil, conocido como la “Coordinadora Estudiantil” (Castellanos, 2007). Sin embargo, el activismo estudiantil posterior a 1974 sufrió un lento proceso de contracción y si bien, los comités de lucha enarbolaron demandas propias de las distintas escuelas, raramente actuaron en conjunto por un proyecto o una causa propia; además, perdieron el carácter representativo de las “bases” estudiantiles (Verdugo, 2004).

ii) La Universidad de Sonora y la contracultura de los sesenta y setenta

Para el investigador Joel Verdugo, el proceso de radicalización política al interior de las instituciones de educación superior respondió tanto a las condiciones locales que facilitaron el surgimiento de nuevas expresiones culturales y posturas políticas, como a la

llegada desde afuera de los llamados “movimientos juveniles contraculturales”. Estos tenían su máxima expresión en los movimientos hippies de finales de los sesenta y principios de los setenta (2004). Si bien resulta un tanto difícil definir el término hippie, debido en parte a su carácter multifacético, podemos enlistar algunas de las particularidades de este movimiento: un interés por el esoterismo y las filosofías zen; atracción por el misticismo hindú; una actitud crítica al sistema político/económico, pero sin militancia o compromiso organizativo; el uso y experimentación con drogas recreativas y psicodélicas; así como una actitud más abierta ante la sexualidad. Su expresión universitaria en Hermosillo fue la de los llamados “Azules”.

Por su parte, el investigador Rubén Duarte, quien fue dirigente del Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) en Sonora y activista universitario durante los setenta, nos dice: “En el caso de Sonora, un componente muy importante de esta radicalización era su situación geográfica de estado fronterizo con los Estados Unidos. Dentro del proceso de *transculturación*, había muchos jóvenes [...] que analizaban el contenido de sus letras” (2003, p.36). La llegada del rock como género musical a la entidad fue fundamental para el desarrollo del hippie sonoreño, y de la expansión de las ideas contraculturales, ya que representaba una ruptura con los estándares sociales vigentes hasta el momento.

Los Azules, llamados así por preferir el uso de prendas de mezclilla, se distinguían de los Activistas en su postura crítica a los estándares sociales hegemónicos pero una actitud un tanto pasiva y alejada del compromiso político. Esto causó roces entre ambas sociabilidades, deslindándose los unos de los otros en varias ocasiones. Esto sin embargo no significó una ruptura total, existiendo entre ellos, según nos dice Joel Verdugo, una especie de simbiosis: si bien había participación en marchas y discusiones, su diferencia ideológica

no les permitía ir a los extremos del activismo. Más allá de tales diferencias, para el resto de los universitarios, así como de sus críticos en los medios, no existía mucha diferencia entre los dos. Ambos representaban una ruptura de los valores tradicionales y figuraban como una amenaza de su estilo tradicional de vida (Verdugo, 2016).

Otra de las características del movimiento contracultural de los sesenta/setenta, ajeno al movimiento hippie, fue la difusión entre la vanguardia estudiantil de la necesidad de organizarse para participar políticamente. Lo cual se expresó desde formas casi espontáneas de sociabilidad como los llamados círculos de estudio o círculos rojos (siguiendo la nomenclatura del movimiento estudiantil francés) hasta la aparición de organizaciones formales con una gama bastante amplia de tendencias y partidos políticos que operaban desde una semiclandestinidad y sin participación legal en el sistema electoral partidista dominado por el PRI. Tradicionalmente, en el noroeste mexicano, el Partido Popular Socialista (PPS) había funcionado como el órgano de representación de la izquierda electoral en la región. Sin embargo, su cercanía con el partido hegemónico había causado que para este período, el PPS perdiera su legitimidad como representante de las demandas populares y facilitó la radicalización de los movimientos sociales en la entidad (Cedillo, 2019).

Dentro de las corrientes y partidos que comenzaron a cobrar fuerza al interior de la universidad se encontraban: el Partido Comunista Mexicano; una escisión del grupo anterior, conocido como Punto Crítico (PC); la corriente maoísta organizada bajo la llamada Línea de Masas; así como el Trotskismo, aglutinado alrededor de la revista Prefacio y del Grupo Comunista Internacionalista, luego Liga Comunista Internacionalista (LCI), que da forma al Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT) (Verdugo, 2016). También aparece el llamado Partido Laboral Mexicano, el cual carecía de una postura ideológica concreta,

expresando una amalgama de posiciones teóricas y políticas que iban desde el marxismo, el anarquismo hasta el liberalismo.

Una sexta corriente que tuvo presencia tanto en el campus universitario de Hermosillo como en la preparatoria de Navojoa fue la llamada línea “enferma”, en referencia al movimiento de los Enfermos de la Universidad Autónoma de Sinaloa (UAS), una facción radicalizada de la FEUS que preconizaba la lucha armada y que tuvo una relación directa con la LC23S. Si bien todas estas corrientes actuaron dentro de las movilizaciones estudiantiles de los setentas, ninguna tuvo un papel dominante en la toma de decisiones del estudiantado activista, el cual, a pesar de la influencia marxista en su análisis socioeconómico, actuaba de manera independiente de afiliaciones partidistas. La efervecencia política fue un caldo de cultivo para sociabilidades radicales, las cuales se nutrieron de las expectativas juveniles de un cambio social.

El movimiento estudiantil experimentó un reavivamiento momentáneo con el surgimiento del sindicalismo universitario, que llevó a una huelga de tres meses en 1976. La estrategia de una huelga administrativa y sin paralización de clases permitió la socialización entre estudiantes, académicos y trabajadores, y fomentó la solidaridad entre los diferentes sectores universitarios (Moreno, 2015). La dirección sindical, apoyándose en el activismo estudiantil, promovió un movimiento popular conformando comités de barrio de apoyo al Sindicato de Trabajadores y Empleados de la Universidad de Sonora (STEUS). Este movimiento terminó con el triunfo sindical al lograr el reconocimiento oficial en marzo de 1976.

iii) El Valle del Yaqui y las movilizaciones campesinas del 75

El 20 de octubre de 1975, los campesinos y jornaleros del Valle del Yaqui ocuparon varios predios rurales, como una forma de protesta y presión para que el gobierno respondiera a sus demandas de reparto agrario. El conflicto tuvo lugar en las inmediaciones del entonces poblado de San Ignacio Río Muerto, localizado en el sudoeste del estado, en lo que en ese tiempo era el Predio 717, conocido como “El Chaparral”. Era propiedad del hijo de siete años del agricultor Miguel Dengel, Erik Martín Dengel Hilton, y contaba con una extensión cercana a 200 hectáreas (Cejudo, 2018; CIPES, 2017). Ese predio fue tomado por un grupo de campesinos liderado por Juan de Dios Terán, mientras que dos grupos más ocuparon otras tierras cercanas.

A pesar de que las tomas de tierra en octubre de 1975 fueron el cenit del movimiento campesino, no era la primera vez que se daban movilizaciones de este tipo, ni fue un evento aislado sin antecedentes. A partir de una lectura del proceso histórico en la entidad, se puede rastrear una línea directa al proceso de reparto agrario cardenista y su ineficiencia en resolver las demandas campesinas en el Valle del Yaqui. Lo anterior, aunado a los procesos de modernización que se dieron durante la llamada “revolución verde”, que acentuaron las disparidades político/económicas entre los distintos actores sociales, facilitaron el surgimiento de un movimiento agrario/campesino que demandaba una distribución más equitativa de las tierras cultivables.

En las tomas de los predios, los campesinos fueron acompañados por estudiantes de la Escuela Normal Rural “El Quinto”, la cual se ubica a 120 kilómetros, aproximadamente, en el municipio de Etchojoa. (Véase figura 1) La investigadora Denisse Cejudo plantea: “La normal rural por condición de nacimiento fue vinculada en gran medida a los movimientos

campesinos, a las ligas de obreros y cercanas a las comunidades necesitadas” (Cejudo, 2011). Cabe recordar que dentro de los requisitos para ingresar a las ENR se encontraba el del origen de los estudiantes, quienes debían pertenecer a una familia campesina y de bajos recursos. No era la primera vez que los estudiantes de la zona se unieran a las movilizaciones agrarias, habiendo participado en ellas de manera esporádica desde la década de los sesenta.

De igual manera, aunque con un registro historiográfico menor, los estudiantes de la preparatoria adscrita a la UniSon en Navjoa fueron partícipes de las movilizaciones campesinas de la década de los sesenta y principios de los setenta (Gutiérrez, López, Romero, y Velasco, 1981). Al igual que en el caso del Quinto, aunque en menor medida, la gran mayoría de los estudiantes provenían de familias campesinas o de bajos recursos, lo cual los vinculaba directamente con los movimientos campesinos y sus demandas hacían eco en el estudiantado. Debido al activismo político de los alumnos de la preparatoria se decidió cerrarla en febrero de 1974, después de semanas de conflicto entre las autoridades del plantel y los estudiantes activistas (Pastén, 2018).

Los eventos de Río Muerto coincidieron con las movilizaciones campesinas a nivel nacional, las cuales tenían como objetivo corregir los vacíos e ineficiencias del reparto agrario de la década de los treinta, así como en la crisis de producción agraria que se gestó antes y durante la administración echeverrista (Gutiérrez, López, Romero, y Velasco, 1981). En el caso específico de Sonora, se exigía la repartición de terrenos conformados por cientos de hectáreas, pertenecientes a un grupo reducido de empresarios agrícolas (Cejudo, 2009). Ante un clima de inestabilidad política estatal, producto de la legitimación de las instituciones gubernamentales, corporativas y partidistas, el entonces gobernador Carlos Armando

Biebrich decidió intervenir en favor de los grandes propietarios. A las 5 de la mañana del día 23 de octubre se dio inició al desalojo, a manos de la policía judicial y un mando del ejército.

Tras un breve intento de negociación entre las dos partes, la policía judicial y el ejército comenzaron a disparar en contra de los ocupantes, resultando en la muerte de siete campesinos, entre ellos el líder Juan de Dios Terán Enríquez, y trece heridos (Gutiérrez, López, Romero, y Velasco, 1981). Hubo 20 detenidos, entre ellos alumnos del Quinto, quienes fueron enviados a la cárcel de Lecumberri (Cejudo, 2009). Posteriormente, se dio en los medios de comunicación locales una campaña de desprestigio en contra de los campesinos caídos, quienes fueron acusados de “iniciar el enfrentamiento”, así como de ser manipulados por intereses externos.

A pesar de esto, el gobernador Biebrich no logró maniobrar bien la situación y, bajo presión del gobierno federal, renunció dos días después. Fue sustituido inmediatamente por el senador Alejandro Carrillo Marcor, quien ocupó su lugar como gobernador interino de Sonora. El gobierno federal expropió 4,387 hectáreas, las cuales fueron otorgadas a 443 personas, creando el ejido de San Ignacio Río Muerto. En noviembre del año siguiente, en el sur de Sonora, se llevó a cabo un reparto de tierras de 60 mil hectáreas (Cejudo, 2009). La respuesta del gobierno federal fue la de un deslinde hacía el desprestigiado exgobernador, así como un reinicio del proyecto de repartición agraria.

Como se ha expuesto, el período que se encuentra entre las décadas de los sesenta y los setenta fue de grandes cambios estructurales en distintos ámbitos de la sociedad, desde los aspectos económicos hasta los demográficos y políticos. Los procesos de modernización económica y tecnológica trajeron consigo cambios en las estructuras económicas tradicionales y permitieron el surgimiento y consolidación de nuevos centros urbanos e

industriales. A la par de éstos, aparecieron nuevos actores sociales, como la naciente clase media y el estudiantado universitario, los cuales tomaron un papel cada vez más importante en el escenario político y social, alejados de los canales oficiales del corporativismo priista.

De igual manera, los procesos de modernización trajeron consigo una distribución dispareja de los beneficios económicos y un ensanchamiento de la brecha social entre las clases bajas y las altas. El priismo, incapaz de adaptarse rápidamente a las convulsas transformaciones sociales, vio superadas sus tácticas tradicionales de coacción, control y negociación estatal. La inflexibilidad del sistema político mexicano y su creciente utilización de estrategias autoritarias para contener el descontento social conformó un escenario ideal para el surgimiento de grupos políticos armados que se presentaron como una alternativa al oficialismo mexicano.

Figura 1: Mapa de Sonora con los municipios de San Ignacio Río Muerto y Etchojoa



Fuente: Denisse Cejudo (2009, p. 16).

Capítulo III. Una sociabilidad de riesgo: la lucha guerrillera

El surgimiento de grupos armados socialistas no fue un fenómeno aislado o específico de un solo país, y respondió al contexto internacional en el que confluyen los procesos de liberación nacional y descolonización asiáticos y africanos, así como de los vaivenes de la Guerra Fría y el movimiento antiimperialista latinoamericano. Si bien el uso de ejércitos y tácticas convencionales de guerra fueron ampliamente utilizados a nivel global por las distintas facciones en disputa, la utilización de la estrategia de guerra de guerrillas fue favorecida por muchos de estos grupos debido a su aparente solución al problema del desequilibrio militar entre las fuerzas del Estado y los grupos insurgentes. En el presente capítulo se hace un acercamiento al fenómeno guerrillero de los años sesenta y setenta, desde tres contextos distintos pero interconectados: el latinoamericano, el noroeste mexicano, y la presencia de la Liga Comunista 23 de Septiembre a nivel nacional y estatal. El análisis de este fenómeno, aunque sea panorámico, permitirá encontrar coincidencias tanto contextuales como teórico-estratégicas que permitirán entender las interconexiones, directas o indirectas, entre las distintas organizaciones.

Antes de proseguir, es necesario hacer algunas aclaraciones conceptuales en torno al término “guerrilla”. Entiendo por guerra de guerrilla:

[...] un modo de lucha política y militar cuyo objetivo estratégico es reducir el potencial político y coactivo del régimen existente incrementando el propio hasta que la fuerza guerrillera pueda ser organizada y adiestrada como un ejército regular capaz de derrotar al ejército gubernamental en campo abierto, derribar el Gobierno o que este se rinda a las exigencias de las fuerzas rebeldes. (González, 2017, p.219).

Según el autor citado, lo que diferencia a la guerrilla contemporánea de otro tipo de manifestación netamente militar es “su inserción en una estrategia de sublevación política” (González, 2017, p. 237).

De igual manera es pertinente aclarar la diferencia entre una guerrilla urbana y una guerrilla rural, dos caras distintas de lo que podría parecer en primer instante un fenómeno homogéneo. Se entiende por guerrilla urbana a un subtipo de la guerra de guerrillas, la cual lleva a cabo su actividad político-militar en las ciudades, aprovechando las condiciones conflictivas que provoca el crecimiento urbano, la industrialización y los desequilibrios económicos y sociales; así como los procesos de urbanización y migración hacia las ciudades que se acrecentaron en la segunda mitad del siglo XX en varios países latinoamericanos, donde los sectores potenciales de apoyo, tales como estudiantes radicalizados u organizaciones obreras y sindicales combatientes, fueron cobrando cada vez más fuerza (González, 2017). En contraposición la guerrilla rural es concebida como un subtipo de guerrilla cuya actividad político/militar se desarrolla en aquellas zonas de poco o difícil acceso por parte de las grandes unidades militares convencionales, utilizadas por los estados nacionales, y que a la vez permitiese la construcción de bases de apoyo locales, las cuales consistían tanto de organizaciones campesinas, como de comunidades indígenas y redes familiares y de parentesco, que sirviesen de guías en el territorio así como de apoyo logístico y financiero (González, 2017).

Por último, se define de manera general tres de las distintas estrategias de combate guerrillero, utilizadas por los distintos grupos armados del continente: el Focoismo, la Guerra Popular Prolongada y el Insurreccionalismo. La primera tiene su origen en la teoría del “foco revolucionario”, formulada por Ernesto Guevara y desarrollada por Régis Debray, la cual

promovía la idea de que un pequeño núcleo armado con presencia en los espacios rurales podía catalizar y conducir el descontento popular hasta llegar a la fase de confrontación abierta contra las fuerzas del Estado. La situación preinsurreccional, la represión policial, el descontento generalizado por cuestiones económicas o la rebelión campesina pasan a ser factores que facilitan, más no necesariamente engendran o limitan la insurrección (López, 2010; González, 2017). En palabras del propio Guevara: “No siempre hay que esperar a que se den todas las condiciones para la revolución; el foco insurreccional puede crearlas” (Guevara, 2004, p.4).

Por su parte, la propuesta de Guerra Popular Prolongada tiene su origen en el modelo maoísta de Guerra Revolucionaria. Dicho modelo, el cual se divide en tres fases (defensa estratégica, equilibrio estratégico y superioridad estratégica), exige la permanencia prolongada de las fuerzas revolucionarias en las zonas de operación con el objetivo de llevar a cabo una larga campaña de desgaste contra el enemigo burgués. (López, 2010; González, 2017). Por último, la propuesta insurreccionalista, según nos dice el investigador Alberto López Limón, es una concepción “esencialmente urbana que, por su naturaleza, contiene un alto grado de espontaneidad. [...] lo fundamental es lograr la participación de los grandes conglomerados humanos para ‘asaltar el poder’” (López, 2010, p.24).

A pesar de que, en lo teórico, los distintos grupos armados mexicanos se decían defensores de una u otra propuesta, en la práctica las fronteras entre éstas se volvían difusas. Esto se debía a que no eran mutuamente excluyentes, ni resultaban aplicables en todos los escenarios político-militares. Un ejemplo se verá más adelante al tratar con la Liga Comunista 23 de Septiembre, la cuál mantenía una postura crítica al modelo guevarista, y su experimento foquista en la sierra sonorense de 1973 a 1974.

1) Organizaciones político-militares en América Latina

A partir de la década de los cincuenta, tras la victoria de la Revolución Cubana, surgieron en América Latina una serie de movimientos armados de corte socialista, los cuales, mayoritariamente, se inspiraron en el triunfo de Fidel Castro, Ernesto “Che” Guevara y el resto de los líderes del Movimiento 26 de Julio, pero todos también tenían su origen en las demandas propias de su localidad. Si bien, la atención de EE. UU. hacía los demás países americanos había sido periférica hasta ese momento, viendo a los partidos comunistas y demás organizaciones sociales de estos países como una amenaza menor (Carbone, 2006), la creciente oleada de movimientos nacionalistas y antimperialistas en el continente despertó la paranoia anticomunista de las administraciones de Dwight D. Eisenhower y John F. Kennedy. En el contexto de la Guerra Fría, en el que Estados Unidos y la Unión Soviética se disputaban la hegemonía política, militar, económica e ideológica, las demandas locales de cada nación se vieron enfrascadas, muchas veces de forma deliberada, en un conflicto de proporciones globales.

Tal fue el caso de Guatemala en 1954, cuando el presidente Jacobo Árbenz fue derrocado tras un golpe de estado patrocinado por EE. UU., el primero de su clase en América Latina. Tras su victoria electoral en 1950, Árbenz había implementado un amplio programa de modernización en el país, siendo la reforma agraria de 1953 su punta de lanza. El objetivo de estas políticas económicas era transformar a Guatemala en un país autosuficiente y competitivo, eliminando su dependencia hacia la comunidad internacional. Se expropiaron 95.000 hectáreas de tierra sin cultivar a la United Fruit Company (Powaski, 2011), empresa norteamericana que vio sus intereses económicos en peligro y, junto con su gobierno, conspiró para derrocar al presidente guatemalteco.

Este evento marcaría el inicio de la nueva política norteamericana hacia América Latina: cualquier intento de reforma económica o social sería interpretada como una afronta comunista a la hegemonía estadounidense y debía ser eliminada. El triunfo de la Revolución Cubana cinco años después, así como las políticas nacionalistas expresadas por los líderes revolucionarios, parecían ser terreno fértil para otra intervención norteamericana al estilo guatemalteco. A pesar de que, en un principio, el levantamiento cubano carecía de una identificación con la Unión Soviética y el bloque socialista, el eventual enfriamiento de las relaciones políticas y económicas con los Estados Unidos empujó a que Cuba se acercara a la URSS en búsqueda de asistencia. El estrechamiento de relaciones cubano-soviéticas, así como las políticas nacionalistas de la Habana, no sentaron bien en Washington, por lo que se decidió intervenir en la isla (Carbone, 2006).

En Abril de 1961, con el apoyo logístico y militar de los Estados Unidos, un grupo de entre 1,400 y 1,500 disidentes cubanos invadieron Cuba (Powaski, 2011), en lo que es conocido como “la invasión de Bahía de los Cochinos”. Esto resultó en una aplastante victoria para el gobierno cubano y una humillación para la administración de Kennedy, quien se vio obligado a intercambiar a los prisioneros sobrevivientes por tractores y otro tipo de maquinaria agroindustrial. Después de esta fallida intervención, EE. UU. volvió a cambiar su política hacia Latinoamérica, bajo el lema de “No a una segunda Cuba” (Carbone, 2006). Es a partir de ese momento que la estrategia geopolítica norteamericana pasó de una “defensa hemisférica” a un “combate a la subversión interna” (Gill, 2004).

Una vez ganada y defendida la Revolución cubana, y en aras de esparcir la estrategia castro-guevarista, dieron a conocer la Primera y Segunda Declaración de la Habana, en 1960 y 1962 respectivamente, en las que los revolucionarios de la isla pugnaban por la lucha

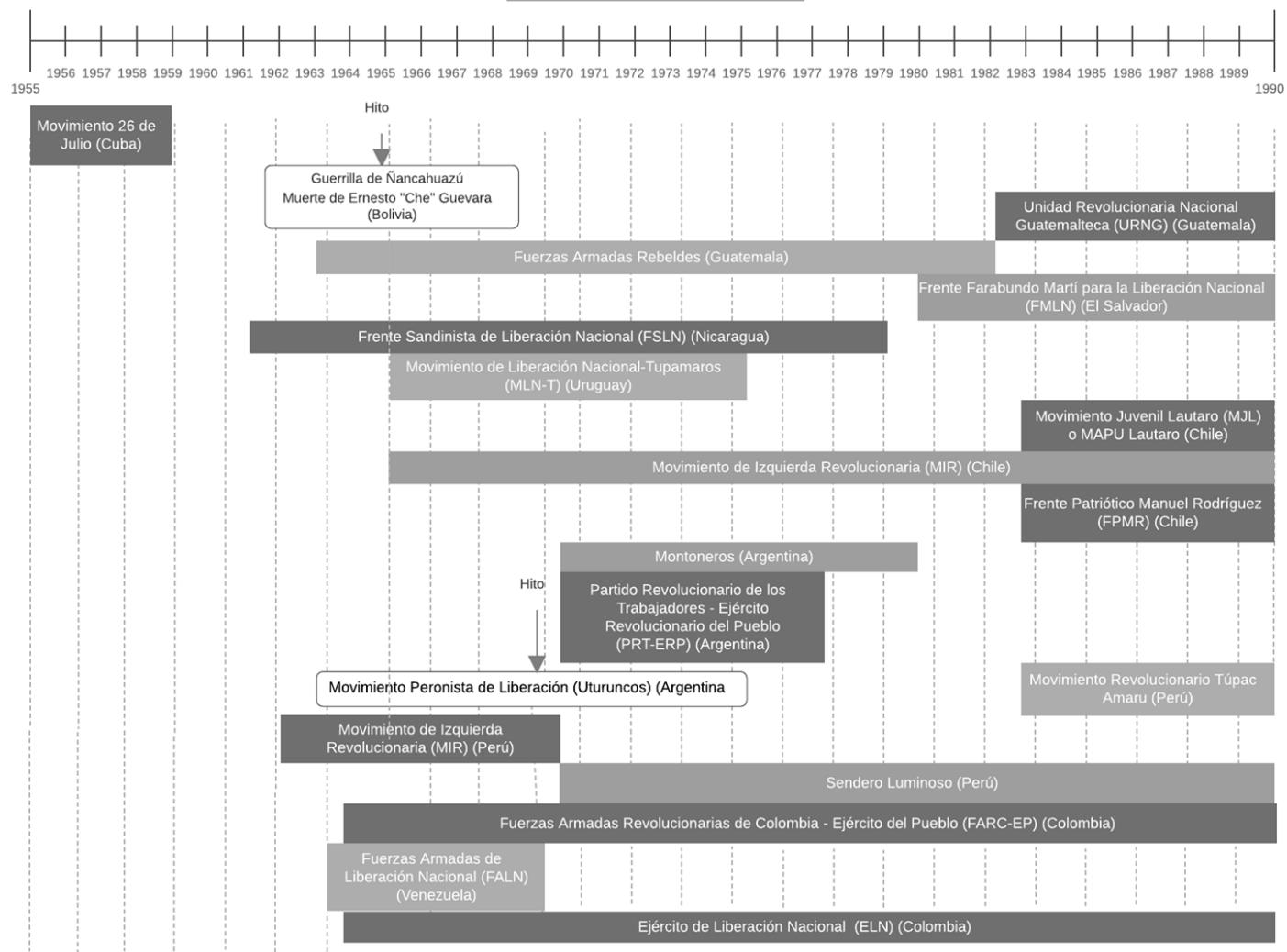
armada como instrumento de la vanguardia para la transformación social (Rangel, 2011). En el período entre ambas declaraciones, el 16 de abril de 1961, Castro declaró que la triunfante revolución era de carácter socialista (Powaski, 2011). De igual forma, en 1966 en la Primera Conferencia de Solidaridad de los Pueblos de África, Asia y América Latina, también conocida como “la Tricontinental”, hubo un fortalecimiento de la posición guerrillera. Dichos llamamientos tuvieron eco principalmente en las juventudes radicalizadas del continente, las cuales optaron por adaptar los postulados guerrilleros a las condiciones locales de sus países.

Entre las guerrillas de la década de los cincuenta en América Latina destacó el Ejército Defensor de la Soberanía Nacional de Nicaragua, liderado por Augusto Sandino, uno de los primeros grupos en aplicar dicha estrategia en lo que denominaremos el período de “guerrilla contemporánea” (Prieto, 2007). Sin embargo, y como advertimos párrafos arriba, la Revolución Cubana tuvo un doble efecto en la geopolítica continental que facilitó el surgimiento de nuevas organizaciones armadas de corte socialista: en primer lugar, la inspiración directa de aquellos militantes que vieron en el experimento castrista una alternativa a la política conciliadora de los partidos socialistas tradicionales (Prieto, 2007); en segundo lugar, la agudización de las contradicciones políticas y socioeconómicas que se produjeron tras el fracaso de la intervención norteamericana en la isla del caribe, así como su posterior política antisubversiva. A lo largo del período que va de 1960 a 1990 surgieron a lo largo del territorio latinoamericano decenas de organizaciones guerrilleras que enarbolaban la bandera de la revolución socialista (véase figura 2), ya fuera siguiendo el ejemplo del proceso cubano, o marcando distancia estratégica e ideológica de los eventos sucedidos en la isla caribeña.

No es el objetivo de este trabajo reproducir la totalidad de la historia de la guerrilla contemporánea en América Latina. Sin embargo, vale la pena señalar que tanto el fenómeno guerrillero como la lucha armada como alternativa política tuvieron amplia presencia en el territorio latinoamericano, con expresiones armadas de gran envergadura a lo largo del continente, entre los que se encuentran: el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) en Nicaragua; el Movimiento de Liberación Nacional – Tupamaros (MLN-T) de Uruguay; el Ejército de Liberación Nacional (ELN) o la Guerrilla de Ñancahuazú en Bolivia, los diferentes grupos anti pinochetistas en Chile; los Montoneros y Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) en Argentina; las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN) de Colombia; así como Sendero Luminoso en Perú, entre otros.

Más allá de la influencia que tuvo la Revolución Cubana en el surgimiento de grupos guerrilleros a lo largo del continente, vale la pena alejarse de los paradigmas deterministas que pretenden explicarlos como una mera importación del modelo caribeño. Dichas organizaciones no fueron productos exclusivos de los vaivenes de la política internacional, si no que tuvieron origen en las contradicciones internas de las entonces inestables democracias latinoamericanas. Si bien el desarrollo de las organizaciones guerrilleras en el continente respondió en un primer momento a las condiciones sociopolíticas locales de cada país, un estudio más cercano a ellas puede brindar herramientas analíticas a través de las cuales podemos abordar a los movimientos armados de corte socialista en México, específicamente a la Liga Comunista 23 de Septiembre. La experiencia de los grupos anteriormente mencionados ayuda a contextualizar el clima geopolítico del continente, así como a entender la complejidad de los procesos de radicalización y militancia.

Figura 2: Cronograma básico de los movimientos guerrilleros en Latinoamérica, 1953-1990



Fuente: elaboración del autor a partir de Pozzi y Pérez (2012) y Prieto (2007).

2) Organizaciones político-militares con presencia en el noroeste mexicano, 1965-1973

A partir de la década de los años sesenta del siglo pasado se empezó a gestar una confrontación estratégico-ideológica entre sectores de la llamada “izquierda socialista” mexicana, la cual tiene su origen en los de la geopolítica mundial acaecidos entre la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría. A finales de la década de los sesenta y principios de los setenta, se dieron una serie de divisiones, escisiones y rompimientos al interior tanto del Partido Comunista Mexicano como de la Juventud Comunista de México, organizaciones que seguían, respectivamente, las directrices conciliadoras y nacionalistas de la URSS y las directrices de la llamada nueva izquierda, sector de militantes influenciados por la Revolución Cubana, la guerra de Vietnam y los movimientos contraculturales (Cedillo & Herrera, 2014).

A partir de la división entre quienes proponían un frente popular, como era el caso del PCM, y aquella oposición interna que veía en la revuelta armada el futuro de la revolución socialista, fue que se abrió un nuevo capítulo en la historia de los movimientos armados en nuestro país. El 23 de septiembre de 1965 el Grupo Popular Guerrillero (GPG), comandado por el profesor rural Arturo Gámiz, atacó el cuartel del ejército ubicado en Madera, Chihuahua, de lo que resultó el virtual aniquilamiento de la organización armada. El llamado “Asalto al Cuartel Madera” se volvió en años posteriores un referente simbólico de lucha revolucionaria, inspirando la creación de decenas de grupos armados por toda la República Mexicana.

A mediados de la década de los sesenta, en el estado de Guerrero, se formaron dos grupos más que se constituyeron como otro referente para el naciente movimiento armado

socialista mexicano: la Asociación Cívica Nacional Revolucionaria (ACNR), dirigida por el líder magisterial Genaro Vázquez, y la Brigada Campesina de Ajusticiamiento del Partido de los Pobres (PdIP – BCA), liderada por el también maestro normalista Lucio Cabañas. Si bien estas organizaciones nunca llegaron a expandir su terreno de acción, debido en gran parte a la naturaleza misma de las guerrillas de corte rural (Rangel, 2011, p.64),² junto con la experiencia cubana, sirvieron de inspiración para la formación de nuevas organizaciones armadas a lo largo del país.

Influenciados por las acciones del GPG, muchos de los grupos que surgirían posteriormente se plantearían el derrocamiento del sistema político mexicano, así como del sistema capitalista, a través del uso de las armas como herramienta de transformación. Varios de estos grupos tuvieron presencia en la zona noroeste del país (Chihuahua, Durango, Sonora y Sinaloa), cada uno con niveles distintos de influencia en sus zonas de acción: el Grupo Popular Guerrillero – Arturo Gámiz (GPG – AG); el Movimiento 23 de septiembre (M-23S); el Movimiento de Acción Revolucionaria (MAR); el MAR 23 de Septiembre, que surgió de la fusión de los dos grupos anteriores; los Comandos Armados de Chihuahua; así como las Fuerzas Armadas de la Nueva Revolución. La falta de vinculación o continuidad entre estas organizaciones permitió su fácil desmantelamiento por parte de los aparatos de seguridad del Estado.

El Grupo Popular Guerrillero – Arturo Gámiz, se formó en 1968 y fue dirigido por Óscar González Eguiarte, quien militó en la red urbana del GPG original. Tras el

² El investigador Lucio Rangel (2011, p.64) afirma que “El regionalismo, sectarismo, dogmatismo y el caudillismo de las guerrillas de Genaro Vázquez y Lucio Cabañas fueron lastres de los cuales no pudieron desprenderse y que finalmente [...] las llevaron a la derrota”. Estas características no fueron exclusivas de dichas organizaciones y, como se verá más adelante, fueron reproducidas posteriormente por la propia LC23S.

reclutamiento de militantes entre los sobrevivientes del asalto al cuartel Madera, así como exmilitantes desilusionados del PCM, el GPG-AG decidió continuar el proyecto revolucionario foquista emprendido dos años antes por Arturo Gámiz en la sierra de Chihuahua. El Investigador Alberto López Limó señala que el GPG-AG mantenía una continuidad con el programa político-militar del GPG original: “con Óscar se observa una dependencia ideológica y política en particular hacia las ideas de Régis Debray” (2010, p.480) y a la concepción foquista de la guerra de guerrillas, propuesta por Ernesto “Che” Guevara; lo llevó a que se diera una separación con otro de los sobrevivientes de la red urbana del GPG, Pedro Uranga Rohana, de quien se tratará brevemente más adelante.

El GPG-AG realizó su trabajo político principalmente en las zonas rurales de Chihuahua y Sonora, en donde entró en contacto con campesinos e indígenas de las distintas zonas. Salvador Gaytán, conocido como *Don Chuy*, personaje ampliamente conocido localmente por su activismo político y por haber militado con Arturo Gámiz varios años antes, se unió a la organización comandada por Óscar González y formaría parte, posteriormente, del GPG-AG, el M23S, el MAR23S, y la LC23S, acumulando para 1974 un total de diez años de experiencia guerrillera (Cedillo, 2019). A pesar del trabajo realizado entre las poblaciones rurales de Sonora y Chihuahua, la falta de experiencia militar práctica de los militantes del GPG-AG provocó que a finales de 1968 fuese desarticulada la organización. Tras un enfrentamiento con el ejército, los líderes guerrilleros fueron ejecutados el 9 de septiembre en Tesopaco, Sonora.

Por su parte, la agrupación liderada por Pedro Uranga Rohana se deslindó tempranamente de la facción de Óscar González y se dispersó por Chihuahua, Durango, Guerrero y el Distrito Federal, bajo el nombre de Movimiento Revolucionario del Pueblo

(MRP). Se distanció del programa guevarista del GPG-AG y adoptó la estrategia maoísta de guerra popular prolongada (López, 2010). A pesar del amplio trabajo de reclutamiento y educación política, el MRP fue desarticulado en 1967 tras la detención y ejecución de sus principales líderes (Rangel, 2011).

El Movimiento 23 de Septiembre (M23S) se creó tras la reunificación de los cuadros sobrevivientes tanto del GPG-AG como del MRP. Para evitar posibles confusiones, es necesario precisar que el nombre de “movimiento 23 de septiembre” fue utilizado en distintos momentos por organizaciones diferentes. En primera instancia, ese fue el nombre elegido inicialmente por los militantes del GPG-AG para referirse a su organización. En segundo lugar, la facción comandada por Uranga reclamó el nombre al comenzar su trabajo político-militar. Posteriormente se adoptaría el nombre de Movimiento Revolucionario del Pueblo; sin embargo, éste sería utilizado a la par que el de M23S. La tercera organización en tomar este nombre se creó en 1968 a partir de la iniciativa de los sobrevivientes del GPG-AG y el MRP, en honor a los guerrilleros caídos en el asalto al cuartel Madera³ (López, 2010).

Esta organización se estructuraría bajo la influencia ideológica de Jesús Manuel Gámez Rascón, quien trabajaba bajo el seudónimo de *Julio*, junto a su hermano Eleazar Gámez Rascón, conocido como *Andrés*, originarios del sur de Sonora y quienes, posteriormente, pertenecerían a las esferas directivas de la LC23S (véase figura 3). El antecedente directo de esta última versión del M23S fue una agrupación denominada Pequeña Brigada Dinámica (PBD), la cual se formó a mediados de la década de los sesenta

³ Al acercarse al fenómeno guerrillero mexicano de la segunda mitad del siglo XX, se sugiere hacerlo con un cierto grado de cautela, con el fin de evitar caer en confusiones. Vale la pena recordar que, al llevar a cabo la mayoría de sus acciones en el claudestinidad, y con el objetivo de mantener en secreto sus proyectos e identidades, muchos de los nombres tanto de militantes como de organizaciones armadas se pueden confundir o distorsionar.

y contó con pequeñas células en Ciudad Obregón, principalmente en el Instituto tecnológico de Sonora (ITSON) y algunos pueblos y rancherías de la zona serrana del sur sonorense (Gámez, 2019).

La dirección de la PBD estaba conformada por los hermanos Gámez Rascón, Fernando Salinas Mora, Juan Rojo, José Adalberto Gaxiola, Ramón Ramos Mogrovejo y Rodolfo Gómez García (Gaxiola, 2021). A través de los contactos establecidos por Salinas Mora, *el Richard*, se reclutaron algunos estudiantes del ITSON, entre ellos a Manuel Amarillas y a Cándido Pérez Verduzco, así como a cinco enfermeras del Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (ISSSTE): Esperanza Flórez Robles, Blanca Estela Leyva, Marta Ofelia Contreras, Marina Ávila Sosa y Alejandrina Ávila Sosa (Gaxiola, 2021). Esta última, posteriormente, formaría parte de uno de los comandos de la LC23S que subiría a la sierra. La principal tarea de la PBD durante los últimos tres años de la década de los sesenta fue de educación política y creación de vínculos con distintos líderes campesinos de la zona, entre ellos el rarámuri Arturo Borboa, *el Tío* (véase figura 4) y el líder campesino Juan Rojo Oliva, *Heraclio* (Ávila, 27 de julio de 2021).

Figura 3: Eleazar, a la izquierda, y Manuel G3mez Rasc3n, a la derecha. Barrio San Andr3s, Guadalajara, Jalisco, 1971



Fuente: G3mez (2019, p. 165).

Figura 4: Manuel G3mez Rasc3n y Arturo Borboa. Cd. Obreg3n, 1970



Fuente: G3mez (2019, p.14).

Jesús Manuel, al ser estudiante en la Universidad Autónoma de Guadalajara (UAG), entabló contacto con personas provenientes de diferentes partes del país. Gracias a esta red nacional de contactos llegó a entablar relaciones con Óscar González Eguiarte quien, tras varios encuentros, le “hereda” simbólicamente en 1967 el nombre de Movimiento 23 de Septiembre para su naciente organización político-militar. A pesar de dicha herencia, el nuevo M23S se deslindó de la estrategia foquista empleada tanto por Arturo Gámiz como por Eguiarte, y prefirió una línea similar a la de Guerra Popular Prolongada, proponiéndose la creación de un ejército revolucionario en la Sierra Madre Occidental (Gámez, 2021). Tras el aniquilamiento del GPG-AG, el M23S buscó reestablecer contactos con algunos de los sobrevivientes de la lucha guerrillera en la zona, como fue el caso de Salvador Gaytán.

El M23S de Gámez, a través de los contactos políticos de Gaxiola Mandivil, posteriormente conocido bajo el seudónimo de *Comandante Baiburin*, logró restablecer algunas de las relaciones políticas establecidas por organizaciones predecesoras (Gaxiola, 2021). Sin embargo, éstas se encontraban debilitadas debido a las embestidas de los aparatos de seguridad. Los problemas derivados del sectarismo ejercido por el GPG-AG y el MRP no pasaron desapercibidas por los nuevos dirigentes y el M23S se plantó tempranamente la tarea de unificación con otras organizaciones guerrilleras, como fue el caso, fallido, de intento de adhesión al Partido de los Pobres de Lucio Caballas. Este proyecto tuvo eco con otras organizaciones y culminaría posteriormente en la formación de la Liga Comunista 23 de Septiembre (Rangel, 2011).

El único caso en la historia del movimiento guerrillero contemporáneo en México en el que un agente externo, Corea del Norte, tuvo algún nivel de injerencia en el desarrollo o entrenamiento de alguna organización fue el del Movimiento de Acción Revolucionaria. Si

bien la organización estuvo conformada en un principio por estudiantes pertenecientes a la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, no fue ahí donde se gestó dicha organización, sino en la Universidad de la Amistad de los Pueblos Patricio Lumumba, en Moscú (Castellanos, 2015). Becados por el gobierno soviético, el grupo estuvo conformado en un principio por cinco estudiantes, los cuales —motivados por los discursos expuestos en tierras cubanas durante la Reunión de la I Conferencia Tricontinental— decidieron romper con la línea de transformación pacífica hacía el socialismo, promovida en esos tiempos por la Unión Soviética (Rangel, 2011).

El grupo de estudiantes radicalizados, inspirados por la experiencia cubana, decidieron acercarse a las embajadas cubanas, vietnamitas, argelinas y chinas en busca de entrenamiento militar. Después de recibir una respuesta negativa de dichos países, su propuesta finalmente fue aceptada por la embajada de la República Democrática de Corea (Corea del Norte). Entre 1969 y 1970, tras el reclutamiento de poco más de cincuenta militantes, los contingentes fueron entrenados teórica y militarmente por el ejército norcoreano en Pyongyang (Castellanos, 2015). Para finales de 1970, la organización ya se encontraba de regreso en México y comenzó sus tareas de reclutamiento, educación, expansión y acción político-militar.

Debido al entrenamiento teórico-militar obtenido en Corea del Norte, los militantes del recién nombrado Movimiento de Acción Revolucionaria tenían una doble reputación ante los militantes de otras organizaciones armadas: por una parte, eran vistos como los guerrilleros mejor preparados tanto en estrategia militar como en educación (Rangel, 2011): pero, al mismo tiempo y en contra parte, también eran vistos como una organización militarista y ortodoxa que no comprendía las condiciones objetivas y subjetivas propias de

su país (Alonso, 2009). Esto dificultó los intentos de creación de alianzas o fusiones con otras organizaciones, como fue el caso de “los Procesos” y “los Guajiros”, quienes para esos años ya estaban trabajando en un proyecto unificador de organizaciones armadas.

De cualquier forma, la experiencia armada del MAR resultó efímera, ya que a inicios de 1971 se dieron las primeras detenciones de un amplio sector de militantes, siendo prácticamente desarticulada para finales de ese año. A pesar de lo fugaz de su existencia, el MAR fue capaz de realizar un amplio trabajo político a lo largo del país, y logró tener presencia en varios estados del país, incluyendo Sonora. Fue gracias a su amplia red de reclutamiento que varias de las organizaciones posteriores fueron capaces de adentrarse en los distintos estados con mayor facilidad. Para 1971 el Movimiento 23 de Septiembre de Gámez, representados por Salvador Gaytán, como los del MAR, dirigidos por Fabricio Gómez Souza, habían entrado en contacto y se encontraban en un proceso de fusión de las organizaciones. Sin embargo, en marzo de ese año, tras una serie de detenciones de militantes del MAR, dicho proceso se interrumpió (López, 2010), para reanudarse en 1972 y culminar en la formación del MAR-23 de Septiembre, grupo que formará parte de las organizaciones armadas que se unificaron en 1973 bajo el nombre de Liga Comunista 23 de Septiembre (Véase figura 5) (Rangel, 2011).

Otra de las organizaciones guerrilleras conformada por estudiantes radicalizados, en el estado de Chihuahua y por cuadros urbanos sobrevivientes del GPG – AG sería denominada Comandos Armados de Chihuahua por parte de la prensa local y estuvo bajo el liderazgo de Diego Lucero Martínez y Leopoldo Angulo Luken (Castellanos, 2015). El último mencionado militaría posteriormente en la Brigada de Ajusticiamiento de Lucio Cabañas, así como en la Liga Comunista 23 de Septiembre y fungiría como coordinador de

las tres células guerrilleras rurales de la LC23S en la zona que sería designada como el “Cuadrilátero de oro”: Sonora, Sinaloa, Chihuahua y Durango (Angulo, 2011). Actualmente se encuentra desaparecido. Ambos dirigentes formaban parte de una organización armada socialista más grande la cual carecía de nombre, pero que ha sido identificada como “Grupo N” o “los Guajiros” (Rangel, 2011). Si bien la organización se creó en Baja California, el Grupo N se trasladó al Distrito Federal en 1970, lugar donde se llevaron a cabo sus primeras expropiaciones (Alonso, 2009).

El Núcleo Central del Grupo N, nombre con el que los militantes se referían a la dirección del grupo, entró en contacto de manera temprana con Raúl Ramos Zavala, líder de la organización conocida como los Procesos, grupo que pugnaba por la unificación armada de las distintas células guerrilleras del país (López, 2010). Fue a partir de este enlace entre las dos agrupaciones que se empezó a gestar un proyecto unificador del movimiento guerrillero mexicano, el cual llegaría a ser conocido, posteriormente, como la Liga Comunista 23 de Septiembre. Si bien ambos grupos (los Procesos y los Guajiros) lograron sobrevivir las embestidas de los aparatos de seguridad mexicanos, este no fue el caso de los Comandos Armados de Chihuahua.

El 15 de enero de 1972, tras recibir la autorización por parte del Núcleo Central del Grupo N, los militantes organizados bajo la dirección de Diego Lucero se dividieron en tres comandos armados. Bajo el nombre de “Operación Madera” (Alonso, 2009), los militantes se propusieron la “expropiación” de tres bancos. A pesar del balance positivo de la acción político-militar (dos asaltos exitosos y uno fallido), los aparatos de seguridad lograron detener a la mayoría de los militantes involucrados en dichas acciones. Varios militantes fueron detenidos y otros tantos ejecutados extrajudicialmente, entre ellos Diego Lucero

(Rangel, 2011). Con la caída de su principal dirigente, los Comandos Armados de Chihuahua se quedaron sin líder y sin sucesor, provocando su eventual desintegración.

Como se ha visto hasta ahora, todas las organizaciones armadas que surgieron en el Noroeste del país llegaron a relacionarse de una manera u otra, ya fuese a través del intercambio de militantes, reestructuración de las organizaciones, fusión de grupos o continuidad de proyectos. Sin embargo, no todas las organizaciones armadas socialistas del noroeste mexicano de la segunda mitad del siglo XX formaron parte de esta red de militancia, como sería el caso de las Fuerzas Armadas de la Nueva Revolución (FANR) y Los Macías. Originarios del sur de Sonora, las FANR estuvieron dirigidas inicialmente por Miguel Duarte López, quien fue un activista estudiantil durante el movimiento del 67 en Obregón y presidente de la FEITSON (Anaya et al., 2015), así como un exmilitante del Partido Comunista. Duarte se deslindó de la vía pacífica y optó por la opción armada junto a un grupo de estudiantes, entre los que se encontraba Jesús Zambrano (Rangel, 2011). La organización estaba conformada principalmente por estudiantes preparatorianos, la mayoría con experiencia en el activismo rural solidario con las movilizaciones de trabajadores agrícolas del valle Guaymas-Empalme, también contaban con el apoyo de algunos dirigentes ferroviarios y campesinos.

El 15 de abril de 1971 las FANR llevaron a cabo su acción político-militar inaugural, la cual consistió en el asalto a una sucursal bancaria en la ciudad de Empalme. Este incidente resultó en la detención de sus principales dirigentes, entre ellos Duarte, así como en la muerte y aprehensión de varios militantes y simpatizantes. Para 1972, bajo la dirección de Jesús Zambrano, los remanentes de la organización se reestructuraron y buscaron vincularse con

otros grupos armados. Sin embargo, dicho proceso resulto efímero, ya que para inicios de ese año las FANR terminaron por desintegrarse (Rangel, 2011).

Los Macías tenían su origen, tanto físico como ideológico, en otros espacios. Esta organización surgió como una escisión del Movimiento Espartaquista Revolucionario (MER) regiomontano. Esta organización se nutrió del bagaje político-ideológico del Espartaquismo de José Revueltas. A pesar de fundamentar su base teórica en los trabajos del intelectual mexicano, especialmente la tesis planteada en el *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, los espartaquistas “se nutrieron de diversos pensadores y no tuvieron un nítido perfil ideológico, pese al énfasis inicial que pusieron en el leninismo” (Cedillo, 2008, p.80).

El MER fue fundado en Monterrey en 1964 por Severo Iglesias y enfocó su trabajo político en la educación de masas. A través de la creación de círculos de estudio, esta organización logró expandirse por el noreste mexicano (Cedillo, 2008). En 1967, Mónico Rentería Medina, quien había sido designado por Iglesias como secretario Campesino del MER, fundó el Frente Democrático Campesino (FDC). El propósito de dicho órgano consistía en organizar, educar y agitar al sector campesino a través de la presión de toma de tierras, paros y huelgas. Tras una serie de brutales represiones por parte de los aparatos de seguridad del Estado, así como guardias blancas, un sector del FDC radicalizó sus posiciones políticas.

Esta situación, aunada a la lectura y distribución del libro *¿Revolución en la revolución?* de Régis Debray, provocaría un choque con el MER e Iglesias, derivando en la escisión de una fracción del FDC. Ésta posteriormente sería conocida como Los Macías y, en contraposición con su organización matriz, estaría organizada bajo los principios de una organización político-militar. Los Macías llevaría a cabo sus primeras acciones de agitación

y propaganda en la sierra de Durango (Aguado, 10 de noviembre de 2017; Rangel, 2011), así como en Chihuahua (Pérez, 4 de agosto de 2021). Salvador Corral García, “Roberto”, quien posteriormente pertenecería a la Liga Comunista 23 de Septiembre, formó parte de los miembros fundadores de esta organización.

A pesar de contar con relaciones políticas en los principales centros urbanos de Durango, Nuevo León, Tamaulipas y Chihuahua, esta organización no logró expandir su base de apoyo. Tras una serie de acciones militares, cuyo objetivo consistía en la recaudación de fondos (expropiaciones), así como la salida de su principal líder, la organización entró en un proceso de contracción. Fue así como, tras el contacto a finales de la década de los sesenta con Los Guajiros y Los Procesos, formaron parte del proceso embrionario de la LC23S, conocido como la Organización Partidaria (OP).

Como se verá más adelante, la presencia de grupos armados de corte socialista en el noroeste mexicano, especialmente en las zonas rurales, jugará un papel importante posteriormente en la creación de células de la Liga Comunista 23 de Septiembre, así como en el reclutamiento de militantes sonorenses. La misma LC23S vio en estas organizaciones un valor tanto logístico como simbólico al momento de ingresar a la sierra de Sonora: por una parte, se podía hacer utilización del trabajo político llevado a cabo por las organizaciones que le precedieron. Por otra parte, se tenía la idea de que el uso de nombres y símbolos relacionados a los líderes guerrilleros caídos en la zona podría facilitar el reclutamiento de militantes y simpatizantes.

3) La Liga Comunista 23 de Septiembre

En la década de los sesenta se empezó a gestar entre el estudiantado radicalizado del país un amplio movimiento armado, el cual veía en la experiencia cubana un modelo a seguir. La crisis político-económica experimentada por las clases medias y bajas como resultado de la crisis del modelo de desarrollo estabilizador facilitó la gradual deslegitimación de los instrumentos de cohesión impuestos por los gobiernos priistas de la posguerra. En este contexto, dos eventos marcarían puntos de inflexión en el que un sector de la sociedad ve cerradas las opciones pacíficas de participación política y decide optar por la vía armada: el ataque al cuartel Madera en Chihuahua, y la represión del movimiento estudiantil el 2 de octubre en la Ciudad de México. Si bien es importante evitar generalizaciones, ya que el fenómeno guerrillero mexicano tiene sus orígenes en los conflictos sociales específicos de cada región, la influencia que tuvieron dichos eventos en el proceso de radicalización en las grandes urbes del país es innegable (Pastén, 2018).

De igual manera, otro factor importante en la formación de estas organizaciones fue la inflexibilidad del programa político del Partido Comunista Mexicano. A partir de la década de los cuarenta, siguiendo los lineamientos de un “Frente Popular” entre la burguesía nacional y el movimiento obrero revolucionario, establecidos desde la Unión Soviética, el PCM rechazaba la oposición directa al gobierno mexicano en aras de una “coexistencia pacífica”. fue debido a lo anterior que un amplio sector de la militancia comunista, así como estudiantes pertenecientes a la Juventud Comunista de México, decidieron separarse del partido, en aras de construir lo que ellos consideraban como un verdadero “partido de vanguardia” (Castellanos, 2015).

A partir de la segunda mitad de los sesenta, surgieron a lo largo del país más de una decena de organizaciones guerrilleras, todas con un proyecto político propio, así como con una variedad de propuestas de acción militar distintas. (Véase figura 6.) La mayoría de estos grupos, a pesar de autoproclamarse como parte de la vanguardia proletaria nacional, estaban constituidos principalmente por estudiantes tanto universitarios como preparatorianos quienes carecían de experiencia en estrategia militar, lo cual les dio un carácter marcadamente frágil y propenso al resquebrajamiento. A esto se le debe añadir que existía sectarismo y falta de coordinación entre las distintas organizaciones armadas, las cuales veían en su propio proyecto el verdadero programa revolucionario. Por su parte, el caciquismo expuesto por las organizaciones lideradas por Lucio Caballas y Genaro Vázquez, y su desinterés por unificar los esfuerzos guerrilleros en una organización más amplia facilitó que los aparatos de seguridad e inteligencia del Estado mexicano desarticularan a la mayoría de estos proyectos (Rangel, 2011).

A pesar de que, para finales de los sesenta y principios de los setenta, varias organizaciones habían pasado por procesos de reestructuración y fusión con otras agrupaciones, estos derivaban más de un intento por evitar la desintegración de sus mandos que de un verdadero proceso de unificación guerrillera. Una de las primeras organizaciones en plantearse la tarea de llevar a cabo una unión de los distintos grupos guerrilleros en el país fueron los Procesos, con Raúl Ramos Zavala como su líder y principal ideólogo. El nombre de la organización provenía de un documento titulado *Proceso Revolucionario*, escrito por Ramos Zavala, el cual había sido distribuido dentro de las Juventudes Comunistas. Se trataba de una crítica a la postura pacifista y conciliadora del PCM (Castellanos, 2015).

Figura 5: Ubicación de las organizaciones armadas con mayor presencia en México durante los años setenta



Fuente: elaboración de Marialicia de la Luz Daniel a partir de Castellanos (2015).

Ramos Zavala era conocido por su papel como dirigente estudiantil en la Universidad Autónoma de Nuevo León (UANL) y por su militancia en las JC. En 1970, él y varios militantes más se deslindaron de esta organización y decidieron entrar en el clandestinaje. Entre 1970 y 1971, los Procesos dedicaron sus esfuerzos a la consolidación de relaciones con diferentes grupos a lo largo del país, entre ellos los Guajiros y varios militantes del Movimiento Estudiantil Profesional (MEP), una organización de corte católico con influencias de la Teología de la Liberación. Ignacio Salas Obregón, Oseas, dirigente del MEP, asume una posición de liderazgo junto a Ramos Zavala y ambos aseguran su lugar como los principales ideólogos de los Procesos (Rangel, 2011). Tras la Matanza de Corpus Cristi, ocurrida el 10 de junio de 1971 en el Distrito Federal, se dio un proceso de radicalización tanto entre jóvenes sin militancia, que decidieron unirse a la lucha armada, como de organizaciones guerrilleras que apresuraron sus proyectos político-militares.

Sin embargo, tras una serie de asaltos fallidos, Ramos Zavala murió en un enfrentamiento con la policía el 6 de febrero de 1972. La influencia del joven militante quedó plasmada en los documentos teóricos alrededor de los cuales se empezó a gestar el proyecto unificador guerrillero, conocidos como los *Madera Uno*, *Madera Dos*, *Madera Tres* y *Madera Tres Bis* (identificados posteriormente como los *Madera viejos*). Con los Procesos como principales promotores de dicho proyecto y de los postulados teóricos de los *Madera*, se creó la Organización Partidaria con el objetivo explícito de crear una Coordinadora Nacional Guerrillera. La Partidaria, como también fue conocida, logró aglutinar a la mayoría de los principales grupos guerrilleros en el país, con excepción de la Brigada Campesina de Ajusticiamiento del Partido de los Pobres de Lucio Cabañas; la Unión del Pueblo (UP); y las Fuerzas Revolucionarias Armadas del Pueblo (FRAP), grupos guerrilleros que actuaron desde estrategias y postulados teóricos distintos a los de la Liga.

a) Fundamentos estratégicos y programáticos

El objetivo de la LC23S era la eliminación del sistema capitalista y el aparato político mexicano a través de la lucha armada guerrillera, la cual iba a ser guiada por un partido de vanguardia conformado por miembros del proletariado mexicano. La Liga vio en sí misma a la vanguardia revolucionaria, más no el sujeto revolucionario como tal. A través del trabajo político-educativo y militar, la organización se planteaba la tarea de crear desde sus cimientos tanto al ejército como al partido que lideraría el proceso revolucionario. De ahí que la organización pusiera énfasis en sus tareas propagandísticas, de impresión de su periódico *Madera*, así como de la consolidación de aliados y bases sociales entre la población (Rangel, 2011).

A pesar de la influencia que tuvo la Revolución Cubana en el proceso de radicalización de muchos de los jóvenes militantes de la LC23S, la organización marcó desde un principio una distancia ideológica y estratégica con las concepciones revolucionarias de la isla. La estrategia del *foquismo* guevarista, con su énfasis en las acciones militares como praxis revolucionaria y propaganda política; era considerada, por lo menos en teoría, como una expresión del “aventurerismo burgués” y un falso socialismo. A pesar de lo anterior, como veremos en el caso sonoreense, la estrategia del foco guerrillero llegó a ser utilizado por la Liga en las zonas rurales del país (Cedillo, 2019).

Como ya se mencionó, la LC23S organizó su proyecto político alrededor de los postulados teóricos de Ramos Zavala y de Ignacio Arturo Salas Obregón (Oseas) con *Cuestiones fundamentales del movimiento revolucionario* (Pastén, 2018). En estos documentos se hacía una crítica explícita tanto al reformismo conciliatorio expuesto por el PCM, como a los “oportunistas pequeños burgueses” de los movimientos democratizadores y sindicales. De igual manera, se criticaba al llamado “aventurismo pequeñoburgués” y a lo que ellos consideraban como un “militarismo caudillista” de las diferentes organizaciones armadas que le precedieron o con las que coexistían (Rangel, 2011).

Ignacio Salas “Oseas” insertó al movimiento estudiantil del 68 en un contexto mayor de lucha de clases, elevando su papel al de “antesala de la revolución!, aunque consideraba las manifestaciones democratizadoras de 1968 como expresiones del oportunismo pequeñoburgués y de las tendencias reformistas en el seno del movimiento estudiantil (Rangel, 2011). En su texto *Cuestiones*, Salas Obregón plantó que “con el desarrollo político alcanzado en el 68, llegan a consolidarse más acabadamente algunas formas de organización que le dan fuerza a ese desarrollo político” (2003, p.64). El 68, entonces, se volvió un hito

fundacional para la Liga Comunista 23 de Septiembre, ya que marcaba para sus militantes el momento en el que la juventud rompió con el proyecto “estudiantil” y avanzó en la construcción de uno revolucionario (Sánchez, 2012). Fueron cuatro los elementos que el teórico de la Liga rescató de las movilizaciones sociales que tuvieron lugar en el Distrito Federal: la brigada, el Comité Coordinador de Brigadas, el Consejo de Representantes y el Comité de Lucha (Salas, 2003). Dichos elementos serán posteriormente modificados y adoptados como parte de la estructura organizacional de la LC23S.

Una tercera columna teórica que sustentaba el proyecto político de la LC23S fue la llamada “Tesis de la Universidad Fábrica” (Tesis UF), que tuvo su origen en un documento titulado *El Manifiesto al estudiantado proletario*, publicado por la Comisión Coordinadora de la Federación de Estudiantes Universitarios de Sinaloa. Dicha tesis fue retomada por Ignacio Salas y difundida posteriormente por la Liga bajo el nombre *Acerca del movimiento revolucionario del proletariado estudiantil* (Sánchez, 2012). La “Universidad Fábrica” fue un intento por parte del ala radical de la FEUS y, posteriormente, de la Liga por explicar la primacía que tenía el trabajo político y de reclutamiento entre el estudiantado nacional, principalmente aquel que pertenecía a los centros de estudios superior.

Se basaba, a grandes rasgos, en dos puntos: primero, que la universidad representaba un eslabón más del proceso de producción capitalista y que respondía a la necesidad del gran capital de crear las condiciones óptimas para la obtención de plusvalía (Rangel, 2011). En segundo lugar, la compleja relación que el estudiantado tenía con la maquinaria universitaria, la cual lo convertía al mismo tiempo en consumidor (de conocimiento y experiencia), en proletario (al contribuir en el desarrollo de conocimiento), así como en mercancía misma

(mano de obra calificada). Es así, según sus promotores, que el estudiantado se encontraba en un lugar clave para el desarrollo de la lucha proletaria.

Una arista importante en el proceso de desarrollo teórico-estratégico de la Liga fue la influencia que tuvo de la Teología de la Liberación (TL). A diferencia de otros grupos guerrilleros latinoamericanos, el papel que desempeñó la religiosidad al interior de la LC23S no fue tan explícita. Se trató de una influencia indirecta, menos proactiva, pero no menos relevante en su desarrollo. Tanto Ignacio Salas Obregón, Ignacio Olivares Torres y María de la Paz Quintanilla, miembros regiomontanos fundadores de la organización, participaron activamente en el Movimiento Estudiantil Profesional (MEP), el cual estaba adherido a una corriente internacional: la Juventud Estudiantil Católica Internacional (JECI) y al Movimiento Internacional de Estudiantes Católicos (MIEC) (Pastén, 2018). El MEP fue una agrupación creada por sacerdotes jesuitas, quienes aprovecharon el espacio que se les brindó dentro del escenario universitario regiomontano durante la segunda mitad del siglo XX. Al interior del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey (ITESM), bajo el cobijo de sus puestos como maestros, divulgaron la Teología de la Liberación y buscaron a través de ella influir el actuar de los estudiantes universitario (Torres, 2018).

Si bien la influencia jesuita en la fundación de la LC23S fue fundamental, su papel al interior de la organización disminuyó considerablemente en etapas posteriores. Tras las ejecuciones/desapariciones de los principales ideólogos de la organización, como fue el caso de Ignacio Olivares Torres e Ignacio Salas Obregón, así como del abandono de la opción armada por parte de otros tantos, como fue el caso de María de la Paz Quintanilla, los postulados de la TL tuvieron una influencia decreciente, de tal manera que para finales de los setenta era prácticamente nula.

b) Organización Nacional

La Liga Comunista 23 de Septiembre se formó en Guadalajara el 15 de mayo de 1973 con la fusión de varias organizaciones armadas socialistas del país (Véase figura 7). La mayoría de estos grupos provenían del entonces Distrito Federal, el Estado de México, Monterrey y Guadalajara; aunque también se encontraban individuos con una historia de militancia en Sonora, Chihuahua y otros estados del noroeste del país. Una vez conformada la organización nacional, se dio inicio a lo que ésta denominó como el “hostigamiento al estado burgués”, el cual consistía en acciones “militares” así como actividades propagandísticas, entre las que se encontraban secuestros y asaltos a instituciones bancarias y empresariales (López, 2010).

Dentro de las acciones de más relevancia llevadas a cabo durante este período se encuentran el secuestro de Anthony Duncan Williams, Cónsul Honorario de Gran Bretaña y del empresario jalisciense Fernando Aranguren Castiello, ambos en Guadalajara; y el fallido intento de secuestro de Eugenio Garza Sada en Monterrey. En Sinaloa se llevó a cabo un “experimento insurreccional”, conocido como “Asalto al Cielo”, en el cual campesinos y obreros del valle de Culiacán fueron movilizados por la agrupación afín a la Liga, conocida como *los Enfermos* (Castellanos, 2015). De igual manera, se llevó a cabo la formación de varios comandos armados en el sur y norte del país.

Figura 6: Estados donde la Liga Comunista 23 de Septiembre tuvo presencia



Fuente: elaboración de Marialicia de la Luz Daniel a partir de Castellanos (2015).

En el período entre 1973 y 1974 la Liga llegó a construir sus principales bases de apoyo y llevó a cabo sus actividades de mayor envergadura; sin embargo, para 1975 el proyecto guerrillero se encontraba en crisis, por la caída y desaparición de sus principales líderes, como fue el caso de Salvador Corral García, José Ignacio Olivares Torres e Ignacio Arturo Salas Obregón (Rangel, 2011), así como por la creciente crítica al interior de la organización acerca de las tendencias centralizadoras, caudillistas y militaristas de los cuadros dirigentes (Paz, 11 de noviembre de 2022; Aguado, 11 de noviembre de 2017). Después de una serie de escisiones y un violento proceso de reestructuración, la Liga Comunista 23 de Septiembre mantuvo un núcleo central, conocido como el Consejo de Redacción, encargado de seguir publicando el periódico *Madera*, así como de reconectar y organizar a los remanentes de la organización a lo largo del país.

Entre 1975 y 1981, la organización guerrillera mantuvo activas varias brigadas en distintos estados, pero en una escala e intensidad menor a lo conseguido en períodos anteriores, dedicándose mayormente a los trabajos de propaganda y formación política. Dentro de las acciones militares de más importancia llevadas a cabo durante este período estuvo el fallido intento de secuestro de Margarita López Portillo, hermana del entonces presidente electo (Castellanos, 2015). Uno de sus dirigentes históricos, David Jiménez Sarmiento, fue ejecutado durante dicha acción, lo cual ocasionó otro proceso de reestructuración al interior de la organización.

Durante estos años, un sector de los exmilitantes encarcelados decidió abandonar las armas y continuar la lucha política desde la legalidad. El exmilitante Camilo Valenzuela Fierro, quien había sido liberado de la penitenciaría del estado de Sinaloa y lideraba una facción de exmilitantes conocida como *Los Auténticos*, creó una alianza con el llamado Comité Marxista Leninista (CML). Esta organización estaba conformada en parte por miembros de la *Brigada Revolucionaria Emiliano Zapata* (BREZ) de Oaxaca, la *Brigada Rural Genaro Vázquez* de Guerrero, la *Brigada “Carlos Rentería”* de Monterrey y la *Liga Comunista Internacionalista 23 de Septiembre*, quienes habían decidido abandonar el proyecto de la Liga, así como el uso de las armas. A partir de esta unión se creó en 1976 la Organización Marxista por la Emancipación del Proletariado (OMEP), la cual posteriormente pasaría a ser la Corriente Socialista (CS) (Castellanos, 2015).

En 1976 se creó la *Brigada Especial*, mejor conocida como *Brigada Blanca*, una organización paramilitar conformada por agentes pertenecientes a los diferentes cuerpos de seguridad e inteligencia del gobierno mexicano, con el objetivo central de la “neutralización” de las células guerrilleras de la LC23S (Ortiz, 2014). Un año después se promulgó la reforma

a la Ley Electoral, que abrió las puertas a una mayor participación electoral de los partidos políticos de oposición. De igual manera, se promulgó una Ley de Amnistía dirigida a todos aquellos individuos que militaron en organizaciones guerrilleras. Ante esta doble embestida, tanto militar como política, y sin una base social de apoyo, la Liga Comunista 23 de Septiembre dejó de existir para 1981 (Rangel, 2011).

c) Comando Sonora

Una de las primeras decisiones tomadas por la naciente organización en su primera reunión general en 1973, fue la división del país en diferentes zonas. Se acordó la creación de Comités Coordinadores Político-Militares en los distintos estados del país, dividiéndose de la siguiente manera: el Comité del Valle de México, también llamado Brigada Roja, que actuaría en el D.F., Estado de México, Hidalgo y Puebla; el Comité Sur, que incluía a Guerrero, Oaxaca, Tabasco y Veracruz; el Comité Noreste, conformado por Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas; el Comité Occidente para cubrir Jalisco, Michoacán y Guanajuato (Rangel, 2011). El Comité Noroeste se encargaría de coordinar las acciones llevadas a cabo en el “Cuadrilátero de Oro”, conformado por los estados de Sinaloa, Sonora, Chihuahua y parte de Durango (Topete, 2009).

La presencia de la Liga en Sonora tuvo lugar entre 1973 y 1981, en correspondencia con la existencia de la organización nacional (Pastén, 2018), en dos frentes distintos: el urbano y en el rural. En el primero, el trabajo de reclutamiento se llevó a cabo principalmente en los centros de estudios superiores, como la Universidad de Sonora y la Escuela Normal Rural Plutarco Elías Calles “El Quinto”, así como, en menor medida, entre trabajadores y obreros de la construcción. Siguiendo el ejemplo de la organización nacional, una amplia parte del trabajo político de las células sonorenses de la Liga consistía en la distribución del

periódico clandestino *Madera*, además de una publicación propia titulada *Barricada Estudiantil*, la cual trataba problemáticas propias del estudiantado de la Universidad de Sonora, así como de la entidad en general. Siguiendo el ejemplo de su contraparte sinaloense, los militantes de la Liga firmaban la mayoría de sus desplegados y documentos bajo el nombre de Comité Coordinador Clandestino (CoCo Clan) (P. Rozo, 2018).

El 18 de enero de 1974, secundando la acción político-militar conocido como “asalto al cielo” llevada a cabo en Sinaloa dos días antes, varios militantes de la Liga buscaron cooptar un mitin de los activistas de la UniSon. Ambas acciones formaban parte de una estrategia proveniente de la Coordinación Nacional, llamada “días de agitación”, y tenía como doble propósito desestabilizar las estructuras políticas locales, así como medir su capacidad de convocatoria (Paz, 11 de noviembre de 2017). El saldo de esta acción fue la detención de varios militantes y la muerte de un policía. Los medios de comunicación trataron de desprestigiar ante la opinión pública esta acción y al movimiento estudiantil, presentándola como dirigida por “elementos subversivos” dentro del activismo, e incluyendo algunos titulares que hacían referencia a la “enfermedad” que infectaba desde Sinaloa, y el nombre de la Liga.

Ese mismo año en Navojoa se dió un conflicto entre estudiantes “activistas” de la preparatoria de la UniSon y los directores del plantel. Derivado del activismo político entre los campesinos de una amplia parte del estudiantado, así como por la influencia de maestros y estudiantes pertenecientes a la Liga, se organizó una marcha el 8 de febrero la cual culminó en una serie de actos de vandalismo (P. Rozo, 2018). La subsecuente represión por parte de la policía orilló a los militantes de la preparatoria a abandonar su papel “civil” y entrar

completamente al claudestinatje. De igual manera, las autoridades universitarias decidieron clausurar temporalmente la preparatoria, cerrándola permanentemente meses después.

Entre febrero y abril de ese mismo año, se dieron otras detenciones de militantes a lo largo del estado. El 18 de febrero la policía aprehendió a varios militantes en las cercanías de la Universidad de Sonora en Hermosillo, acusados de haber ejecutado a un policía municipal de nombre Enrique Morales Alcántar. Dos estudiantes universitarios, militantes de la LC23S, resultaron muertos como resultado de esta acción policial. Aproximadamente 16 personas fueron detenidas ese día, aunque no se puede confirmar que todas pertenecían a la organización (López, 2010).

Un mes después, el 27 de marzo, fue detenido Vicente Chávez Carranza en el poblado de Esperanza, quien, tras sesiones de tortura por parte de la policía, proporcionó información que llevó a la captura de once personas más; aunque no todas militaban activamente en la Liga (Aguado, 10 de noviembre de 2017), pues algunas nada más eran simpatizantes o miembros de otra organización armada. Dicho evento fue presentado por la prensa como una detención de narcotraficantes (Pastén, 2018). A finales de abril de ese año, tras un fallido intento de asalto, se aprehendió otra célula de la LC23S. Después de la tortura de Rodolfo Godoy Rosas y Samuel Orozco Cital, se detuvieron a quince militantes más. En los días siguientes, apareció por primera vez el nombre de María de la Paz Quintanilla, conocida en la organización como *Raquel* o *Raco*, en primera plana de los periódicos de la ciudad.

La presencia de la LC23S en el ámbito rural de la sierra del sur de Sonora tuvo lugar de finales de 1973 a principios de 1975. La decisión de una organización guerrillera urbana de crear frentes rurales en distintos estados del país se explica en parte por el fracaso de su intento por reclutar al PdIP – BCA y a su líder, Lucio Cabañas, a su proyecto revolucionario.

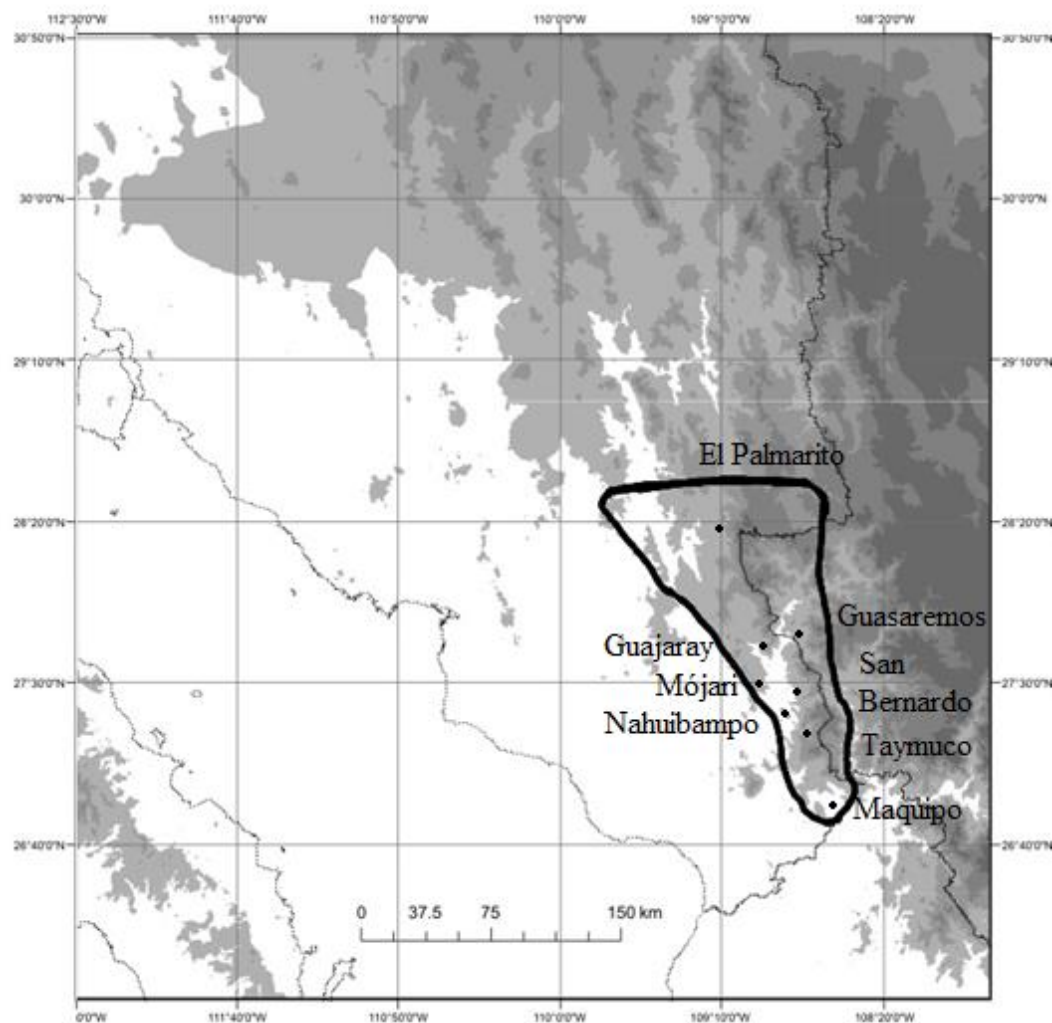
Para la Liga la importancia de las organizaciones que le precedieron recaía en dos puntos: logística y simbolismo.

Lo relacionado con la logística tenía como fundamento el trabajo político que había sido llevado a cabo por las organizaciones mencionadas anteriormente, específicamente el Movimiento 23 de Septiembre en la zona serrana entre Chihuahua y Sonora (Topete, 2009, p. 23). En cuanto al aspecto simbólico, dos de los tres comandos armados de la LC23S que tuvieron actividad en el sur de Sonora y Chihuahua llevaban el nombre de los guerrilleros pertenecientes al GPG y al GPG-AG, caídos en enfrentamientos con el ejército en la segunda mitad de los sesenta: el Comité Político Militar Arturo Gámiz (CPMAG) y el Comando Guerrillero Óscar González (CGOG). Se esperaba que al utilizar dichos nombres se pudiese lograr un acercamiento más rápido con la población rural, la cual podía tener problemas en entender la postura y el programa político de la Liga, pero que reconocería fácilmente a los maestros rurales caídos en Chihuahua y Tesopaco.

El CPMAG se dividió en tres subcomandos guerrilleros: el de Urique, el de Chínipas, y el del Quiriego, bautizado por los propios militantes como el Comando Guerrillero Óscar González. Este último fue el que actuó en territorio sonorense por un período aproximado de un año y medio (Véase figura 8.). Según el testimonio del exmilitante Miguel Topete:

El comando guerrillero [CGOG] desarrolló su actividad en la ‘Zona Puí’ [...] un frente que iría desde el Mójari, el Frijol, San Pedro, Maquipo, hasta El Peñasco [...], la sierra de Camarechi, La Trompa, la Finca, El Palmarito, Jecopaco; por el oriente el río Chínipas, Guasaremos, [...] el Huicochi, Taymuco y por el sur una línea de Taymuco, San Bernardo, Nahuibampo, [...] en los límites del sur de los Estados de Sonora y Chihuahua. (2009, p.34 – 39).

Figura 7: mapa topográfico de la zona sur de la sierra sonorense, donde actuó el CGOG



Fuente: elaboración del autor a partir de Topete (2009).

De los tres comandos guerrilleros de la Liga que actuaron en el noroeste mexicano, el CGOG fue el que mayor trabajo político realizó. A pesar de la ortodoxia marxista con la que guiaron su actividad propagandística, el virtual aislamiento que vivieron durante su estancia en la sierra sonorense les permitió desarrollar amplias relaciones con las comunidades de indígenas guarijíos y un conjunto de prácticas político-militares distintas a las de los demás comandos; así como sobrevivir los conflictos internos que plagaron a la organización nacional (Cedillo, 2019).

Al igual que en el caso urbano, el CGOG logró su cúspide en 1974, año en el que se realizaron la mayor cantidad de acciones político-militares, entre ellas el secuestro del comerciante de San Bernardo, José Hermenegildo Sáenz Cano, el 16 de enero de ese año. Salvador Gaytán, líder de otro de los comandos guerrilleros de la zona, participó en dicha acción. El 2 de mayo de 1974 fueron emboscados los comerciantes Agapito Enríquez Argüelles y Agapito Enríquez Rosas, en represalia por su colaboración con el ejército. Sin embargo, la crisis interna de la organización nacional, así como las diferencias políticas y estratégicas que tuvieron con las demás células rurales del Cuadrilátero de Oro, llevaron a su aislamiento y posterior abandono del proyecto serreño (Topete, 2009). El 24 de noviembre se dio el último enfrentamiento entre los guerrilleros del CGOG y el ejército mexicano, resultando en la muerte y ejecución de dos militantes y la desaparición de otros dos.

Debido a la centralización y jerarquización de la toma de decisiones, las células sonorenses se vieron afectadas por los vaivenes estructurales de la organización nacional. En el período de finales de 1974 y principios de 1975, debido a las bajas sufridas por la Coordinación Nacional, la estructura estatal de la Liga entró en crisis. Al igual que en el caso serrano, las células urbanas sufrieron detenciones y bajas tanto de militantes como de líderes guerrilleros.

La organización no desapareció como tal, pero muchos de sus coordinadores y miembros originales abandonaron la lucha armada, por lo que la Liga entró en un proceso de reestructuración (Paz, 11 de noviembre de 2017). Ejemplo de lo anterior fue que decidió ya no “reivindicar las expropiaciones”; es decir, ya no presentar a sus militantes como autores de las acciones político-militares que llevaban a cabo (Navarro, 26 de julio de 2017). La Liga Comunista logró mantener su presencia dentro de los institutos de educación superior, como

la Universidad de Sonora y la Escuela Normal Rural “El Quinto”, pero ya no logró recuperar la fuerza que tuvo en sus primeros años (Pastén, 2018).

Al igual que en el caso nacional, varios de los exmilitantes que recuperaron su libertad, o que sencillamente nunca fueron detenidos, abandonaron la lucha armada más no así la lucha política. La Corriente Socialista fue una organización que acogió a varios exmilitantes sonorenses tras su deslinde de la opción militar. Ante la profundización de la represión por parte del Estado mexicano, la CS se presentó como una alternativa legal para la participación política para aquellos militantes interesados en seguir participando en la discusión política, pero sin una agenda militarista. A pesar de esta situación, la LC23S no desapareció en su totalidad sino hasta 1981, año en que se dan las últimas detenciones de los líderes nacionales, así como de varios militantes provenientes de Sonora (Navarro, 26 de julio de 2017; Valenzuela, 23 de septiembre 2021).

Las últimas detenciones en el estado se dieron entre el 29 de abril y el 1° de mayo en Ciudad Obregón, al ser aprehendidos Irineo García Valenzuela, Rafael Ochoa Quintana, Guillermo Varela (o Rocha, según otra fuente) Miranda y Mauricio Miranda Gastelum, mientras que el 17 de mayo de 1981 fue detenido Marco Antonio Arana Murillo. Después de varias sesiones de tortura, los militantes confesaron la existencia de la Brigada Luis Miguel Corrales García de la Liga, así como la ubicación de dos casas de seguridad. No se sabe cuántos militantes más fueron detenidos tras dichas confesiones, pero este fue el golpe final que resultó en la desintegración de la Liga Comunista 23 de Septiembre en Sonora (Pastén, 2018).

La presencia de la LC23S en el territorio sonorenses respondió a un contexto complejo y variado tanto en las ciudades como en el campo, que no puede ser explicado simplemente

desde una perspectiva estructuralista que pretenda trazar una línea directa desde las movilizaciones estudiantiles de las grandes urbes nacionales a las manifestaciones armadas de los setenta, o desde una visión marxista ortodoxa que predica la inevitabilidad del conflicto de clases. La tesis de la “degeneración” del movimiento estudiantil expuesta por varios autores de la región, deja de lado la preponderancia del espacio rural en los procesos de reclutamiento y militancia de la guerrilla, así como los antecedentes de política radical en la entidad. En los siguientes capítulos se explorarán los procesos de sociabilidad que favorecieron el surgimiento y consolidación de expresiones armadas en las distintas zonas de la entidad.

Capítulo IV. El Comando Sonora en dos etapas de su historia

El Comando Sonora de la Liga Comunista 23 de Septiembre vivió varias etapas de desarrollo las cuales, en su mayoría, coincidieron con las vividas por la organización nacional. Sin embargo, para los fines de este trabajo, se dividieron en dos: La primera transcurrió desde finales de la década de los sesenta, con la aparición del M23S, hasta 1974 cuando la LC23S tuvo su crisis política interna. La segunda inicia en 1975 con el proceso de reestructuración de la organización, hasta 1981 cuando se dan las últimas grandes detenciones y ejecuciones de los principales dirigentes.

1) Fundación, conformación y definición del proyecto revolucionario (1967-1974)

La primera etapa se caracteriza por la diversidad en las estrategias empleadas, así como en sus postulados teóricos, producto de la naturaleza heterogénea de la propia organización. El período comprendido entre 1967 y 1974 nos remite a un proceso convulso de conformación y definición del proyecto revolucionario de la Liga a nivel nacional, así como de una disputa por el liderazgo ideológico por parte de las diferentes líneas políticas a su interior. Así lo plantea Lucio Rangel: “Al no haberse dado un proceso de deslinde a fondo entre los grupos que se integraron en ella, se manifestaron contradicciones entre algunos de sus militantes que desde la concepción de la Dirección Nacional no se ajustaban a la política marcada por la organización” (2011, p. 134).

Durante este período se manifestaron en Sonora, a grandes rasgos, tres visiones distintas acerca del quehacer guerrillero: el proyecto político desarrollado por el M23S; la línea “enferma” proveniente de Sinaloa; y la línea promovida por la Coordinación Nacional. Cada una de las tres líneas políticas tendrían grados distintos de influencia a lo largo del

Estado. Los procesos de sociabilidad propios de cada región les facilitó o limitó su ingreso y desarrollo en las mismas.

a) Tres líneas en disputa por el liderazgo político-ideológico

Como se vio en el capítulo anterior, la Liga Comunista 23 de Septiembre tuvo como uno de sus antecedentes directos tanto a nivel nacional como estatal, al Movimiento 23 de Septiembre (posteriormente MAR 23 de Septiembre). Dicho grupo, a su vez, tuvo como antecesoras a la Pequeña Brigada Dinámica y a las guerrillas rurales chihuahuenses de la década de los sesenta. Bajo el liderazgo político e ideológico de Jesús Manuel Gámez Rascón, *Julio*, los militantes provenientes del M23S habían realizado un trabajo político en la región sur de Sonora desde hacía varios años, tanto en instituciones de educación superior como en comunidades rurales e indígenas (Gaxiola, 2021). La línea del M23S chocó tempranamente con el proyecto revolucionario representado por la Coordinación Nacional en el campo ideológico, así como en el político-estratégico.

Tanto el contexto de su zona de actuación, como el trasfondo campesino de la mayoría de sus integrantes, le dio forma a la propuesta guerrillera de esta agrupación. El análisis sociohistórico a través del cual Gámez fundamenta su propuesta revolucionaria, expresada en su panfleto *A la luz de esta historia de batallas*, parte de la idea de que las desigualdades experimentadas en ese momento se habían generado después de la Revolución Mexicana (Gámez, 2019). En cuanto al campo político-estratégico, la propuesta guerrillera del M23S se asemejaba, sin llegar a serlo en su totalidad, a la visión maoísta de Guerra Popular Prolongada.

A mediados de 1973 la mayoría de los antiguos cuadros del M23S subieron a la sierra como parte del frente rural de la LC23S, lo que ocasionó que dicha línea perdiera influencia en los centros urbanos del sur de Sonora. Su lugar en la discusión política urbana, principalmente en Navojoa y Etchojoa, fue ocupado por la propuesta política representada por los Enfermos de Sinaloa. Promovida principalmente por estudiantes de la UAS, radicalizados en las movilizaciones estudiantiles de principios de los sesenta, este proyecto se esparció entre los estudiantes y profesores de la preparatoria de Navojoa y la Normal Rural del Quinto. Los Enfermos contaban con representación en la Coordinación Nacional y, supuestamente, seguían las instrucciones de la Dirección Política; sin embargo, su proyecto revolucionario tenía su principal sustento teórico en la Tesis de la Universidad Fábrica y no en los demás textos atribuidos a Ignacio Salas Obregón o Raúl Ramos Zavala.

Dicha tesis se centraba en la reproducción del sistema capitalista al interior de los centros de estudios superiores, temática que difícilmente podía observarse en estas comunidades, las cuales contaban solamente con una preparatoria y una Normal Rural. Sin embargo, podemos atribuir la propagación de dicha línea política al carácter rural y campesino de la región, características que compartía con la zona norte de Sinaloa. Como se verá más adelante, las relaciones de amistad, paisanaje y parentesco jugaron un papel fundamental en la radicalización de amplios contingentes de jóvenes campesinos, estudiantes y profesores. Más allá de si estos jóvenes podían observar de primera mano la reproducción de las estructuras capitalistas al interior de los centros de estudios superiores, fue este trasfondo campesino y activista compartido con sus correligionarios sinaloenses lo que permitió el dominio del pensamiento enfermo en la discusión política al interior de las brigadas sureñas de la LC23S.

En el caso de Obregón, Hermosillo y los demás centros urbanos de Sonora donde la Liga tuvo presencia, la línea política que dominó al interior de las brigadas fue aquella propuesta desde la Coordinación Nacional y la Dirección Política. La influencia de esta corriente tuvo mayor peso dentro de la Universidad de Sonora, en donde se formaron las primeras células hermosillenses de la organización. A pesar de ser conocidos entre los estudiantes como “enfermos”, en alusión al movimiento sinaloense, el contacto e influencia de esta corriente fue mínima y tangencial. A diferencia del caso de Navojoa y Etchojoa, así como de los grupos de la sierra, las brigadas urbanas del centro-norte estaban conformadas en su mayoría por estudiantes radicalizados cuya participación política se limitaba al activismo estudiantil al interior de la UniSon, contrastando con las dos corrientes anteriormente mencionadas las cuales tenían un trasfondo de activismo político mayormente rural y campesino.

Lo anterior influyó para que las células de la Liga en esta zona fueran más perceptivas de las propuestas políticas y teóricas provenientes desde la Coordinación Nacional, las cuales tuvieron eco entre jóvenes universitarios radicalizados que vieron en el activismo de la FEUS un proyecto limitado e incapaz de solucionar los problemas estructurales de la sociedad mexicana (Claudia, 16 de septiembre de 2021). Paradójicamente, a pesar de que las primeras células de la Liga se formaron al interior de la Universidad de Sonora, los militantes enfocaron sus actividades de agitación y reclutamiento al exterior de ésta, acercándose principalmente a los obreros industriales y de la construcción. El reclutamiento al interior de los centros de estudios, tanto medios como superiores, eran tareas desempeñadas principalmente, si no exclusivamente, por los encargados políticos de la región, quienes además realizaban sus tareas de propaganda y agitación en los centros obreros. A través de

mítines express en zonas industriales o reuniones con grupos de trabajadores interesados, se hacía entrega de propaganda y se les explicaba el proyecto político de la Liga. María de la Paz describe las reuniones de la siguiente manera:

En Empalme, Sonora, me tocó tener reuniones con ferrocarrileros; me tocó tener reuniones con pescadores; me tocó tener reuniones con obreros de la construcción, en Guaymas. [...] En todos los lugares tuvimos reuniones con estudiantes. [...] Los invitábamos a que hicieran la huelga política [...] A hacer una revolución socialista. La principal idea era agitación y propaganda para invitarlos a luchar [...] Crear organizaciones y comités de obreros, de campesinos, de estudiantes. Esa era la principalísima tarea (11 de noviembre de 2017).

En los centros urbanos sonorenses, la línea enferma y la de la Coordinación Nacional coexistieron durante esta etapa, sin entrar en disputa directa por el liderazgo político. En el caso de ambas líneas, la figura de María de la Paz Quintanilla como líder del Comando Sonora no fue cuestionada (véase figura 9). Incluso cuando las contradicciones internas en el seno de la LC23S nacional se agudizaron, los militantes urbanos sonorenses poco supieron de ellas.

No fue sino hasta la detención de los líderes de brigada y las ejecuciones de varios militantes que se empezó a gestar una ruptura ideológica al interior de las brigadas sonorenses del centro-norte. La división se dio entre los militantes críticos de las estrategias político-militares llevadas a cabo hasta esos momentos y los que veían el origen de las fallas estratégicas en la falta de compromiso y preparación teórica-militar, no en los postulados teóricos de la organización. Este conflicto toma lugar principalmente en la antigua

penitenciaria de Hermosillo, lugar en el cual se encontraban reclusos los principales líderes de las brigadas urbanas de la entidad (Santiago, 24 de septiembre de 2021).

Figura 8: María de la Paz Quintanilla, encargada política del Comando Sonora



Fuente: Periódico El Imparcial, 26 de abril de 1974.

Ante la profundización de la represión por parte de los aparatos de seguridad del Estado mexicano, y del aparente fracaso del proyecto revolucionario en Sonora, los militantes de la Liga reclusos en la penitenciaria se agruparon alrededor de dos posturas: la búsqueda de una “rectificación” del proyecto político de la Liga, y el endurecimiento de los planteamientos de la Dirección Política (Claudia, 18 de septiembre de 2021). A pesar de las dificultades vividas por los militantes que se encontraban reclusos, aprovechaban cualquier momento disponible para discutir el futuro de su quehacer político. Dichas discusiones culminaron en un rompimiento permanente de las dos posturas (Santiago, 24 de septiembre de 2021). La línea rectificadora decidió abandonar la lucha armada.

Este tipo de discusiones acerca del quehacer guerrillero, ocurridas tras las detenciones y posteriores encarcelamientos, no fue un fenómeno que se dio únicamente en la penitenciaría de Hermosillo o que fuese ajeno a las demás organizaciones político-militares. Caso similar ocurrió en distintos momentos, en otras zonas del país, como sería el caso de exmilitantes de Los Macías, quienes comenzaron un proceso de autocrítica y reestructuración una vez que fueron detenidos y enviados a Lecumberri (Pérez, 4 de agosto de 2021). El aparente fracaso de la opción armada, así como el distanciamiento de las bases sociales, fue un punto de polarización entre los militantes que se encontraban presos. La investigadora Laura Castellanos describe el desarrollo de una corriente crítica al interior de la LC23S de la siguiente manera:

El proceso [de rectificación] había empezado formalmente tras la caída de su dirigente, Ignacio Salas Obregón. Procedía tanto de algunos que estaban en prisión, como de otros que estaban en la calle. Inició ‘bajo la premisa de cuestionarlo todo’, de confrontarlo con ‘los clásicos o la práctica política’ (2007, p. 269)

En contraste a lo vivido por las brigadas urbanas, los comandos guerrilleros de la sierra vivieron la confrontación político-ideológica de manera diametralmente distinta. El conflicto tuvo su raíz en las propuestas teórico-militares de las dos corrientes que tenían presencia en la Sierra Madre Occidental: la línea de la Coordinación Nacional, representada por los militantes foráneos; y la línea del M23S, expuesta por aquellos militantes con experiencia en la lucha política campesina en la sierra sonorenses/chihuahuense. Las expresiones de dicho conflicto se dieron tanto de manera sutil, como la falta de comunicación

entre comandos y coordinadores, como explícita, con la expulsión y deslinde de comandos enteros.

La investigadora Adela Cedillo postula que a pesar de las diferencias ideológicas y estratégicas tan grandes entre los representantes de la Dirección Política y los veteranos serranos del M23S, estos últimos inicialmente les resultaban útiles en su búsqueda por ingresar a la Sierra Madre Occidental. “Parece que la participación de veteranos de la lucha armada en la Liga le dotó de una legitimidad por encima de otras organizaciones guerrilleras, hasta el punto de que sus dogmáticos líderes toleraron inicialmente las posiciones agrarias de los veteranos.” (Cedillo, 2019, p. 91)⁴. Dicha tolerancia estratégica por parte de la Coordinación Nacional y los Coordinadores de Zona hacía los seguidores del proyecto de Gámez Rascón no duraría mucho. Cedillo agrega: “Sin embargo, el CPMAG siguió reproduciendo las viejas divisiones entre los estudiantes y campesinos” (p. 91)⁵.

El año de 1974 estuvo marcado por procesos de reestructuración y renovación de los órganos directivos de la Liga, derivado en parte de la lucha interna por los liderazgos político-ideológicos. Esta situación no solo afectaba la estructura organizativa nacional, sino que se manifestó también en los Comités Zonales. Un ejemplo de dicho conflicto apareció en el número 3 del periódico *Madera*, el cual reproduce un extenso artículo en el que se crítica a la propuesta de Jesús Manuel Gámez Rascón, conocida como “Teoría de la vinculación partidaria” (véase figura 10).

⁴ Traducción del autor del siguiente párrafo: “The participation of veterans of the armed struggle in the Liga seemed to have legitimized it above other guerrilla organizations, to the point where its dogmatic leaders initially tolerated veterans’ agrarian positions”.

⁵ Traducción del autor del siguiente párrafo: “Nevertheless, the CPMAG continued to reproduce old divisions between students and peasants”.

Poco se sabe de dicha propuesta ya que no se ha podido rescatar alguna copia, y los únicos registros que quedan de ella son interpretados a través de la perspectiva de la Dirección Política de la Liga. Sin embargo, según testimonios de algunos de los compañeros de Gámez Rascón, como su hermano Eleazar (2021) y la enfermera Alejandrina Ávila (18 de agosto de 2021), se trataba de una propuesta de reestructuración del proyecto revolucionario con miras a crear una vinculación más fuerte con los movimientos obreros y sociales, así como con otras agrupaciones armadas. A continuación, se transcribe un fragmento de una entrevista realizada a Alejandrina Ávila en la que habla sobre el conflicto entre las dos líneas política al interior de la Liga⁶:

Una de las diferencias que tuvo [Salas Obregón] con Julio [Jesús Manuel Gámez Rascón] es que Julio empezó a plantear volver a los grupos armados, “vamos a buscarlos, vamos otra vez con Lucio para volver a integrarnos y convencerlo de que se venga. Ser una sola organización todos”. Ese era principalmente la cosa que él estaba planteando en lo de la Vinculación Partidaria. Que la desconocemos. Yo nomas lo sé por los comentarios que hace el mismo Oseas en los Madera, que eran siempre en contra. Pero no llegamos a saber que planteaba Julio.

Él [Salas Obregón] hace su crítica y reitera que los guerrilleros que andábamos allá en el norte éramos pequeños burgueses, que por mucho que trajéramos uniforme, aunque estuviéramos vestidos de guerrilleros, no éramos revolucionarios. Porque no pertenecíamos al proletariado, éramos estudiantes.

⁶ Fragmento de la entrevista realizada por el autor en agosto de 2021 (editada por el autor, respetando en todo lo posible la declaración textual).

Entonces ahí había una contradicción. Sacan un documento de la Universidad fábrica donde decían que los estudiantes son los revolucionarios y éramos un contingente revolucionario del proletariado. [...] La guerra interna se gestó desde el nacimiento de la Liga.

Como se mencionó anteriormente, en el número 3 del periódico clandestino *Madera*, publicado en abril de 1973, se le dedicaron alrededor de 5 de los 7 artículos que conforman dicha edición a la lucha ideológica al interior de la organización.⁷ Todos ellos, de manera abierta o velada, hacen una crítica tanto a los integrantes de los comandos militares serranos, su línea política, así como a su grado de “desarrollo” político e ideológico. El artículo titulado “¿Que es la Teoría de la ‘Vinculación Partidaria?’” inicia con las siguientes palabras: “Una concepción en la cual se expresa de manera más o menos, la posición de clase de la corriente oportunista en el seno [sic] de la Liga. La vuelta a las viejas teorías de la ‘libertad crítica’, la ‘unidad a toda costa’” (Brigada Roja, 1973a, p.27). De igual manera, en un artículo titulado “Anexo: Apreciaciones Expuestas En La Carta De M.M”, se describe a sus partidarios como “los elementos más atrasados del grupo” (Brigada Roja, 1973a, p.25)

Fue a partir de esta diferencia político-ideológica que se dio una ruptura entre la nueva Coordinadora Nacional (CN), liderada por Ignacio Salas Obregón, y los “cuestínculos”, nombre con el que la Coordinación Nacional se refería de manera despectiva no solo a los militantes que anteriormente pertenecían al M23S sino a todo aquel que presentase una crítica al proyecto revolucionario de la Liga (Brigada Roja, 1974b). La culminación de esta disputa

⁷ Estos artículos se titulan: “Editorial: ¿Como Combatir El Oportunismo?”; “Carta Del Buró Al Comité Del Noroeste”; “Carta Del Comité De Coordinación Del Trabajo Sub-Serrano”; “En El Noroeste Al Comité Político Militar Arturo Gámiz”.; “Anexo: Apreciaciones Expuestas En La Carta De M.M”; “¿Que es la Teoría de la ‘Vinculación Partidaria?’”. Editorial Brigada Roja. (abril de 1974). *Madera No.3, Periódico Clandestino*. Recuperado el 29 de enero de 2022, de <https://movimientosarmados.colmex.mx/items/show/925>

se dio, de manera pública, un mes después en el número 4 del periódico clandestino *Madera*. A través de un comunicado titulado “Editorial: la Tercera Reunión Nacional y las ‘nuevas’ aportaciones a la “Teoría de la Vinculación Partidaria””, los partidarios de dicho proyecto, el cual es catalogado como una “desviación” por parte de la recién estructurada Coordinación Nacional, son acusados de oportunismo y son expulsados de la organización. Fue así como, bajo la excusa de la lucha contra el oportunismo, la nueva dirección nacional de la Liga intentó consolidarse y legitimarse ante los ojos del resto de la militancia. El propio Gámez Rascón fue detenido y ejecutado en marzo de 1974. Como muchos de los incidentes violentos ocurridos durante el periodo de la Guerra Sucia, es difícil asegurar quien fue el autor de esta acción. Sin embargo, algunos testimonios aseguran que *Julio* fue detenido y ejecutado por órdenes de la Coordinación Nacional (Gámez, 2019).

A pesar de que, formalmente, los comandos guerrilleros de la sierra habían sido expulsados de la organización, éstos siguieron actuando bajo la bandera de la Liga. Tal situación, en parte, se explica por la disrupción de los mecanismos de comunicación entre los Coordinadores Zonales y los comandos guerrilleros, ya que no se les informó de su expulsión sino hasta meses después (Ávila, 2021). Para finales de 1974 e inicios de 1975, se dio el repliegue en los comandos rurales, así como un quiebre de las relaciones entre los comandos serranos y las poblaciones rurales (Gámez, 2021).

El General, junto con los líderes de la BREZ y la Brigada Rural Genaro Vázquez, conocidos colectivamente como los MAS, nombre derivado de las iniciales de los seudónimos de sus dirigentes Matus, Arturo y Sam, crearon la Fracción Bolchevique. La sería una de las primeras grandes escisiones que sufriría la Liga a nivel nacional. Esta agrupación, junto con la Liga Comunista Internacionalista 23 de Septiembre y la Brigada

“Carlos Rentería”, formaron parte del proceso fundacional del llamado Comité Marxista Leninista (CML), organización que posteriormente abandonaría la lucha armada.

Figura 9: Portada de la edición número 3 de *Madera Periódico Clandestino*



Fuente:
http://movimientosarmados.colmex.mx/files/docs/madera/PeriodicoMadera_No03.pdf

Esta agrupación sería uno de los cimientos de la formación de la Corriente Socialista en 1976 (Rangel, 2011). El experimento foquista de la Liga llegó a su fin tras la huida de los últimos militantes en 1975. Caso curioso es que los comandos del CGAG no fueron informados ni consultados acerca dichos deslindes y reestructuraciones. No fue sino hasta meses después de la supuesta formación de la Fracción Bolchevique, una vez que el proyecto de guerrilla rural estaba en total repliegue, que el General les informó sobre estos cambios (Topete, 2009). La supuesta fusión de los comandos serranos en Sonora no se vio reflejado en nada más que en el discurso.

Con excepción de algunos integrantes, como fue el caso de Marco Antonio Arana Murillo, para finales de 1975 la Liga se quedó sin miembros veteranos de la lucha guerrillera. Tras las amplias detenciones en los centros urbanos, así como las ejecuciones extrajudiciales en las comunidades rurales, la organización quedó gravemente debilitada. Con el fin del experimento foquista serrano, la contracción de los movimientos enfermos, en Sinaloa, y estudiantil de la UniSon, así como la reestructuración de la Dirección Política nacional, se puso fin a la primera etapa de la vida de la LC23S en Sonora. A pesar de que la línea rectificadora local, representada por un sector de los militantes recluidos en la penitenciaría de Hermosillo, abandonó la lucha armada, esta misma línea a nivel nacional fue la que tomó el liderazgo.

2) Proceso de rectificación (1975-1981)

En contraste con la primera etapa, la organización se vio obligada a replantear sus estrategias de acción político-militar, así como de reclutamiento. A partir de 1975 la Liga comenzó un proceso de “rectificación” que perduró hasta su exterminio en 1981 (Navarro, 26 de julio de 2017). De igual manera, como parte de este proceso rectificador surgió en 1976

la CS, la cual se presentó a muchos exmilitantes como la alternativa legal para la participación política. La desaparición de los principales líderes nacionales no significó el fin de las discusiones acerca del quehacer al interior de la LC23S, pero sí trajo consigo un relajamiento de las tensiones internas en la organización (Navarro, 23 de julio de 2021). Con la disolución de los diversos proyectos en competencia, tales como el de los Enfermos y el del M23S, la nueva línea propuesta desde la Coordinadora Nacional fue la que perduró.

A pesar de esta nueva flexibilidad ideológica y estratégica, las embestidas vividas de desde mediados de los setenta dejaron a la organización con una débil infraestructura organizativa y pocas relaciones políticas, lo que ocasionó que las tareas de reclutamiento y propaganda se concentraran principalmente en los institutos de educación superior, tales como el ITSON, la UniSon y la Normal Rural del Quinto (Rangel, 2011). Para estos años el movimiento estudiantil en estas instituciones se encontraba en un proceso de contracción, pues había perdido mucha capacidad de convocatoria. En el caso de la UniSon, las movilizaciones se replegaron y el activismo estudiantil cambia de forma, concentrándose en las distintas escuelas de la universidad en los llamados Comités de Lucha. fue a través de ellos, y sus correspondientes círculos de estudios, que la Liga continuó su actividad político-propagandística.

No se sabe exactamente cuántas células de la Liga existían en Sonora durante esta etapa; aunque hay registros de su presencia en Hermosillo, Guaymas, San Luis Río Colorado, Obregón y Etchojoa. La naturaleza clandestina y semi-descentralizada de las células urbanas durante este período facilitaba el uso de estrategias distintas de propaganda y agitación. Manuel Carlos, estudiante de la Universidad de Sonora durante la década de los setenta, cuenta una experiencia durante una asamblea de uno de los Comités de Lucha de la UniSon:

Cuando [venían] los de la Liga a reuniones de estudiantes, venían armados. Alguna vez yo vi una, ahí en ingeniería. En una reunión estudiantil, ellos traían armas y entraron. Eran asambleas cerradas. Nadie supo sobre eso, más que los que estuvimos ahí. Todos [los de la asamblea] dijeron “no, nosotros nos desligamos de cualquier movimiento armado” y ellos se fueron. (19 de octubre de 2017)

Por su parte Patricia Navarro, *Gloria*, quien fue militante de la Liga a partir de 1978, describe el primer contacto que tuvo con la LC23S de la siguiente manera:

En los mismos círculos de estudios que hacíamos nosotros como estudiantes había compañeros que ya estaban en la Liga. Después de un tiempo de estar en los círculos de estudio, uno de ellos me invitó a otro círculo de estudio. Ya no se hacían en la universidad, se hacían en casas. Ya me dijeron de que se trataba. Primero me dijeron “no estos círculos de estudio no son abiertos. No invitamos a todo mundo” [...] Era cerrado. [Tiempo después] me dijeron que era una célula, un círculo de estudios de la Liga (26 de julio de 2017).

Una vez dentro de la organización, Patricia Navarro participó en la repartición de los periódicos *Madera*, *Barricada Estudiantil* y *Tribuna Magisterial*. A diferencia de la primera etapa, debido principalmente al ambiente de represión a nivel nacional, dicha repartición no solía hacerse de manera directa con los estudiantes, obreros o campesinos. Navarro cuenta que “a veces te encontrabas en el baño, a veces te encontrabas en el salón” (2017). De igual manera, la reivindicación de expropiaciones y demás actividades político-militares como estrategia propagandística, para la segunda mitad de los setenta, ya no sucede. A pesar de esto, las tareas de propaganda no se detuvieron.

Figura 10: Nota periodística acerca de la supuesta presencia de una célula de la Liga Comunista 23 de Septiembre en San Luis Río Colorado



Fuente: Periódico El Imparcial, 3 de julio de 1976.

En esta segunda etapa, los comités locales de redacción se vuelven más activos en la discusión política que se sostiene a nivel nacional a través del periódico *Madera*. En noviembre de 1975, se publicó el artículo “Una Dolorosa Enseñanza (Masacre En Sonora)”, en el cual se discuten y analizan los acontecimientos de San Ignacio Río Muerto ocurridos en octubre de 1975, cuando siete campesinos perdieron la vida tras recibir las balas de agentes de la policía judicial y el ejército (Brigada Roja, 1975). Tres años después, en junio de 1978, se publica el número 37 del periódico, en la cual se encuentra un artículo titulado “Sonora: Dos Movilizaciones Importantes” (Brigada Roja, 1978a).

En octubre de 1978 el llamado “Comité Local de Hermosillo” publicó en el número 39 un artículo titulado “Ante la próxima farsa electoral en Sonora: ¡boicot revolucionario!”; mientras que la “Brigada Revolucionaria ‘Ignacio Olivares Torres’ publicó en la misma edición otro artículo titulado “Renace la pugna interburguesa por el control de la Uni-Son”. El primero de estos artículos llama, como lo sugiere su título, a un boicot político de las elecciones estatales de Sonora de 1979, en las que saldría ganador el doctor Samuel Ocaña

(Brigada Roja, 1978b). El segundo artículo es un breve análisis, a través del lente de la Tesis de UF, del movimiento estudiantil y sindical en contra del rector Alfonso Castellanos. El hecho de que dos brigadas/comités en Sonora decidan publicar artículos en *Madera*, hablando de temas distintos, revela la existencia de al menos dos células con presencia en la entidad, cada una con su propio comité de redacción.

El número 52 del *Madera*, publicado en agosto de 1980, contiene una reproducción de un panfleto con el título “Compañeros pizcadores del Yaqui y Mayo” el cual está escrito tanto en español como en Mayo y el cual se asegura fue distribuido entre los trabajadores recolectores de algodón (Brigada Roja, 1980a).⁸ La siguiente edición, publicada en septiembre de 1980 contiene un artículo titulado “Un Panorama De La Lucha De Sonora” [sic], en el cual la Liga hace un balance de las diferentes luchas obreras de la entidad (Brigada Roja, 1980b). Si bien, las actividades de agitación y propaganda en el ITSON y la UniSon disminuyeron durante esta segunda etapa, el caso fue distinto en la Normal Rural del Quinto, la cual siguió siendo un semillero de guerrilleros hasta inicios de la década de los ochenta.

En julio de 1981 se publicó la última edición del periódico *Madera*, el número 58, en el cual se encuentra un panfleto corto titulado “La represión se agudiza en Sonora. Desaparecidos maestro y activista estudiantil”. En este se habla acerca de la desaparición de Marco Antonio Arana Murillo (véase figura 12), Rafael Ochoa Quintana, Mauricio Miranda Gastelum e Irineo García Valenzuela. Arana Murillo fue uno de los últimos líderes nacionales de la Liga en esta segunda etapa, estaba estudiando en la Normal Rural del Quinto y había sido dirigente estatal del FECSM (Rangel, 2011).

⁸ La historiadora Adela Cedillo postula que la Liga Comunista 23 de Septiembre fue una de las primeras organizaciones guerrilleras mexicanas, si no la primera, en escribir propaganda en una lengua indígena. La investigadora señala este panfleto como evidencia de dicha afirmación (Cedillo, 2019).

A pesar de que el panfleto los nombra como simples activistas (Brigada Roja, 1981), los cuatro pertenecían a la LC23S. Podemos inferir que se tomó la decisión de mantener oculta su militancia para facilitar su aparición con vida. Sin embargo, los cuatro continúan siendo considerados como desaparecidos hasta la actualidad. Las anteriores serían algunas de las últimas grandes de la detenciones dirigencia nacional y estatal de 1981, que traerían consigo el fin a las actividades de la Liga a nivel nacional y nivel local (Pastén, 2018). Si bien continuaron existiendo organizaciones en el resto del país que se autonoman continuadoras del proyecto revolucionario de la LC23S, con algunos de los militantes sobrevivientes organizándose para llevar a cabo actividades, el Comando Sonora queda aislado y sin dirigencia.

Figura 11: Marco Antonio Arana Murillo



Fuente: Colección privada de la Escuela Normal Rural Raúl Isidro Burgos.

3) Estructura y liderazgos del Comando Sonora

La Liga Comunista 23 de Septiembre se organizó bajo una estructura de Partido de Vanguardia, con dirigentes nacionales, regionales y locales. Siguiendo los acuerdos alcanzados durante la segunda mitad de marzo de 1973, tras la junta fundacional de la LC23S, se crearon los distintos órganos directivos de la organización. La estructura organizativa se estableció con una Coordinadora Nacional a la cabeza, la cual contaba con miembros de todos los grupos fundadores. Supeditada directamente a la CN se encontraba un Buró de Dirección, el cual funcionaría como órgano ejecutivo y se encargaría de supervisar las actividades realizadas por los distintos Comités Coordinadores Político-Militares, o Comités Zonales, que se establecieron para el resto del país (Rangel, 2011). Se crean, además, un Comité Militar y un Cuerpo de Servicios, ambos supeditados al Buró de Dirección (Véase figura 13).

Dentro de los doce principales líderes de la Coordinación Nacional, se encontraban los hermanos Gámez Rascón, Fernando Salinas Mora, el *Richard*, y Rodolfo Gómez, el *Viejo*, los cuatro provenientes del MAR 23 de Septiembre (Gámez, 2021). Tanto *Julio* como *Andrés* fueron designados, junto con Gustavo Hiraes Morán, como los responsables del Comité Noroeste. Tomás Martínez (*Tomy*) fue designado en un primer momento como el responsable del Comité Coordinador Zona Político y Militar en Sonora y Sinaloa. Como una forma de subdivisión, y sin pertenecer al organigrama establecido por la Coordinadora Nacional, se creó el llamado Comando Sonora, con María de la Paz como Encargada Política y con Juan Aguado Franco como Encargado Militar (Aguado, 10 de noviembre de 2017). Estanislao Hernández García (*Miguel Ángel*) fue designado como Enlace AA (arriba y debajo de la sierra), y sería el encargado de mantener la comunicación entre las células urbanas del sur

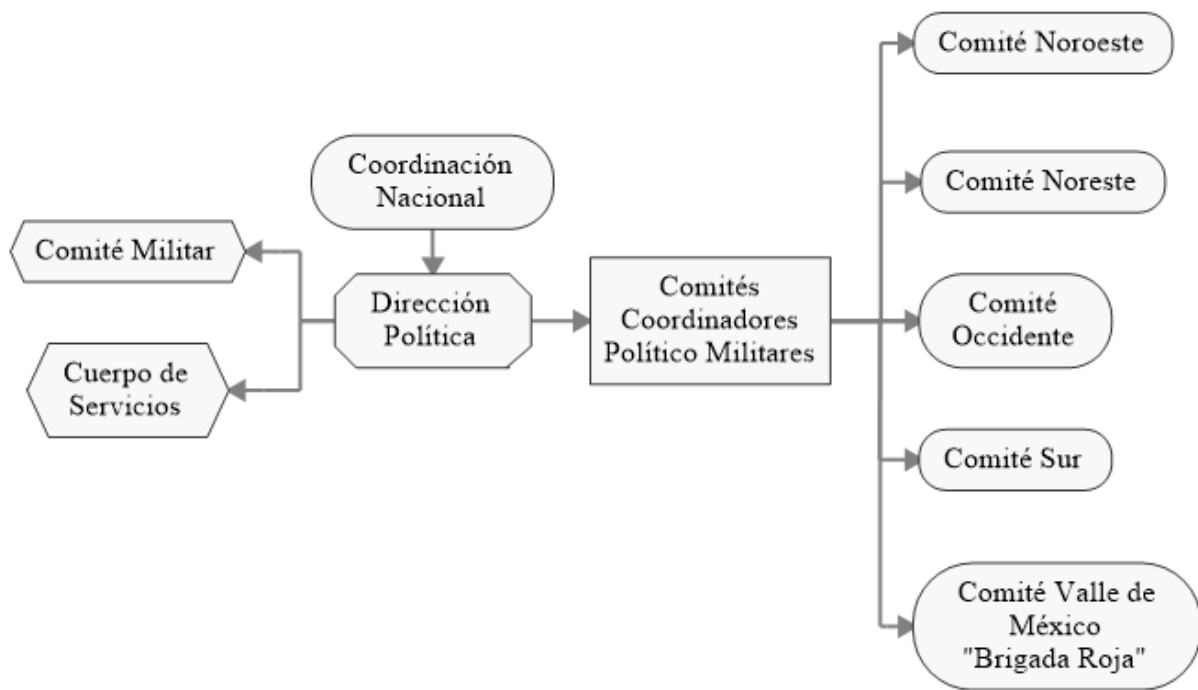
sonorense y los comandos guerrilleros de la sierra. Dicha jerarquía sería temporal y para la segunda reunión de la CN sufriría cambios en las coordinaciones estatales.

Tras un fallido intento de alianza con el PdIP – BCA de Lucio Cabañas, la Liga decidió crear su propio frente guerrillero rural, escogiendo la zona serrana de Sonora y Chihuahua como su zona de actividad. El frente guerrillero de la Sierra Madre Occidental, llamado Comité Político Militar Arturo Gámiz, estuvo originalmente bajo la supervisión de Eleazar Gámez Rascón, designado como Coordinador Político. Sin embargo, tras la reestructuración que se dio en 1974 a nivel nacional, la dirección del frente rural guerrillero pasó a Leopoldo Angulo Luken, quien anteriormente había formado parte de la Coordinación Nacional y desempeñó el papel de correo entre los distintos comandos del estado. Para apoyar logísticamente a los comandos del CPMAG, se crearon células urbanas en Ciudad Obregón, Esperanza, Navojoa, Huatabampo, Etchojoa, Etchoropo, Guaymas y Empalme (Cedillo, 2019).

La estructura nacional descansaba sobre las brigadas o células guerrilleras, las cuales eran las encargadas de llevar a cabo las actividades militares de expropiación, agitación y propaganda. Dichas brigadas estaban conformadas, en su mayoría, por un máximo de cinco a seis personas, las cuales no tenían contacto o conocimiento de la existencia de otras células en la localidad. Solamente quienes desempeñaban funciones de correo, coordinación o liderazgo en las brigadas, tenían contacto con miembros de otras células. Dependiendo de la tarea a realizar, se creaban subcomités o brigadas, las cuales eran las encargadas de llevarlas a cabo (Rangel, 2011). José Alberto Guerrero Ortíz, militante de la LC23S quien fue detenido en enero de 1974, describe la estructura organizativa de su brigada de la siguiente manera:

Nos organizábamos en forma de células: éramos cuatro jóvenes [...], éramos los únicos que nos conocíamos, ya de allí para abajo o para arriba no conocí a nadie. Teníamos casas de seguridad. Organizábamos la reproducción del periódico Madera, de la tesis de la Universidad-Fábrica, del documento Carta a los jornaleros del campo; definíamos dónde se iba a repartir, quienes y en qué momento; además, el tipo de movimiento que íbamos a hacer. Teníamos un contacto que venía de Guadalajara y otro de Chihuahua. (Verdugo, 2016, p.125)

Figura 12: Estructura organizativa de la Liga Comunista 23 de Septiembre a Nivel Nacional, de 1973 a 1975



Fuente: elaboración del autor a partir de Rangel (2011).

En el caso de Sonora, se pueden ubicar tres tipos de subcomités: de redacción o prensa; de repartición de propaganda; y los comandos encargados de llevar a cabo las actividades militares o de expropiación (Navarro, 26 de julio de 2017). Estos cuerpos, los cuales no aparecen en el organigrama nacional, se conformaban con militantes que mejor se desempeñaran en tal o cual actividad. De igual manera, ciertos militantes eran elegidos para cumplir el papel de enlace o correo entre las distintas células y los dirigentes estatales. Éstos se encargaban de contactar a los Comités de Redacción locales y repartir las copias mimeografiadas del periódico *Madera* o cualquier otro panfleto impreso por ellos, así como de comunicar las instrucciones de los Coordinadores Estatales.

Para la segunda mitad de 1974, la LC23S pasó por una reorganización tanto a nivel nacional como estatal de las coordinaciones y dirigencias, debido en parte a la detención y ejecución de un amplio sector de militantes, una lucha interna por el liderazgo político-ideológico, y el recrudecimiento de la represión por parte de los aparatos de seguridad. Este proceso culminó en 1975, cuando el mando quedó en el Comité de Redacción del Periódico *Madera*. Sin embargo las estructuras locales de la Liga sufrieron pocos cambios. El fin del experimento de guerrilla rural en la Sierra Madre Occidental, aunado a la relajación de las tensiones internas por el control de la organización, les otorgó a las brigadas urbanas sonorenses una mayor independencia en la toma de decisiones acerca de su quehacer. A pesar de que se dio una intensificación en las tareas militares, los Comités Editoriales o de Redacción locales son los que toman la directriz (Navarro, 26 de julio de 2017).

Más allá de las instrucciones de la Coordinación Nacional y su designación cuasi legal de los puestos de dirigencia, la estructura organizativa de la Liga dependía en gran medida de las lealtades individuales en las distintas células y comandos de la organización.

La necesidad de mantener a las brigadas aisladas las unas de las otras, así como de brindarles un cierto grado de independencia a la hora de decidir su quehacer político-militar, facilitó el surgimiento de liderazgos ajenos a los previstos por la organización nacional. Dichos liderazgos, así como el conflicto político-ideológico al interior de la organización producido por éstos, tuvieron su mayor expresión en los comandos de la sierra.

A nivel de célula, existían personas a las que se les reconocía su liderazgo en las brigadas y, formalmente, eran las únicas que estaban en constante contacto con las Coordinaciones Estatales. Su designación no obedecía ningún designio nacional o regional y, por lo general, se trataba de militantes considerados con mayor nivel teórico por el resto de los integrantes de la brigada. Algunas tareas que debían realizar eran: comunicar a las brigadas las instrucciones superiores; escoger la literatura a discutir en los círculos de estudio; proponer tareas militares, agitación y propaganda; así como organizar a los subcomités locales. Sobre la dirigencia de una de las brigadas urbanas de Hermosillo, la exmilitante Claudia cuenta:

[Miguel Hiram Rodríguez Piña] era el encargado, él tenía mucha más preparación [...] Quien veía a Hiram para que llegara ese material a nosotros [era] Raquel [María de la Paz Quintanilla]. Ella se entrevistaba con Hiram y le entregaba [el material]. Esto es lo que se va a hacer y vamos a distribuir. También de vuelta, también se le entregaba material impreso para que ellos mandaran [a otras brigadas], pues nosotros éramos los de la imprenta. Se encontraba con Raquel en diferentes lugares (18 de septiembre de 2021).

A pesar de que, en teoría, sólo quienes fungían como líderes de brigadas debía conocer la identidad o tener contacto con aquellas personas pertenecientes a las dirigencias,

en la práctica esto no siempre fue así. En el caso de Sonora, la importancia de *Raquel* en los procesos de formación de brigadas y reclutamiento de nuevos militantes fue indispensable. Debido a esto y a su labor en la educación política, María de la Paz Quintanilla se volvió una figura ampliamente conocida tanto por las distintas células urbanas de la entidad como por los aparatos de seguridad.

Si bien De la Paz Quintanilla era la encargada política para el estado de Sonora, su presencia e influencia se limitaba a las zonas urbanas de la entidad, principalmente en los municipios de Hermosillo, Guaymas y Cajeme. En los espacios rurales, sin embargo, la figura de liderazgo fue compartida con los hermanos Gámez Rascón, quienes venían realizando el trabajo en las comunidades rurales de la subsierra desde hacía varios años. El exmilitante Antonio Valenzuela habla sobre su contacto con los líderes estatales de la siguiente manera:

Raquel, María de la Paz [...] ella como responsable en el estado de la organización [...] fue con ella con quienes tuvimos pues mayor conexión. También con otros compañeros como *Julio*, que viene siendo Jesús Manuel [Gámez], con *Andrés*, su hermano. En un primer momento conocimos también a *Fermín*, [quien] viene siendo Gustavo Hirales Moran, y a su novia Elenita [...] Generalmente nos encontramos en las reuniones (23 de septiembre de 2021).

Como se vio anteriormente, tanto María de la Paz como los hermanos Gámez Rascón representaban dos proyectos distintos al interior de la Liga. Si bien no existía entre estos dos una animosidad directa, sí formaban parte de un conflicto mayor que se estaba gestando a nivel nacional en el interior de la organización. Sin embargo, dicha disputa no se expresó en las brigadas urbanas, las cuales no la conocieron. Caso diametralmente distinto fue el de los

comandos guerrilleros de la sierra, los cuales experimentaron de primera mano las consecuencias de la competencia por el control político-ideológico de la organización.

Algo importante de señalar es que más allá del organigrama establecido por la Coordinación Nacional y la Dirección Política, el experimento foquista de la Sierra Madre Occidental fue más grande y diverso de lo que en un primer momento podría parecer. La división del foco guerrillero del Comité Político Militar Arturo Gámiz en tres comandos en las zonas del Quiriego, Urique y Chínipas, le permitió a la dirigencia nacional y estatal mantener un registro de manera estructurada del quehacer guerrillero en la sierra. En papel, los tres comandos que conformaban el CPMAG estaban estructurados de la siguiente manera: en Chínipas, el comando quedaría bajo el liderazgo de Salvador Gaytán; Eleazar Gámez Rascón, *Andrés*, dirigiría el comando de Urique; el CGOG del Quiriego quedó bajo la dirección de Gabriel Domínguez Rodríguez, *El Cholugo* (Cedillo, 2019).

Más allá de lo que se tuviera contemplado por parte de la Coordinación Nacional, en la práctica existían más comandos guerrilleros en la región que los contemplados por la Coordinación Zonal. Según un testimonio de Adalberto Gaxiola, existía otro comando bajo su liderazgo y el cual contaba con alrededor de 15 militantes (24 de octubre de 2021). Debido a la naturaleza de nuestro objeto de estudio, es imposible contar con un documento o un archivo, más allá de un par de memorias escritas y testimonios orales, que provean datos duros y exactos acerca del funcionamiento interno o la estructura organizativa de los comandos del CPMAG.

Los comandos pertenecientes al CPMAG estaban conformados tanto por antiguos miembros del MAR-23 de Septiembre como por militantes foráneos, provenientes de otras organizaciones nacionales como el Frente Estudiantil Revolucionario (FER), los Lacandones

y los Enfermos. En el caso de los primeros, este grupo incluía veteranos de la lucha guerrillera rural, tales como Salvador Gaytan, Adalberto Gaxiola, Arturo Borboa y Juan Rojo Olivo, quienes habían participado directamente en la organización campesina desde los tiempos de Arturo Gámiz y el GPG en 1964 (Cedillo, 2019). Siguiendo la línea política de Manuel Gámez Rascón, la mayoría de los guerrilleros serranos provenientes del MAR-23S mantuvieron su lealtad hacía el grupo de líderes veteranos y a la lucha campesina, más que a la organización nacional y su proyecto revolucionario. La investigadora Adela Cedillo rescata en una entrevista con Miguel Topete una anécdota en la que Salvador Gaytán anunció a simpatizantes serranos: “¡Comaradas, el Movimiento 23 de Septiembre ya tiene una Liga!”⁹ (2021, p.91), del cual podemos inferir el reconocimiento implícito de *Don Chuy* sobre la importancia de la alianza con las demás agrupaciones nacionales, pero no de su jerarquía política o ideológica.

Por su parte los militantes foráneos, quienes en su mayoría provenían de un trasfondo urbano y estudiantil, seguían la línea política de la Coordinadora Nacional de la Liga. A pesar de haber llegado a tener contacto con los hermanos Gámez Rascón y los militantes provenientes del M23S, su lealtad permaneció con los representantes de la organización nacional, específicamente Leopoldo Angulo Luken (véase figura 15). Siguiendo la línea establecida por *El General*, los militantes del CGOG se distancian de sus compañeros del resto del CPMAG acusándolos de ser pequeñoburgueses y de desarrollar actitudes oportunistas al interior de sus comandos. El propio *General* narra en sus memorias como se da la separación del comando guerrillero que realizaba su trabajo en San Rafael:

⁹ Traducción del autor de la siguiente oración: “Comrades, the 23rd of September Movement already has a League!”

Un ejemplo de la falta de cooperación entre las dos líneas que existían al interior del CPAG sería el caso de Benjamín Gaytán, *el Benja*, quien había pertenecido originalmente al M23S. Según la versión de Miguel Topete, Benjamín deserta del CGOG tras las críticas que se le hicieron por su actuación vacilante durante el secuestro de Hermenegildo Sáenz Cano (2009). Por su parte Alejandrina Ávila Sosa, antigua compañera de Benjamín en el M23S, asegura que existía hacia el interior de dicho comando una actitud hostil hacia *el Benja* debido a sus diferencias político-estratégicas, lo cual terminó en su expulsión (2021). De igual manera, vale la pena mencionar que a pesar de que Eleazar Gámez era oficialmente el Coordinador Militar de los comandos de la sierra, éste no fue consultado para llevar a cabo el operativo militar en San Bernardo.

La culminación de esta situación sería el “deslinde” (expulsión) de Eleazar Gámez Rascón por parte de Angulo Luken, bajo la acusación de ser un dirigente autoritario, así como su sustitución como Coordinador Político del CPMAG por parte del último (Gámez, 2021). Tras el deslinde de Eleazar, *Andrés*, la línea de Angulo Luken buscó contener a la oposición interna y confirmar lealtades en los comandos. Ejemplo de esto se daría en el comando de San Rafael de Orivo, en donde el General le ordena a José Antonio León Mendívil, *el Negro*, que ejecute a un trabajador ferroviario, partidario de Demetrio Vallejo, residente en una estación llamada La Junta. Dicho obrero, quien era una especie de líder entre sus compañeros, había sido el enlace entre la célula de Mendívil y los trabajadores de la zona, así como un simpatizante que les proveía de ropa y alimentos. Ambos personajes acudieron a la residencia del obrero vallejista y, al encontrar solamente a su esposa, abandonan la tarea (2021). Dicha tarea, aceptada por *el Negro* bajo la tácita amenaza de ejecución, no tenía un fin estratégico más allá de afianzar el liderazgo de Angulo Luken, así como de responder al llamado lanzado

por la nueva Coordinación Nacional a luchar en contra del llamado “oportunismo” de izquierda.

Paradójicamente, el propio Angulo Luken se deslindaría posteriormente de la Liga y, en su papel de Coordinador Político, se llevaría con él a los comandos serranos. Este deslinde por parte de *El General*, así como su simbólica adhesión a un nuevo proyecto revolucionario, causó una caída en la moral de los militantes de la sierra y provocó desconfianza entre los simpatizantes en la zona, muchos de los cuales habían prestado sus servicios bajo la idea de que seguían apoyando al antiguo M23S. La disputa por el control político-ideológico entre los militantes foráneos y aquellos provenientes del MAR23S, así como la falta de comunicación y coordinación entre los distintos comandos y las emboscadas por parte de las fuerzas de seguridad del Estado, impidieron el crecimiento del CPMAG en la Sierra Madre Occidental.

Figura 14: Leopoldo Angulo Luken, El General, Melchor, Matus, Zacarías



Fuente: Lagarda (2007, p. 203).

Capítulo V. Una sociabilidad revolucionaria: mecanismos formales e informales de funcionamiento

A diferencia de otros partidos u agrupaciones políticas de la década de los setenta, el carácter clandestino de la Liga Comunista 23 de Septiembre no le permitió el establecimiento de un reglamento o normatividad propia. Esta es una de las características fundamentales de lo que entendemos como una sociabilidad formal. De igual manera, y pese a los intentos de la organización nacional por establecer una jerarquía organizativa, en la práctica ésta fue, en muchos casos, ignorada. Sin embargo, a pesar de la laxitud de muchas de sus prácticas, sería incorrecto atribuirle el ejercicio de una sociabilidad informal. La existencia de ciertos principios de reclutamiento, normas de conducta, obligaciones y derechos, aunque no fueran explícitos, así como órganos de dirección y líderes, separan a esta organización de dicha categoría. En los siguientes apartados se exploran aspectos de la LC23S partiendo de la idea de que alrededor de esta organización se formó un tipo de sociabilidad sui generis, propia, que existía en la intersección de la formalidad y la informalidad.

1) El sujeto ideal de la sociabilidad revolucionaria: entre la teoría y la praxis

Para comprender los procesos de subjetividad experimentados por la Liga Comunista 23 de Septiembre en Sonora, primero hay que abordar el tema acerca del sector de la sociedad que sería considerado el sujeto revolucionario ideal para desarrollar su proyecto político. Manteniendo la tradición marxista-leninista, este papel debía ser desempeñado por el proletariado, sujeto histórico que debía conducir la revolución. De ahí que la clase obrera industrial debía “liberarse a sí mismo, [...] hacer añicos las viejas relaciones de producción, y, [...] salvar el siguiente obstáculo principal: la destrucción del poder burgués y la consolidación de su propio poder político militar capaz de realizar la dictadura del

proletariado” (Salas, 1976, p. 36). Sin embargo, del enunciado teórico a la praxis armada había una gran brecha y la LC23S tuvo que desarrollar una estrategia pragmática e incluso contradictoria.

Como se mencionó en el apartado *Fundamentos estratégicos y programáticos* del capítulo III, si bien la LC23S no se consideraba a sí misma como el sujeto revolucionario, si se percibía como su vanguardia. Desde su proceso fundacional la Liga se deslindó del Partido Comunista Mexicano, el cual había promovido desde la década de los cuarenta una política conciliatoria entre las cuatro clases sociales en el México de ese momento: proletariado, campesinado, pequeña burguesía y burguesía nacional (Rangel, 2011). Los ideólogos de la LC23S veían en esta estrategia de “Frente Popular” una postura oportunista y contraria a los intereses propios de la clase obrera, por lo que caracterizaban al PCM como una falsa vanguardia. Esta tesis había sido planteada años antes por el escritor José Revueltas quien, en su trabajo *Ensayo sobre un proletariado sin cabeza*, describe al PCM como un órgano reproductor de la ideología burguesa, incapaz de representar a su supuesto sujeto revolucionario, mucho menos de servir como su vanguardia. Fue a partir de estos planteamientos que la Liga se auto adjudicó el papel en el devenir histórico como el instrumento a través del cual dicha clase social llevaría a cabo la lucha revolucionaria.

En el documento fundacional, *Cuestiones Fundamentales del Movimiento Revolucionario* en México, Ignacio Salas Obregón plantea que el México de la década de los setenta era un país que se encontraba incrustado en el marco de relaciones capitalistas, específicamente en un marco de relaciones imperialistas (Salas, 1976). La existencia de modos de producción precapitalistas, tales como los artesanales o campesinos, estaban condenados a la desaparición debido a la tendencia del capitalismo de concentrar los medios

de producción. En este sentido, para la Liga el campesinado formaba parte, junto al proletariado, al obrero agrícola y al semiproletario, de los sectores de la sociedad mexicana oprimidos por la burguesa nacional e internacional.

A pesar de esto, dichas clases no eran vistas como capaces de llevar a cabo el proceso revolucionario, mucho menos conducirlo. Para la Liga, al campesinado solo le quedaba un papel por jugar en el devenir histórico: abandonar sus propios intereses para formar parte del ejército revolucionario. El propio Salas Obregón propuso estructurar a la vanguardia revolucionaria a partir del “reconocimiento [del proletariado] como la única clase revolucionaria y como la clase dirigente de todas las demás clases sociales aliadas, principalmente el campesinado pobre y semiproletario” (1976, p.44).

Esta insistencia en colocar al campesino en un rol de subordinación explicaría, en parte, por qué la LC23S no logró crear una relación estable con el PdIP – BCA. El investigador Lucio Rangel asegura que tanto la Organización Partidaria como, posteriormente, la LC23S “no buscaba la integración del PDLP a la coordinación nacional guerrillera sino la subordinación de éste [a la OP], para quienes los campesinos en virtud de su condición de clase no podían erigirse en vanguardia de la lucha por el socialismo” (2011, p.119). Como se planteó anteriormente, según los postulados de la OP y de la LC23S, ese papel estaba reservado exclusivamente para el proletariado. El campesinado no era pues más que un elemento a controlar y dirigir. Aunado a esto, la cuestión indígena como factor de cohesión o disidencia dentro del marco capitalista fue ignorada por completo. El exmilitante Miguel Topete (2009) describiría en sus memorias la sorpresa que fue encontrarse en la sierra sonorensis con comunidades campesinas donde el peso de la identidad indígena fuera tal que llegó a facilitar o limitar el desarrollo de sus actividades político-militares.

Aunado a esto la Liga se diferenciaba teóricamente de otros grupos de la época al impulsar la llamada “Tesis de la Universidad Fábrica”. Anteriormente otros grupos e ideólogos guerrilleros habían tratado el tema del estudiantado y su papel en la lucha revolucionaria. En el panfleto *La participación de los estudiantes en el movimiento revolucionario*, Arturo Gámiz describe al estudiantado de la siguiente manera: “no son ninguna clase o sector especial al margen o por encima de las clases sociales en lucha. [...] no hay, esencialmente más que dos clases sociales: explotados y explotadores. [...] la mayoría de los estudiantes pertenecen a la primera”. (1965, p.1). Esta afirmación, sin embargo, tiene que ver más con el trasfondo socioeconómico y relacional de los estudiantes y no como el papel que este sector juega en el desarrollo capitalista.

Caso distinto fue el de la Liga, la cual, al igual que los grupos que le precedieron veía al estudiantado como un sector del proletariado, pero no lo hacía desde un sentido de pertenencia identitaria. Según los planteamientos de la Tesis UF, originada en el seno del movimiento Enfermo en la UAS y posteriormente adoptado por la LC23S,¹⁰ al ingresar a una universidad el estudiantado se veía sujeto a un doble proceso de proletarización: se convertía en proletariado al contribuir, junto al profesorado, en la creación de nuevos conocimientos (fuerza de trabajo), al tiempo que era educado para convertirse en un instrumento de la

¹⁰ Como toda producción teórico-literaria escrita por organizaciones clandestinas, se desconoce la fecha exacta de su publicación, así como la autoría. Para algunos investigadores, la Tesis UF tiene su origen en el movimiento Enfermo al interior de la UAS, siendo adoptado posteriormente por la Liga una vez que los primeros se incorporaron a ella. Por otra parte, en el prólogo a la edición digital, publicada por Editorial Brigada Roja en 2015, Jaime Laguna Berber asegura que esta propuesta teórica fue formulada originalmente por Ignacio Olivares Torres, *el Sebas*, uno de los principales líderes durante las primeras etapas de la organización. Según esta versión, un primer borrador del texto del *Sebas* fue publicado por la FEUS de Sinaloa en 1972, mientras que un segundo documento sería publicado un año después por la Liga. Cualquiera que fuera el caso, la Tesis UF fue ampliamente aceptada por el estudiantado Sinaloense, por lo que obligadamente para hacer referencia a la primera se tiene que mencionar a los segundos y viceversa.

reproducción del sistema de producción capitalista (objeto del trabajo) (Olivares y Orozco, 2015).

Fue así como la Liga cambió sus fundamentos teóricos, convirtiendo al estudiante en proletario, en el sujeto ideal para dirigir a la vanguardia revolucionaria (Cedillo, 2019). Lo anterior debido a que su doble condición de objeto y sujeto del trabajo, lo convertían en el destacamento más avanzado de la clase obrera. Como resultado de este énfasis en el papel que el estudiantado debería jugar en el proceso revolucionario podemos explicar, en parte, la importancia que la LC23S le otorga al reclutamiento en las universidades y demás centros de estudios superiores.

Más allá de lo que la Liga considerara como el sujeto ideal para su proyecto revolucionario, en la práctica la organización se vio en la necesidad de reclutar a sus militantes en espacios que no eran, necesariamente, los que se habían considerado como idóneos. A pesar de considerarse a sí misma como un partido de vanguardia proletaria revolucionaria, las brigadas urbanas de la LC23S en Sonora tuvieron el influjo de militantes provenientes principalmente del activismo estudiantil y agrario, no así del sector obrero. En el caso de las células semirrurales y los comandos rurales, el principal acercamiento se dio con comunidades campesinas e indígenas, grupos que eran considerados como atrasados e incluso contrarrevolucionarios.

La edad no fue un factor contemplado por la LC23S a la hora de buscar reclutar nuevos miembros para la organización. Sin embargo, al tratarse de una organización político-militar, si se esperaba que estos fueran capaces de desempeñar tareas de expropiación de recursos (asaltos), ajusticiamientos (ejecuciones), así como distribución de propaganda, por lo que la organización tendía, al menos en las ciudades, a buscar relacionarse con personas

jóvenes. La mayoría de estos militantes tendían a ser personas de muy corta edad, oscilando entre los 15 y 30 años.¹¹

La praxis derivada de la Tesis UF y a la efervescencia de los movimientos estudiantiles democratizadores al interior de las IES, convirtió a estos lugares en espacios idóneos para el reclutamiento. Debido a esto, la mayoría de su base de militantes provenía de los profesionistas y académicos. Este énfasis en el activismo al interior de las universidades y demás centros de educación media y superior no solo se limitó al sector estudiantil. En el caso de lugares como la preparatoria de Navojoa y la Normal Rural del Quinto, también hubo un amplio trabajo político entre el profesorado. Como se mencionó en un capítulo anterior, durante la segunda etapa de la LC23S llegó a existir un periódico específicamente orientado a este sector: Tribuna Magisterial.

Sin embargo, este cambio de paradigma y estrategia tendrá como resultado una dificultad al acercarse a las organizaciones obreras al momento de realizar trabajo político, ya que éstas no vieron en la organización guerrillera un verdadero representante de sus intereses. Las brigadas tendían a relacionarse con el sector más joven de los centros obreros, quienes eran más receptivos a las ideas propuestas por los brigadistas. A continuación, se reproduce un fragmento de la entrevista realizada a Santiago donde describe como se daba el acercamiento con estos sectores:¹²

“Cuando les echábamos el rollo, como le decíamos nosotros, estaban de acuerdo. Decían ‘no, si es cierto’, pero hasta ahí las cosas. Si alguna vez

¹¹ No me atrevemos a señalar un porcentaje específico de militantes de tal o cual edad, por la falta de datos que puedan respaldar dicha aseveración.

¹² Fragmento de la entrevista realizada por el autor en septiembre de 2017 (editada por el autor, respetando en todo lo posible la declaración textual).

veíamos a algún joven obrero, en general jóvenes, porque los viejos obreros todavía más reservados, con familia. Gente que [debía] mantener hijos, mantener las cosas con mucha cautela, Pero los jóvenes a veces [...] se interesaban. En la brigada donde estuvimos nosotros llegaron a participar un par de obreros muy jóvenes. Obreros de la construcción. Pero tenían que trabajar también. No era una participación muy permanente. Enseguida tenían otras pasiones, eran muy difíciles, digamos hacerlos que estudiaran, participar en las discusiones. Eran más bien una rebeldía lírica digamos. De ver lo que estaba pasando, el sentir ellos mismos la explotación, la falta de recursos, la miseria en la que vivían. [...] Sí había una recepción así amistosa de [...] de la propaganda y del rollo que les echábamos. Pero hasta ahí la cosas.”

A pesar del aparente interés de algunas organizaciones obreras por el proyecto revolucionario de la LC23S, el reclutamiento en estos espacios resultó muy escaso. En el siguiente fragmento de entrevista, María de la Paz describe una de sus experiencias con los grupos obreros de la siguiente manera:¹³

“Te voy a platicar de los ferrocarrileros. Yo me iba con ellos. Primero tenía contacto con uno, dos, tres, a ellos les platicábamos lo que queríamos. Ellos nos reunían con algunos otros compañeros. Y me subí a un vagoncito chiquito, me llevaban a un punto y allá platicábamos, les llevaba propaganda, nos escuchaban. Y después el compañero ferrocarrilero me decía ‘Muñeca’, porque así me apodaban, ‘Muñeca, estos no entienden’. ‘¿Sabes para qué usan

¹³ Fragmento de la entrevista realizada por el autor en noviembre de 2017 (editada por el autor, respetando en todo lo posible la declaración textual).

tus volantes? Pues para el baño'. Entonces no había esa recepción. Era nuestra idea que ellos, los contactos nuestros, que eran más avanzados, entendieran. Pero no veían que fuera el momento de la revolución. No logramos una incorporación. Sí hubo obreros y campesinos, pero más en la zona serrana”.

En las zonas serranas del estado, en donde el CGAG llevó a cabo su actividad, la presencia y acercamiento a personas con mayor edad fue un fenómeno más frecuente. Este contraste se deriva del hecho de que varios de los líderes de los comandos serranos estaban conformados por veteranos de la lucha agraria y guerrillera, algunos de ellos con edades entre los cuarenta y sesenta años. De igual manera, al desarrollar su trabajo de propaganda y agitación a través de las llamadas “giras políticas” entre los distintos poblados y comunidades de la zona, se buscaba convencer y educar a la población en general, no solamente a uno de sus sectores.

A pesar de que la mayoría de las coordinaciones, tanto nacionales como zonales, de la LC23S, así como las propias brigadas locales, estaban conformadas principalmente por hombres, no existía al interior de la organización una preferencia explícita por algún género sobre el otro. A lo largo de la existencia de la organización, varias mujeres llegaron a ocupar puestos de importancia en la estructura organizativa de la Liga, así como a brindar aportaciones teóricas. Si bien no podríamos hablar de la Liga como una organización “deconstruida” (usando términos actuales) o feminista, sí existía al interior un espacio que no solo facilitaba sino que alentaba la participación de las militantes en lo que ellas consideraban como tareas impostergables: las acciones político-militares. Entre las exmilitantes que fueron entrevistadas para este trabajo, existía una animosidad hacia las organizaciones feministas existentes en esos años (*Claudia*, 18 de septiembre de 2021;

Navarro, 23 de julio de 2021). Este desinterés por las organizaciones feministas, la mayoría con influencia trotskista provenía principalmente de una diferencia práctica/estratégica más que teórica o ideológica. Patricia Navarro describe en el siguiente fragmento de entrevista una interacción que tuvo con las militantes feministas del PRT¹⁴:

“Una vez la gente del PRT, los trotskistas, que [eran] supuestamente muy feministas o que reivindican el feminismo, me invitaron a una reunión de mujeres y fui pues para ver. Yo andaba viendo ahí andaba conociendo el mundo. [...] Fui a la reunión y estaba un papel en la puerta [prohibiendo] la entrada a los hombres. Se echaron al rollo, lo que decía el partido y lo que hacían las mujeres. Yo las escuché. La güera troska [preguntó] “a ver, si tienen preguntas” [...] y les dije “¿Qué onda con el papel que está en la puerta, que no se admiten hombres?”. [...] “Ah” dijo, “es que es que las compañeras se inhiben al hablar en frente de los hombres”. No me quedaba claro esa inhibición. Se me hizo muy raro eso de que no pudieran hablar los hombres. Se acabó la reunión y no me supieron explicar porque, me pudieron haber explicado, si estaban haciendo proselitismo, explicando de qué se trataba. Ya no volví.”

Por su parte, la religiosidad no fue un aspecto relevante a la hora de decidir si reclutar o no a alguien. A pesar de esto, el trasfondo religioso del activismo previo de varios de los militantes regiomontanos influyó en un sector de la organización. Tal sería el caso de militantes provenientes desde otras zonas del país, más que en aquellos de origen local.

¹⁴ Fragmento de la entrevista realizada por el autor en julio de 2021 (editada por el autor, respetando en todo lo posible la declaración textual).

Varios de los líderes nacionales, así como en el caso de María de la Paz Quintanilla en la Coordinación Zonal, provenían de un trasfondo de activismo político y estudiantil cercano a la línea del Movimiento Estudiantil Profesional. Esta agrupación tenía sus raíces en una línea eclesial de la Teología de la Liberación.

María de la Paz dice: “ese movimiento estaba afincada en la teología de la liberación. [...] Por ahí empecé a conocer el marxismo, sin que se dijera que era marxismo. [...] Se empezó a fusionar la juventud junto con un movimiento estudiantil que estaba luchando por la justicia por la democracia y su diversidad, por la universidad popular” (Paz, 10 de noviembre de 2017). Fue a través de las movilizaciones estudiantiles, organizadas en parte por Salas Obregón, que se dio encuentro entre los jóvenes cristianos y los estudiantes activistas marxistas.

De la Paz continua:¹⁵

“Es en el movimiento donde te vas encontrando. [Por ejemplo] con la juventud comunista, en lo particular Raúl Ramos Zavala, [quien] era compañero mío de la escuela de economía. Nacho Olivares y un grupo [que] estaban primero en la corporación se juntaban con nosotros, y se formó un solo movimiento cristiano de marxistas progresistas. Era muy fácil embonar, juntarnos con los comunistas porque, al mismo tiempo, nosotros también leíamos a Marx. O sea, éramos cristianos, pero no teníamos oposición al marxismo, al contrario. Para nosotros el marxismo era una herramienta científica, que nos permitía entender el mundo de las ideas con rapidez. Después Nacho, Salas y yo

¹⁵ Fragmento de la entrevista realizada por el autor durante dos sesiones en noviembre de 2017 (editada por el autor, respetando en todo lo posible la declaración textual).

dejamos el cristianismo, pero fue una fuente que no choca, no es un problema ideológico, es político. Entonces nos fuimos haciendo marxistas.”.

A diferencia de sus contrapartes en otros lugares del país, la influencia religiosa fue marcadamente menor en militantes locales de las células urbanas, limitándose solamente a las experiencias vividas durante la infancia y adolescencia temprana. Si bien la influencia de la TL fue bastante importante en el proceso de radicalización de un amplio sector de militantes provenientes del estudiantado en Monterrey, en el caso sonoreense dicha influencia se limitaba a algunos de los militantes de origen foráneo. En algunos casos, dichas creencias no eran compartidas con el resto de los compañeros ya que se temía que fueran consideradas posturas pequeñoburguesas y se les juzgara por oportunismo. Ávila Sosa, quien perteneció primero al M23S de Gámez Rascón y posteriormente a la LC23S, narra lo siguiente:

Yo si fui creyente, aunque allá en la Liga yo nunca decía nada. Nunca expresé eso, pero yo nunca dejé de creer en Dios. Yo no lo comentaba con nadie porque no sabía cómo me iba a ir. ¿Y si me fusilan? Porque de por sí yo tenía una actitud distinta (1 de septiembre de 2021).

Se observa que, más allá del sujeto ideal deseado por la organización, en la práctica la Liga tuvo que reclutar en ámbitos variados. El caso sonoreense es solamente un ejemplo de lo que sucedía en otras latitudes. Existe una curiosa contradicción al interior de la LC23S entre las actitudes y discursos ortodoxos de las coordinaciones nacionales y zonales, y la conformación de las propias brigadas a nivel local. Si bien, la organización se proyectaba a sí misma como la vanguardia revolucionaria, el partido de masas del proletariado, la realidad de sus militantes se aleja de dicha autopercepción. Al acercarnos a la Liga Comunista 23 de Septiembre, lo que se nos presenta es una organización homogénea la cual, a pesar de tener

una visión teórica acerca de su sujeto revolucionario ideal, el proletariado, se vio en la necesidad de relacionarse y reclutar a partir de una visión más amplia y pragmática.

2) Espacios de sociabilidad guerrillera

Dejando de lado la aparente obviedad en la distinción entre espacios rurales y urbanos, vale la pena volver en este punto para hacer referencia a los llamados espacios de sociabilidad. Retomando los planteamientos de Alguhon y Parra, entendiendo a los espacios de sociabilidad como los espacios de reunión, públicos o privados, en los que se lleva a cabo el intercambio de ideas y en los cuales surge una cosmovisión compartida, la cual puede detonar una participación de los individuos en un proyecto de acción colectiva. Como se ha señalado en apartados anteriores, la Liga Comunista 23 de Septiembre, como organización nacional, se guiaba bajo los principios de una guerrilla urbana, respondiendo a las necesidades propias de estos espacios.

Sin embargo, la naturaleza heterogénea del espacio de acción de esta organización en Sonora, así como en el noroeste mexicano, obligó a los militantes de la LC23S en la entidad a que llevaran a cabo su labor política y de reclutamiento de maneras distintas, dependiendo del lugar en el que se encontrasen. Recordemos que la Liga Comunista 23 de Septiembre, al ser una organización guerrilla, no fue capaz de mantener un uso o control permanente o semi permanente de espacios en los cuales desarrollar sus actividades. Con esto en mente, podemos identificar dos grandes espacios, con procesos de sociabilidad distintos, en el que la Liga realizó su trabajo político: los rurales o semirurales, como serían aquellas comunidades al sur de Sonora y en la Sierra Madre Occidental; los urbanos, que se relacionan con las ciudades de Sonora y Sinaloa.

a) Espacios rurales y sociabilidades tradicionales

El proceso de reclutamiento en las zonas urbanas, tales como Hermosillo y Ciudad Obregón, seguía un patrón similar al ocurrido en otras partes del país. A través del contacto de militantes de la organización con jóvenes universitarios activistas, se hacía la invitación a aquellas personas cuyo nivel de desarrollo teórico y político era considerado avanzado. Por lo general, en lugares como la Universidad de Sonora o el ITSON, se les invitaba a participar en círculos de estudio, los cuales funcionaban como filtros para identificar a quienes estuviesen mejor preparados y dispuestos a participar en actividades políticas más radicales (Navarro, 23 de julio de 2021). De igual manera, a través del trabajo político de los militantes con obreros de distintas áreas, se intentó realizar reclutamiento en zonas industriales y de construcción.

Por otra parte, las relaciones creadas por la LC23S en los espacios rurales y semirurales del estado eran, paradójicamente, igual de secretas y clandestinas que en los espacios urbanos, pero al mismo tiempo eran más abiertas ya que la mayoría de las comunidades rurales contaban con una presencia más limitada de representantes de las instituciones de seguridad del Estado mexicano. Esta característica no pasó desapercibida por la Coordinación Nacional, la cual — en palabras de Miguel Topete— llegó a la conclusión de que:

No se necesitaba ser un genio para advertir que en el capitalismo en general, y en el país en particular, existe una concentración de las fuerzas militares del Estado en las zonas geográficas en donde se concentra el capital, por lo tanto, sus puntos relativamente débiles, eran los lugares en donde no se concentraba el capital, es decir, las selvas y las sierras del país (2009).

Con el tiempo esta situación cambiaría debido a las acciones político-militares de los comandos guerrilleros en las comunidades serranas, tales como los enfrentamientos con el ejército, el secuestro del comerciante Hermenegildo Sáenz Cano y la quema de propiedades de terratenientes. La presencia de brigadas en las ciudades y poblados semirurales también fue un factor que influyó en el aumento de agentes de seguridad en la zona. Sin embargo, esta aparente ausencia inicial de fuerzas castrenses les permitió a los miembros de la LC23S desarrollar una praxis y una sociabilidad distinta a sus contrapartes urbanas.

Durante la etapa embrionaria de la Liga, así como en los primeros meses tras su fundación, se llevó a cabo un acercamiento de militantes con las comunidades rurales y campesinas a través de las juntas ejidales serranas. Los líderes serranos Eleazar Gámez Rascón y Juan Rojo Olivas, quienes anteriormente ya habían desarrollado un trabajo político en la zona bajo la bandera del M23S, designaron a José Adalberto Gaxiola Mendívil, el *Comandante Baiburin*, como “gestor de los problemas agrarios”. Bajo este título informal, Gaxiola se acercaba a las reuniones de los ejidatarios, escuchaba sus problemas y, sin invitarlos directamente a la lucha armada, iba preparando el terreno para las incursiones de la LC23S a través de la creación de redes de apoyo y de simpatizantes, que le facilitarían recursos, alimentos o resguardos. Gaxiola dice:

Comienzo a ir a las juntas de los ejidos [...] Yo era el punto de contacto. Como yo había nacido en la sierra, conocía la sierra, para mí era fácil realizar ese trabajo, llegar con los campesinos. Yo iba a las reuniones, me informaba. Te ponías listo. Les decías: “compañero, esta lucha puede que mañana o pasado se torne, ya no en una forma legaloide, si no se va a poner más fuerte y hay que estar preparados para esto” (14 de octubre de 2021).

El pasado campesino de gran parte de los cuadros provenientes del antiguo M23S, muchos de ellos veteranos de las luchas agrarias y los movimientos de Arturo Gámiz y Óscar González Eguiarte, les facilitaba el acercamiento con las comunidades rurales. Sobre la habilidad que tuvo la Liga de influir en las comunidades serranas, la investigadora Adela Cedillo comenta lo siguiente:

[Un] informe de la DFS [...] sugiere que Evaristo Velazquillo, excomisario ejidal de Rocoroyvo [Chihuahua], era un simpatizante de la guerrilla. Este caso no sería la excepción, dado que las autoridades de varios ejidos colaboraron con los comandos. De hecho, la CPMAG fue capaz de realizar operaciones espectaculares dada su integración orgánica a las comunidades campesinas (2019, p.100).¹⁶

Una vez ya creados los comandos en la sierra, estos se dedicaron a realizar trabajo político con las comunidades campesinas e indígenas. A través de las llamadas “giras políticas”, los militantes buscaban educar y concientizar a las comunidades rurales, así como explicarles la necesidad de incorporarse a la lucha armada. La presencia de Arturo Borboa, *el Tío*, fue esencial para el comando de Urique. Borboa, quien hablaba español y rarámuri, fungió como representante de la Liga y mediador entre ellos y las comunidades indígenas (Cedillo, 2019). A través de propaganda escrita, como lo sería el manifiesto “A los campesinos y obreros”, y actividades político-militares, como el secuestro del comerciante Hermenegildo Sáenz, la Liga esperaba motivar a las comunidades y acercarlos a su lucha.

¹⁶ Traducción del autor del siguiente párrafo: The DFS report [...] suggested that Evaristo Velazquillo, the former ejido commissar of Rocoroyvo, was a guerrilla supporter. This case would not be the exception, given that the authorities of several ejidos collaborated with the commandos. In fact, the CPMAG was able to carry out spectacular operations given its organic integration to peasant communities.

Por su parte, las relaciones al interior de los comandos serranos de la Liga se desarrollaron principalmente en los campamentos establecidos por la organización en diferentes zonas de la región. Ya fuese en cuevas, a las orillas del río o debajo de un peñasco, los militantes pasaban su tiempo libre discutiendo las estrategias político-militares a desarrollar, pero también intercambiando experiencias, anécdotas y chistes (Angulo, 2011). Este tipo de relaciones eran mal vistas por los coordinadores tanto nacionales como zonales.

Desde las coordinaciones regionales existía una postura de desaliento hacía las relaciones romántico-afectivas, ya que eran vistas como un riesgo para la seguridad y cohesión al interior de la organización (Navarro, 26 de julio de 2017). Se buscaba fomentar, en su lugar, un sentimiento de compañerismo y lealtad revolucionaria, que comprometiera a los militantes a actuar por los intereses de sus líderes y compañeros. Sin embargo, en la práctica, esto resultó imposible de conseguir, pues se dieron casos de noviazgo, emparejamiento y hasta matrimonio en las células. Sin embargo, el aislamiento experimentado por estos comandos les permitió desarrollar relaciones que iban más allá de una camaradería militante.

Fue en este sentido que no se manifestó al interior de la organización una diferenciación entre géneros o edades, al menos de manera explícita. Si bien los comandos rurales estaban conformados principalmente por hombres jóvenes, lo cual tenía más que ver con la conformación de la organización en general más que a una práctica deliberada por parte de los coordinadores. De tal manera que no era raro encontrar mujeres en los comandos, así como personas de mayor edad. Basta recordar que Arturo Borboa, *el Tío*, tenía más de sesenta años y era el principal contacto de la Liga con las comunidades rarámuris. Por su

parte, Alejandrina Ávila Sosa describe las relaciones entre géneros al interior de los comandos de la siguiente:

Eran como una especie de pacto sin hablarse. Pero, por ejemplo, tú ibas pasando por un camino, por muy peligroso que estuviera, tenías que pasar igual que todos. Los compañeros pues a veces se preocupaban, pero nadie te daba la mano. Veían simplemente que hacías tu esfuerzo. [...] Nunca tuvimos ningún problema con los compañeros. Eran campesinos, gente de campo, incluso los que andaban con nosotros, Gaytán, Rojo. Pero no tenían esa idea de que las mujeres éramos menos. No, no, no, parejitos (2021).

Mientras que las relaciones de amistades y parentesco no jugaron un papel significativo en el reclutamiento urbano de militantes de la LC23S, fue diametralmente distinto en lugares de naturaleza rural como los poblados de la sierra y subsierra sur del estado, y semirurales, como los municipios de Navojoa y Etchojoa. A pesar de que sí se llegó a dar el caso de militantes urbanos que decidieron participar en la organización debido, en gran parte, a que sus parejas formaban parte de las distintas brigadas, en los espacios rurales las relaciones de amistad, parentesco y paisanaje jugaron un papel central en el reclutamiento de nuevos militantes, así como para la creación de alianzas políticas y redes de simpatizantes entre los campesinos y comunidades indígenas de la Sierra Madre Occidental.

En los centros urbanos de mayor tamaño, como Hermosillo u Obregón, el reclutamiento se daba de manera individual y raramente involucraba a familiares o parejas sentimentales, mientras que en las pequeñas comunidades campesinas de la sierra y sus faldas, hubo familias enteras que se involucran en el proyecto de la Liga, ya fuese como militantes o bases de apoyo. En las zonas “semirurales”, se dio el caso de los hermanos

Corral García (José de Jesús, Luis Miguel y Salvador) quienes eran originarios de Chihuahua y llegaron a ocupar importantes puestos dentro de la Coordinación Nacional de la LC23S. Salvador había militado anteriormente con *Los Macías*. Fue ejecutado extrajudicialmente tras el fallido intento de secuestro del industrial regiomontano Eugenio Garza Sada. Tras la reestructuración de la Coordinación Nacional en 1974, Luis Miguel quedó como uno de los principales dirigentes de la LC23S y mantuvo esa posición hasta su ejecución en 1977. Su hermano José de Jesús fue profesor en la preparatoria de Navojoa durante los primeros dos años de la Liga. Según testimonios, cayó durante un enfrentamiento en Puebla, pero se le considera desaparecido.

De igual forma, está el caso de los hermanos Arana Murillo (Jesús Humberto, Jesús Manuel y Marco Antonio), oriundos del municipio de Huatabampo, quienes militaron en la organización en distintos momentos y llegaron a ocupar puestos de importancia en la Coordinación Nacional. Tanto Humberto como Jesús Manuel, al ser de mayor edad, fueron los primeros en ingresar a la organización. Marco Antonio, el menor, tuvo su primer contacto con la Liga al servir de correo entre su hermano Humberto, quien se encontraba preso en la penitenciaría de Hermosillo, y la organización (Rafael, 25 de noviembre de 2017). Marco Antonio posteriormente sería dirigente de la Federación de Estudiantes Campesinos Socialistas de México (FECSM), líder estudiantil en la Normal Rural del Quinto y uno de los dirigentes nacionales durante los últimos años de la LC23S.

La llegada y esparcimiento del pensamiento “enfermo” a los municipios de Navojoa, Etchojoa y las comunidades que les rodean, es otro ejemplo de la importancia que este tipo de relaciones tuvo en el proceso de radicalización y militancia. Como se vio en apartados anteriores, la necesidad de continuar con los estudios superiores obligo a amplios sectores

del estudiantado del sur de Sonora a emigrar temporalmente a Culiacán, con el propósito de inscribirse en la Universidad Autónoma de Sinaloa. La mayoría de los estudiantes foráneos residían en casas estudiantiles llamadas “Rafael Buelna Tenorio” (véase figura 16) y “Genaro Vázquez”, las cuales eran patrocinadas por la UAS como un servicio asistencial para estudiantes de bajos recursos que llegaban a estudiar a la institución y albergaba a más de cien estudiantes (Valenzuela, 17 de septiembre de 2021).

Ambas casas sirvieron durante la década de los setenta como centros de operación de la amplia movilización estudiantil en la UAS, organizada bajo la dirigencia de la Federación de Estudiantes Universitarios de Sinaloa (FEUS), especialmente durante el movimiento en contra de la administración central encabezada por el Licenciado Armienta Calderón (Sánchez, 2008). La FEUS se estructuró a lo largo de los setenta bajo la dirección ideológica de los Enfermos. Debido a la naturaleza semiautónoma de estos espacios, éstos fueron lugares ideales para la propagación de políticas “radicales” o “revolucionarias” como las posturas “enfermas” y la Tesis UF.¹⁷ Publicaciones tales como el periódico “Caminemos” servían de herramientas propagandísticas, se repartían entre los moradores y en reuniones estudiantiles y populares (Valenzuela, 17 de septiembre de 2021).

Los estudiantes sonorenses de la UAS, provenientes de lugares como Quetchehueca, Pueblo Yaqui, Obregón y Navojoa, entre otros, al regresar a sus comunidades traían consigo este bagaje político-cultural. Al hablar con sus familiares, amigos y compañeros de trabajo, esparcían las distintas propuestas políticas a las que tuvieron acceso durante su estancia en

¹⁷ Para más información sobre la importancia de las casas de estudiantes en el contexto de las movilizaciones estudiantiles de la década de los setenta en la UAS, véase Sánchez (2012).

Sinaloa. Antonio Valenzuela, militante de una célula de la Liga en Navojoa, describe esta situación:

La relación que guardábamos con nuestros paisanos fue un factor [importante] para nosotros y [fue] un punto en común. Luego [...] esta influencia se tradujo, allá por el año del 72, cuando el movimiento estudiantil universitario en Sinaloa se fue acercando con el movimiento popular-campesino. Cuando nuestros amigos, nuestros paisanos, iban al pueblo y [...] nos encontrábamos, el tema de conversación obligado era éste. En ese entonces hablábamos y empezamos allá a expresarnos, a reunirnos (17 de septiembre de 2021).

Figura 15: Vista actual del patio interior de la Casa del Estudiantes Rafael Buelna Tenorio, actualmente Centro Sinaloa de las Artes “Centenario”, en Culiacán



Fuente: Colección privada de Antonio Valenzuela.

Santiago, quien fue profesor de la Escuela Preparatoria de Navojoa y militante de la LC23S, confirma lo dicho por Valenzuela y describe su primer contacto con el ala radical de la FEUS de Sinaloa ¹⁸:

[Los Enfermos] venían porque había muchos estudiantes del sur de Sonora que iban a estudiar a la UAS. Entonces, regresaban a ver a sus familiares y platicaban. Se contactaban con los estudiantes de la prepa de Navojoa. Había una serie de relaciones ahí de amistad, de familiares, que eran el inicio de una relación más amplia pues, que de simples estudiantes. [Eran notables] por el discurso. Porque era un cuestionamiento a todas las agrupaciones políticas tradicionales.

Me invitan a dar un curso para profesores de preparatoria en Sinaloa, en Culiacán, y ahí empiezo a conocer el movimiento de los Enfermos. [...] Acababa de terminar el tercer año [de carrera]. Entre tercero y cuarto, me fui un mes a dar un curso de un mes a profesores de prepa, de la prepa central de la UAS. [...] Conocí a gente de los enfermos y empecé a escuchar el ambiente. Planteamientos de unos y otros, de la Universidad Fábrica. Me regrese a las clases en septiembre, ya con todas esas inquietudes en la cabeza.

Me titulé y empecé a involucrarme ahí en el movimiento campesino, con las actividades que hacían los estudiantes de la prepa de Navojoa. Venía gente de los Enfermos a echarse rollos aquí, tratar de coaptar a estudiantes y a profesores.

¹⁸ Fragmento de la entrevista realizada por el autor en septiembre de 2017 (editada por el autor, respetando en todo lo posible la declaración textual).

En el caso de las comunidades rurales, especialmente aquellas ubicadas en la Sierra Madre Occidental y sus faldas, las relaciones de parentesco y amistad resultaron fundamentales. Los primeros contactos que tuvo la LC23S con la población serrana fue a través de los contactos políticos establecidos por aquellos militantes que pertenecieron al M23S. Gracias al trabajo político llevado a cabo por Juan Rojo entre los campesinos (véase figura 17) y Arturo Borboa entre los rarámuris, los comandos guerrilleros comenzaron a entablar relaciones no con individuos sino con comunidades enteras. Angulo Luken, el *General*, describe en sus memorias la situación del CGOG en la zona del Quiriego:

En Sonora se dio el caso que se tenían tantos simpatizantes que ya no se hablaba de nombres de personas, sino de rancherías o de pueblos enteros [...] Llegó a darse el caso que rancherías enteras sabían la ubicación del campamento de los guerrilleros y entraban y salían en él como a una casa más de las rancherías (Angulo, 2017, pp. 112-113).

Entre los pobladores de la zona los jóvenes guerrilleros eran conocidos como “los estudiantes”, haciendo referencia tanto a su origen social como a su conocimiento de teoría marxista; “los mechudos”, debido a lo largo de su cabello; y, en al menos uno de los casos, “los jóvenes de Arturo”, refiriéndose a la relación existente entre ellos y Arturo Borboa (Ávila, 2021). El último apodo mencionado señala la importancia de las relaciones políticas establecidas con años de antelación por los veteranos de la lucha guerrillera.

La exmilitante Alejandrina Ávila Sosa, quien había trabajado como enfermera en el ISSSTE, apoyó en varias ocasiones a la población local con medicamentos, atención médica y en labores de parto, lo cual facilitó la creación de una nueva serie de contactos, especialmente en las comunidades indígenas rarámuris. La relación con esta comunidad

indígena, así como la vinculación con *el Tío*, les permitió el acceso a los “onogoris”,¹⁹ cuevas en donde las comunidades indígena rarámuris guardaban su comida por temporadas. Ávila comenta:

Secábamos la carne [y] la guardábamos en lo que ellos llamaban los onogoris [...] eso es muy secreto, los tarahumaras guardan ahí su comida o sus cosas [...] Pues ahí nosotros teníamos exclusividad porque como *el Tío* era de ellos, le decían “Mira cuando se te ofrezca Arturo, ahí en tal parte teníamos un “onogori”, ahí guarda lo que quieras”. Nosotros íbamos y guardamos la carne seca y no se echaba a perder [...] lo que guardabas ahí se mantenía. Nosotros cada tanto tiempo íbamos a sacar por cosas que guardábamos (2021).

Fue a través de las relaciones establecidas previamente por los veteranos de la guerrilla, así como por los servicios médicos de emergencia provistos por Ávila Sosa, que se le permitió al menos uno de los comandos serranos el acceso a este tipo de bodegas. En sus memorias, Angulo Luken describe este tipo de actitudes solidarias, tales como compartir ropa y alimento desde una visión esencialista, como parte de una “tradición indígena/campesina” sin fin u objetivo alguno. Sin embargo, el exmilitante y Coordinador Zonal pasó por alto el carácter político de estas acciones. Como menciona Ávila, los llamados onogoris son reservas secretas de alimento, ocultas de los ojos de los caciques y planeadas para ser utilizadas en temporadas de escases o en casos de emergencia. El hecho de que no hayan sido prestadas a las fuerzas de seguridad del Estado sugiere que un sector de la comunidad rarámuri estaba

¹⁹ Esta palabra fue empleada por Ávila Sosa durante las entrevistas realizadas en 2021. Ella asegura que esta palabra era utilizada tanto por Arturo Borboa como por las propias comunidades rarámuri con las que llegó a tener contacto. No se ha podido corroborar si fue empleada correctamente o si se trata de un error de transliteración.

dispuesta a sacrificar alimentos, así como a poner en riesgo su seguridad, con tal de apoyar a quienes, desde su perspectiva, tenían sus mismos objetivos.

En la expulsión de Eleazar Gámez se aprecia la importancia que las relaciones de amistad y paisanaje tenían en el funcionamiento y crecimiento del proyecto foquista en la sierra. Tras su el deslinde por parte de la organización nacional, la Liga perdió el apoyo y simpatía de un sector de la comunidad campesina serrana y de los rarámuris, quienes habían sido receptivos de sus propuestas revolucionarias gracias a la influencia que tenía Arturo Borboa en dichas comunidades. *El Tío*, al ver que su amigo ya no formaba parte de la organización decidió abandonar el proyecto (Gámez, 2021), llevándose consigo las relaciones políticas que se habían previamente establecido.

Figura 16: Juan Rojo Olivas y Eleazar Gámez Rascón, 1971



Fuente: Gaxiola (2021, p. 43).

Por su parte los integrantes del CGOG, quienes provenían en su mayoría de centros urbanos del resto del país y eran seguidores de la línea política de la Dirección Política, adecuaron su trabajo político a las comunidades serranas. Sin abandonar su ortodoxia marxista, desarrollaron una estrategia basada en el pragmatismo. A pesar de constantes reprensiones por parte de los Coordinadores Zonales, específicamente de Angulo Luken, lograron crear relaciones políticas a través del reconocimiento y apoyo de las demandas locales. Adela Cedillo apunta:

El CGOG seguía la ortodoxia de la Liga [...] Sin embargo, el aislamiento permitió al comando explorar una vasta área en los alrededores del Quiriego y San Bernardo, estableciendo estrechas relaciones con las comunidades guarijío en la ribera del río Mayo a través de giras políticas [...] A pesar de la pobreza extrema del pueblo guarijío, la guerrilla se benefició enormemente de la tradición serrana de ofrecer comida a los extraños. Topete afirmó que el comando había hablado con mil familias y la mayoría se volvieron simpatizantes de la guerrilla (2019, pp. 110-111)²⁰.

Como se aprecia en la cita anterior, para las comunidades rurales de la sierra la simpatía hacia los comandos armados no se basó en una comprensión o simpatía profunda del proyecto revolucionario de la Liga, sino que tenía su raíz en un aparente objetivo común: la eliminación de los cacicazgos. Los indígenas y campesinos no apoyaban a los comandos

²⁰ Traducción del autor del siguiente párrafo: The CGOG followed the Liga's orthodoxy [...] Isolation, however, enabled the commando to explore a vast area around Quiriego and San Bernardo, establishing close-knit relationships with Guarijío communities in the Mayo river bank through political tours [...] Notwithstanding the extreme poverty of the Guarijío people, guerrillas greatly benefited from the serrano tradition to offer food to strangers. Topete claimed that the commando had talked to one thousand families and the majority became guerrilla sympathizers.

guerrilleros bajo la bandera de la revolución socialista, o siguiendo el ejemplo de algún grupo armado extranjero. Lo hacían debido a la percepción de una aparente convergencia de objetivos.

Esta forma de relacionarse y reclutar militantes experimentada en las zonas rurales o semirurales se comprende a través de lo que el historiador François Xavier Guerra definió como sociabilidades tradicionales: “Estructuras [que] remiten inexorablemente a un tipo diferente de sociedad [...] formada no por individuos autónomos, sino por conjuntos, por grupos de hombres cuya acción en el campo social aparece siempre solidaria” (p. 127, 2016). Para Guerra este tipo de sociabilidad puede provenir de vínculos de hecho, tales como la pertenencia a una familia o un colectivo, así como de elecciones libres que se establecen entre personas, tales como los lazos de amistad. Este tipo de sociabilidad contrasta con aquella de corte moderno, caracterizada por la libre asociación de los individuos en clubes, partidos y sindicatos, entre otras organizaciones.

De tal manera que la sociabilidad moderna se entiende como la que se desarrolla en espacios urbanos donde las relaciones sociales tienden a desarrollarse desde un punto de partida individualista e incrustada en un sistema socioeconómico capitalista; mientras que las sociabilidades tradicionales se presentan en sociedades con un sistema político y económico preindustrial. Si bien se debe tener precaución al aplicar tales tipologías en períodos y temporalidades completamente distintas, el carácter indígena y campesino de las poblaciones rurales y semirurales del sur y la frontera serrana entre Sonora y Chihuahua se asemeja a lo mencionado por Guerra acerca de las sociabilidades tradicionales. A pesar de que el investigador hispanofrancés utilizó dichos conceptos para explicar el funcionamiento de las estructuras sociales mexicanas de principios del Siglo XX, pueden ser útiles para entender el

porqué de la diferencia en los procesos de sociabilidad expresadas durante las interacciones de las distintas brigadas y comandos de la LC23S y las poblaciones rurales sonorenses.

Sin embargo, hay que evitar generalizaciones deterministas, ya que en los espacios rurales y semirurales del sur sonorense existían organizaciones campesinas y sindicales, así como partidos políticos; es decir, existían sociabilidades modernas. De igual manera, sería un error afirmar que la presencia de los comandos político-militares de la Liga en la sierra sonorense fue bien recibida por la totalidad de la población. Si bien tuvieron una amplia base de simpatizantes entre la población rural e indígena pero también los aparatos de seguridad mexicanos contaron con una red de apoyo en la población.

b) Espacios urbanos

Mientras que en los espacios rurales el grueso de los procesos de sociabilidad se desarrolló a través de giras políticas entre los distintos pueblos de la sierra, en el caso urbano fueron en los Institutos de Educación Superior en los que se vivieron la mayoría de estos procesos. A pesar de los deseos de la Coordinación Nacional y los Coordinadores Zonales quienes, siguiendo la idea leninista de un partido de vanguardia, exigían que las brigadas desarrollaran su trabajo en los centros obreros. La mayoría de las relaciones establecidas por los militantes urbanos se desarrolló al interior de la UniSon, de la preparatoria de Navojoa, del ITSON y en la Escuela Normal Rural “Gral. Plutarco Elías Calles”. De igual forma, sin estar ubicadas en la entidad, las casas de estudiantes en Culiacán también fueron espacios de sociabilidad de gran importancia para la formación de células de la LC23S en Sonora.

Vale la pena recordar que para la segunda mitad de la década ya existían en la entidad dos organizaciones político-militares en la entidad: las Fuerzas Armadas de la Nueva

Revolución, y la Pequeña Brigada Dinámica, después Movimiento 23 de Septiembre. Ambas organizaciones se formaron en la segunda mitad de la década de los sesenta en el sur de Sonora y fueron influenciados por el movimiento campesino de la región. También tuvieron presencia al interior del ITSON, donde su influencia en el movimiento estudiantil fue importante, aunque discreta; ya que la Federación de Estudiantes del ISTON (FEITSOS) estuvo, en distintos momentos, bajo el liderazgo de militantes de ambas organizaciones (Ávila, 2021).

Dicha federación fue el centro de una disputa velada entre ambas organizaciones por el liderazgo de las movilizaciones estudiantiles. En el período de 1967 a 1973 su presidencia estuvo ocupada de manera consecutiva por cuatro futuros militantes guerrilleros: Miguel Duarte López de las FANR (véase figura 18), y Manuel Montero Puente, Cándido Pérez Verduzco y Manuel Amarillas Palafox por parte de la PBD (posteriormente M23S). A pesar de tratarse de dos grupos “activistas”, ya que para principios de los setenta ninguno había entrado de lleno a la clandestinidad, existía entre ellos cierta animosidad por una diferencia estratégica más que ideológica. Si bien a los miembros del PBD, luego M23S, en el ITSON no se les había informado de las relaciones que su grupo sostenía con otras organizaciones político-militares, Duarte sí tenía conocimiento de éstas. Ávila Sosa narra su interacción con Duarte de la siguiente manera:

Miguel Duarte iba a atacarnos. Nos decía: “Ustedes son los restos de Arturo [Gámiz]”. Yo decía: ¿Pues quien será Arturo? Le comenté *al Richard* [Fernando Salinas Mora]: “Oiga, fíjese que Miguel hace esto cuando nos ve. Mienta a alguien que se llama Arturo”. Me dijo: “No le haga caso, maestra, ¿no ve que está loco?” El [grupo] de Duarte no tenía buena relación [con el

PBD]. Duarte era [todavía] más radical [que] el grupo de nosotros. [...] [Nuestro grupo] tendía más al trabajo político con la población (18 de agosto de 2021).

Tras la expulsión de Duarte en 1969, la línea política del entonces PBD fue la que toma la dirección del FEITSON. Utilizando los recursos de la federación y del propio instituto, el M23S realizó un trabajo político en distintos centros obreros, tales como la fábrica de galletas Gamesa (Ávila, 2021). A través de los periódicos El Tamborero y, posteriormente, El Estudiante de Octubre, el ya llamado M23S buscó difundir su línea política. No fue sino hasta el paso a la clandestinidad por parte de los militantes del M23S que tanto el ITSON como su federación de estudiantes dejaron de ser el centro de la disidencia estudiantil en el municipio.

Una vez fundada y consolidada la Liga Comunista 23 de Septiembre heredó los espacios al interior del ITSON en los que el M23S llevó a cabo su trabajo político; los cuales, junto con los de la preparatoria de Navojoa, fueron ocupados por la línea política de los Enfermos, importada desde Sinaloa gracias a los jóvenes estudiantes de la UAS que regresaban al sur sonorense para visitar a sus familiares y amigos. Sin embargo, a pesar de que el ITSON siguió proveyendo de nuevos militantes, la línea enferma o de la Liga no llegó a ocupar los puestos de liderazgo al interior de la FEITSON, como sí llegaron a hacerlo años antes las líneas políticas de Duarte y el M23S.

Figura 17: Encabezado del periódico Crisol, del ITSON, anunciando el triunfo de Miguel Duarte en las elecciones de la FEITSON



Fuente: Anaya, et al. (2015, p. 137).

Figura 18: Estudiantes del ITSON, durante la década de los setenta



Fuente: Anaya Mexía, et al. (2015, p. 147).

Caso similar se dio en la preparatoria de Navojoa, en la que el proceso de politización de gran parte del estudiantado se dio a partir de las movilizaciones del 67. Si bien la huelga de ese año vivida en esta institución seguía los lineamientos del movimiento en el campus Hermosillo de la UniSon, adoptó sus propias dinámicas. Como se vio en el apartado anterior, la naturaleza campesina de la mayoría de los estudiantes de la preparatoria fue un factor que permitió la incorporación de familias enteras, así como de jornaleros y campesinos de las comunidades vecinas. Fue así que a partir de este año la preparatoria de Navojoa se volvió un centro de política opositora que trascendió el ámbito meramente estudiantil.

Algunos de los estudiantes que participaron en las movilizaciones del 67 pasarían a formar parte, años después, de la Liga Comunista 23 de Septiembre (Valenzuela, 17 de septiembre de 2021). En 1971, tras una serie de gestiones por parte de los alumnos de la preparatoria, se dio una renovación de la planta académica y se integraron profesores provenientes del centro del país. Muchos de estos maestros habían participado activamente en el movimiento estudiantil de 1968 en la Ciudad de México (Socorro, 2021). La presencia de profesores progresistas y versados en el marxismo, su cercanía y constante contacto con el pensamiento Enfermo de la UAS, así como el carácter campesino de la mayoría del estudiantado, creó un ambiente ideal para el florecimiento de posturas radicales en el seno de la preparatoria.

A partir de 1973, la LC23S inició su tarea de crear células en Navojoa. No se tiene conocimiento del número exacto de brigadas en el municipio, pero se sabe de la existencia de por lo menos una al interior de la preparatoria, conformada por profesores y estudiantes, así como otra conformada por campesinos y jóvenes jornaleros. Sin embargo, la preparatoria no logró convertirse en un centro de reclutamiento como sí lo fue la Normal Rural del Quinto,

debido a que tras una marcha en solidaridad con la invasión de predios y a favor del reparto agrario, el entonces rector de la UniSon, Alfonso Castellanos, decidió cerrar la institución.

Santiago describe la culminación de dicha marcha de la siguiente manera:

Cuando íbamos marchando, de pronto empezaron a romper los cristales de los comercios, a destruir “la propiedad burguesa” y los autos y a gritar, se puso muy violenta la situación, fuera de todo control. Yo no sé si algunos muchachos se exacerbaron o si hubo infiltrados del gobierno o de los Enfermos en esa marcha que hicimos en el centro de la ciudad de Navojoa. Cuando llegamos al centro ya nos estaba esperando la Policía Judicial con gases lacrimógenos (21 de noviembre de 2017).

Tras su clausura, la preparatoria ya no volvió a abrir sus puertas hasta años después, bajo el nombre de Colegio de Bachilleres (COBACH). El objetivo de esta acción fue explícito: la eliminación de un centro de disidencia política. Así lo dejaron en claro los medios de comunicación de la capital sonoreense, quienes no dejaron de hablar acerca del incidente por varias semanas, así como de alabar la decisión del rector, quien era señalado como un defensor de la universidad ante la amenaza filo-comunista.

Por su parte, la Escuela Normal Rural “Gral. Plutarco Elías Calles”, mejor conocida como El Quinto (véase figura 20), fue un espacio con características similares al de las casas de estudiantes en Sinaloa, específicamente la Rafael Buelna Tenorio. Ambos eran espacios donde los estudiantes pasaban la mayor parte de su tiempo libre, discutiendo y planteando actividades políticas. Además, la propia naturaleza de las Normales Rurales como centros de educación de jóvenes provenientes del sector campesino las convertían en campos fértiles

para el desarrollo de un activismo fuertemente ligado a la lucha agraria. La investigadora Denisse Cejudo plantea:

La formación de los estudiantes de normal rural tenía fines específicos y formó alumnos con perfiles más allá de la educación en el aula, los preparó para echar a andar una comunidad, para generar una agricultura autosuficiente, para la negociación con las autoridades, para la gestión de recursos, entre otras cosas (2011, p. 46)

Tanto el trasfondo campesino del alumnado, característica fundamental de las ENR, como su pertenencia al FECSM fueron factores determinantes para que se desarrollara al interior de esta institución un amplio movimiento solidario con las movilizaciones campesinas de los setenta. El hecho de que la escuela contara con un internado en el cual los alumnos pasaran sus días realizando actividades estudiantiles, políticas y de ocio, facilitó el intercambio de ideas y propaganda de distintas corrientes, incluyendo aquella proveniente de la Liga.

Figura 19: Vista actual de la entrada principal de la Escuela Normal Rural “Gral. Plutarco Elías Calles”



Fuente: https://sic.cultura.gob.mx/ficha.php?table=universidad&table_id=3089

Poco se sabe sobre la organización de la Liga al interior del Quinto, más allá de lo recuperado por testimonios de segunda mano o de los pocos archivos de los aparatos de seguridad. Según un reporte de la DFS, el director del plantel había denunciado ante la Policía, en octubre de 1977, la existencia de varias brigadas de la LC23S al interior de la institución, las cuales repartían propaganda a lo largo de los Valles del Yaqui y el Mayo. De igual manera reportaba que al interior de la ENR se encontraba “propaganda mimeografiada, cartulinas escritas a mano, mantas, pintas en el interior del plantel, bombas molotov y armas de fuego” (Rangel, 2011, p.187).

En el caso de la preparatoria de Navojoa y la Normal Rural de El Quinto, al igual que en el caso sinaloense, existía una larga tradición de lucha campesina por la repartición de tierra, por lo que la adopción de las propuestas ideológicas de los Enfermos no fue complicada. Adela Cedillo describe a los Enfermos de la siguiente manera:

Una de las características más notables de la Liga en Sinaloa fue su composición social. A diferencia de otros estados, donde la Liga estaba formada por estudiantes de clase media, en Sinaloa éstos eran predominantemente hijos de campesinos y trabajadores. [...] Los estudiantes de Sinaloa no se sentían diferentes en clase o estatus a sus familias, pero se veían a sí mismos como su vanguardia política (2019, p.186)²¹.

Debido a la conformación sociocultural de los estudiantes y profesores de la preparatoria de Navojoa y del Quinto, seguramente en el sur sonoreense se dio una situación similar a la

²¹ Traducción del autor del siguiente párrafo: One of the most notable characteristics of the Liga in Sinaloa was its social composition. Unlike other states, where the Liga was made up of middle-class students, in Sinaloa they were predominantly the children of peasants and workers. [...] The students of Sinaloa did not feel different in class or status to their families, but they saw themselves as their political vanguard.

descrita por Cedillo, y que las brigadas de la LC23S estuvieron conformadas principalmente por estudiantes y profesores, así como por jóvenes campesinos, las cuales llevaron a cabo su trabajo político hasta 1981, con la desaparición de la organización a nivel nacional.

En las entrevistas realizadas las casas de estudiantes no aparecen mencionada más allá de la referencia a la Casa del Estudiantes Rafael Buelna Tenorio, en Culiacán; posiblemente ocasionado por la naturaleza del tema. El carácter clandestino y secreto de las actividades político-militares de la LC23S limita la capacidad de obtener testimonios e información, ya sea porque los exmilitantes prefieren no hablar de ello; por temor o por no querer recordar experiencias traumáticas; porque fallecieron quienes vivieron la experiencia, ya fuera de manera natural o víctimas de ejecuciones extrajudiciales o se encuentran desaparecidos. Un ejemplo de esta situación sería el de Jesús Alberto Guerrero Ortiz, quien militó en la LC23S y se tiene conocimiento de que se hospedaba en una casa de estudiantes (Verdugo, 2016), pero falleció recientemente.

Tomando en cuenta el contexto sociopolítico de la década de los sesenta, las condiciones socioeconómicas similares experimentadas por los estudiantes activistas en la UniSon y en la UAS, así como la existencia de casas asistenciales para estudiantes en Hermosillo y Obregón, se infiere que estos espacios también jugaron un papel importante en la propagación y discusión de posiciones políticas disidentes, aunque sin alcanzar la importancia que tuvieron en Sinaloa, donde los Enfermos tomaron el control de facto de las casas de estudiantes (Sánchez, 2008) Desgraciadamente, por la falta de documentación o testimonios, este tema queda pendiente para futuras investigaciones.

Figura 20: Vista actual del exterior e interior de la Casa del Estudiantes Rafael Buelna Tenorio, actualmente Centro Sinaloa de las Artes “Centenario”, en Culiacán



Fuente: <https://www.cenart.gob.mx/2015/07/sinaloa/>

En contraste con lo vivido en la UAS o la preparatoria de Navojoa, el campus centro de la UniSon, ubicado en Hermosillo, no experimentó una amplia radicalización de su movimiento estudiantil. Existía entre los líderes de la Federación de Estudiantes y los llamados “anarcolocos”, apodo despectivo utilizado para referirse a los estudiantes influidos por los enfermos, una relación tensa (Verdugo, 2016). Las movilizaciones de inicios de la década de los sesenta lograron obtener un amplio apoyo por parte de la población en general, quienes a su vez recibieron muestras de apoyo por parte del alumnado.

La presencia de los activistas durante las manifestaciones a favor de la creación del Sindicato de Trabajadores y Empleados de la Universidad de Sonora (STEUS) fue fundamental en su proceso de reconocimiento. Sin embargo, la estrechez de sus objetivos, enfocados principalmente en la reforma a la ley orgánica de la institución, no les acercó a las problemáticas ajenas a la universidad. Esto, aunado a la composición socioeconómica tanto de Hermosillo como del estudiantado universitario, fue por lo que la línea política de la Liga y de los Enfermos, la cual buscaba transformaciones estructurales al exterior de las IES, no logró consolidarse al interior de la FEUS y el movimiento estudiantil en general.

A pesar de lo planteado la UniSon fue un espacio en el que la Liga desarrolló un trabajo político. En el primer período se enfocó principalmente al exterior de la institución, pero los Coordinadores Zonales si llevaron a cabo un trabajo de politización y reclutamiento al interior. Fue durante la segunda etapa de la LC23S, debido al recrudecimiento de la represión y la contracción de las actividades político-militares de la organización, que decidió desarrollar su trabajo al interior de la UniSon de manera más activa.

Figura 21: Mural de José Delgadillo en la Escuela de Economía, circa 1976-1978



Fuente: Colección privada de la Sociedad Sonorense de Historia.

A través de una constante participación de militantes en manifestaciones estudiantiles y círculos de estudio, la Liga buscaba reclutar a los cuadros más avanzados del movimiento universitario. Como se mencionó anteriormente, la distribución clandestina de propaganda, panfletos y periódicos fue una de sus principales actividades durante este período. De igual forma, aunque de manera secreta, la Liga participaba en los enfrentamientos que se daban al interior de la universidad entre estudiantes activistas y los Micos (Navarro, 23 de julio de 2021).

La socialización entre las células urbanas de la Liga y los posibles simpatizantes ocurría principalmente en las IES o cerca de los centros de trabajo de los obreros, en tanto que la socialización al interior de las células se llevaba a cabo en lugares distintos. Al igual que en el caso de los comandos rurales, las brigadas de la LC23S no contaban con un lugar

visible y permanente en el cual reunirse, como sí lo tendría una organización legal. La naturaleza clandestina y secreta de las organizaciones guerrilleras las obligaban a desarrollar sus procesos de sociabilidad interna en espacios reducidos y de manera discreta.

Mientras que los comandos serranos pasaban su tiempo libre en campamentos improvisados en cuevas o a la orilla de un río, los militantes urbanos hacían lo mismo en casas de seguridad. Estos espacios, muchas veces de un tamaño reducido y sin muchos medios de entretenimiento, fueron idóneos para el surgimiento de un tipo de socialización que trascendía el objetivo común de la lucha armada y facilitaba la consolidación de amistades o relaciones romántico-afectivas. En este contexto, el surgimiento de parejas al interior de la brigada no fue algo inusual.

Las casas de seguridad cumplían varias funciones: hospedar a militantes que habían pasado completamente a la clandestinidad; como almacén de propaganda, insumos de redacción y pertrechos militares; como espacio para la realización de círculos de estudio y de discusión; así como centro de “entrenamiento militar”. Sobre esto último, Patricia Navarro cuenta de manera humorística: “Teníamos en la pared [...] una hoja de cuaderno y poníamos una diana. Entonces [la usábamos] para practicar el tiro en la casa” (26 de julio de 2017). De igual manera, la literatura marxista era abundante en estos lugares. Se esperaba que los militantes no se limitaran a los círculos para seguir con sus estudios, si no que estuvieran educándose permanentemente.

Para evitar la represión, la ubicación de las distintas casas de seguridad permanecía en secreto para los miembros de las células, con excepción de los Coordinadores o los líderes de brigada. Se trataban de viviendas comunes rentadas por miembros de las brigadas a través del uso de seudónimos. Por razones de seguridad estos espacios solían estar ocupados de

manera permanente solamente por dos personas, aunque en algunas ocasiones se llegaba a ocupar por un máximo de cuatro (Navarro, 26 de julio de 2017).

Al igual que en el caso de las casas de estudiantes o el internado del Quinto, las casas de seguridad fueron espacios idóneos para el surgimiento de sociabilidades propias, no solo de la LC23S sino de cada brigada en específico. Aparte de las personas que figuraban como arrendatarias, la presencia de otros miembros era poco común, a menos que hubiera una reunión de brigada, un círculo de estudio o una sesión de entrenamiento militar. Al respecto, *Claudia*, militante de una brigada en Hermosillo, narra lo siguiente:

No podríamos estarnos viendo muy seguido, porque llama la atención. Cómo andas en el claudestínaje, se están dando cuenta de que las mismas gentes entran todos los días a la misma casa. Los que teníamos la casa éramos nosotros, ellos [sus compañeros] vivían con sus familias. Pero la casa, que era donde estaba el mimeógrafo y todo el material, era la de nosotros (18 de septiembre de 2021).

Al tratarse de espacios destinados a actividades ilícitas, las brigadas de la LC23S desarrollaron estrategias para no levantar sospechas en los vecinos. En el caso de contar con parejas o matrimonios ya establecidos previo ingreso a la organización, eran vistas como idóneas para hacerse pasar por jóvenes recién casados en busca de una casa en la cual “iniciar su vida”. De no contar con una pareja así, era común que dos militantes sin relación alguna pretendieran serlo (Aguado, 11 de noviembre de 2017). De igual manera, se aprovechaba la edad de los militantes para fingir ser estudiantes y poder entrar y salir de las casas de seguridad con mochilas cargadas de armas, propaganda, alimentos o el botín de las llamadas “expropiaciones revolucionarias”.

A diferencia de los Enfermos de Sinaloa, la Liga nunca pudo realizar su trabajo político-militar abiertamente, pero esto no significa que no hubiera espacios en los cuales se diera un libre intercambio de ideas y opiniones que permitiesen la consolidación de una cosmovisión y un proyecto político propio. Sería un error olvidar que la socialización en estas organizaciones no solo es hacia fuera, sino que también se desarrolla hacia su interior. En este sentido, aunado a los espacios públicos en los que la LC23S creó su red de contactos, llevo a cabo su trabajo de politización, reclutamiento y agitación, tanto las cuevas y campamentos como las casas de seguridad fueron fundamentales para el surgimiento y consolidación de un proceso de socialización propio. A primera vista podría parecer que, debido a la naturaleza ilegal de las actividades desempeñadas por la Liga, serían pocos los espacios en los que pudieron haber desarrollado sus procesos de socialización. Sin embargo, esta percepción estaría lejos de la realidad

3) Prácticas comunes entre militantes y simpatizantes

Una vez dentro de la organización, los militantes de la Liga pasaban a formar parte de alguna de sus brigadas. Por lo general, los nuevos reclutas pertenecían a la célula específica dirigida por la persona que los abordó por primera vez, aunque el intercambio de militantes no era poco común. Según las preferencias y habilidades personales de cada nuevo militante, eran libres de escoger en que área desempeñar sus labores: en la redacción de revistas, panfletos y su repartición; en la formación política y militar de sus compañeros; la participación en expropiaciones y demás actividades político-militares; entre otras (Claudia, 16 de septiembre de 2021).

Fuera de algunos casos excepcionales, esta flexibilidad en la designación de tareas permitía cubrir las deficiencias dejadas por la Coordinadora Nacional y los Coordinadores

Estatales, especialmente en los aspectos de educación política y militar. Los militantes más avanzados en la cuestión política se encargaban de dirigir las discusiones teóricas, así como de asignar las lecturas correspondientes. De igual forma, los miembros que, ya fuese por motivos personales o familiares, contaran con un buen manejo de las armas eran los encargados de entrenar a sus compañeros.

En cuanto al funcionamiento formal de la organización, no existía un reglamento escrito al cual remitirse. Lo más parecido que llegó a emplearse, al menos en una de las células hermosillenses, fue un documento conocido por los militantes como *Normas y principios del Partido Comunista de la Unión Soviética* (Navarro, 23 de julio de 2021). A pesar de tal carencia, se tenía claro que una de las obligaciones presentes en todas las células era la participación en los círculos de discusión y estudio, así como la lectura permanente de textos clásicos del marxismo y de los publicados por la propia Liga.

Cada célula seguía sus propios lineamientos, aunque, existían ciertas medidas de seguridad obedecidas por todas las células hermosillenses. Existía entre los militantes un acuerdo implícito de que, una vez dentro de la organización, se debía abandonar el consumo de alcohol, marihuana y otras drogas psicotrópicas. *Gloria* dijo que “no debíamos fumar, no debíamos pistear. Ni fumar marihuana, nada de eso, porque eran desviaciones pequeñoburguesas que te distraían del motivo, de la estrategia. Imagínate, te empedas y empiezas a hablar” (2017).

La prohibición de estas sustancias obedecía a dos razonamientos: el primero tenía que ver con la seguridad de los militantes, pues se buscaba evitar el riesgo de hablar acerca del quehacer de la organización con personas ajenas o infiltradas; por el otro lado, se seguía

una idea similar a la propuesta guevarista del “hombre nuevo”, según la cual se buscaba formar una sociedad nueva ajena a los vicios del antiguo régimen.

Dentro de estos lineamientos extraoficiales se encontraba la que denominaré la “regla de los tres días”: en caso de que alguno de los militantes de la LC23S fuese detenido por la policía o el ejército, se debía aguantar cuando menos tres o cuatro días de interrogatorios y tortura, con el propósito de que el resto de militantes pudieran realizar “juntas de reencuentro”, que eran visitas a lugares previstos como puntos de reunión en caso de una separación debido a una persecución policiaca, o abandonar las casas de seguridad o reestructurar de las brigadas (Claudia, 2021). José Alberto Guerrero cuenta su experiencia tras ser detenido en enero de 1974:

Me habían identificado como guerrillero y querían que les dijera quiénes eran los demás. [...] siempre habíamos previsto que si a alguien lo aprehendían, necesitaríamos aguantar por lo menos tres o cuatro días para que los demás desocuparan las casas de seguridad y dos las cosas que podían comprometernos, eran dos casas de seguridad que teníamos aquí (Verdugo, 2016, p. 127).

De igual manera, dentro de las prácticas comunes de las brigadas se pudo identificar el principio marxista-leninista de actuación “por todos los frentes”, por el cual los militantes de la LC23S debían mantenerse como parte activa de su comunidad, ya fuese campesina, obrera o estudiantil. Se esperaba que, mientras las condiciones de seguridad así lo permitieran, los miembros de la Liga siguieran influyendo en el acontecer político de la localidad. Si cambiaban las condiciones, entonces estaban obligados a abandonar la llamada

“vida civil” y pasar a la clandestinidad de tiempo completo, cortando contacto con familiares, amigos y conocidos. *Gloria* describe el objetivo de dicho principio de la siguiente manera:

“Tenías que vincularte, [...] era la vinculación con el sector con el que estabas. Tenías que estar ahí. Estabas en las dos partes, tú mantenías [...] tu apariencia, lo que eras, [por ejemplo] estudiante. Te mantenías como estudiante y trabajabas y tratabas de ver si podías [hacer] que más gente se integrara” (2017).

La estructura organizativa de la LC23S no contemplaba figuras de simpatizante o adherente, solo estaban las células que formaban parte de comités zonales; los cuales, a su vez, estaban supeditados a las coordinaciones regionales. La naturaleza clandestina de la militancia dificultaba organizar grupos de personas que no estuvieran comprometidas de tiempo completo al proyecto político de la organización. Sin embargo, en la práctica, la figura del simpatizante era importante dentro de las estrategias político-militares de la organización. No existía una única manera de tratar con esta figura, por lo que cada célula se conducía bajo sus propios lineamientos.

En el caso urbano, se observa dos categorías de “simpatizantes”: por una parte, los líderes obreros y campesinos; por otra parte, las amistades y gente de confianza. En el caso de los primeros, se trataba por lo general de jóvenes obreros que se prestaban a servir de correo y contacto entre células de la LC23S y sus compañeros trabajadores (Paz, 10 de noviembre de 2017). Dependiendo del nivel de participación y confianza que se tuviera hacía estas personas, podían considerarse como posibles reclutas para la organización (*Claudia*, 18 de septiembre de 2021). Sin embargo, la participación de tiempo completo no era requisito para entablar relaciones con ellos. Para inicios de 1975 la escalada en la violencia desatada

por el Estado, como medida contrainsurgente, llevó a que se desarrollara un estado de paranoia, tanto por parte de los guerrilleros como de los trabajadores. Para la segunda etapa de existencia de la Liga Comunista 23 de Septiembre, el contacto directo entre células guerrilleras y grupos obreros y campesinos se volvió menos frecuente.

A los simpatizantes por amistad o confianza se les permitía la participación en actividades de baja importancia estratégica; se caracterizaban por haber tenido una fuerte amistad previa con alguno de los militantes, o por haber pertenecido previamente a la Liga. Tal fue el caso de Jesús Antonio Valenzuela Valdez quien tras su deslinde con la organización a finales de 1973 volvió, años después, a tener contacto con algunos de sus compañeros. Valenzuela no se reincorporó a la Liga, pero apoyó con la repartición del periódico *Madera* y demás propaganda en la Ciudad de México (Valenzuela, 23 de septiembre de 2021).

También pertenecían a esta categoría de simpatizantes aquellos individuos que, por falta de compromiso político con la organización, no se les podía confiar lo suficiente para permitirles una participación completa en la lucha revolucionaria. A los militantes reconocidos de la organización se les exigía abstenerse del consumo de alcohol y drogas, así como que mantuvieran un perfil bajo. Romper con estas reglas significaba el deslinde, en el caso de aquellas personas que ya perteneciesen a la organización o la no incorporación en el caso de quienes estuviesen interesados en militar. En palabras de una exmilitante hermosillense: “Había otros dos que se juntaban [con nosotros], pero no eran de toda confianza. Nosotros éramos personas muy dedicadas, estábamos al 100% dedicados y ellos [no], era peligroso, los otros dos batos se iban de pachanga. Eso representaba un peligro” (Claudia, 18 de septiembre de 2021).

Entre los militantes de la sierra que venían haciendo trabajo político desde hacía varios años bajo la bandera del M23S o que provenían de otras organizaciones, el papel del simpatizante resultó un asunto controversial. Como se ha mencionado anteriormente, los militantes del M23S tenían una visión diferente de lo que debería ser el trabajo político en las zonas serranas y rurales: la construcción de relaciones y alianzas políticas con pobladores y líderes indígenas y campesinos. Dicho trabajo se realizaba con el objetivo de construir un ejército revolucionario a futuro, a través de la educación y concientización de cuadros locales. Gracias a las relaciones establecidas por Juan Rojas y Arturo Borboa, los militantes provenientes del M23S lograron crear una red de simpatizantes que les permitió el acceso a insumos y recursos como alimentos, ropa y resguardo. De igual forma, fue a través de este contacto con la población que los integrantes de la LC23S recibían información acerca del paradero y movilización de las fuerzas de seguridad del Estado (Ávila, 2021). Tras el deslinde voluntario de Rojas y Borboa, y el involuntario de Eleazar Gámez, los antiguos militantes del M23S que continuaron trabajando con la LC23S lograron mantener las relaciones con los pobladores, aunque con un grado de participación reducido.

La controversia en torno al papel de los simpatizantes radica en la concepción que tenía la Coordinación Nacional de la Liga acerca del papel del campesinado y los indígenas en el proceso revolucionario, así como de la estrategia foquista con la cual pretendían desarrollar la lucha guerrillera en la Sierra Madre Occidental. Recordemos que, en palabras de Topete, “dentro de la LC23S se tenía la concepción de que orgánicamente todo el ‘partido’ era parte del ejército no así todo el ejército formaría parte del ‘partido’” (2009, p.23). Mientras que los ex-M23S tenían una concepción más cercana a la propuesta maoísta de Guerra Popular Prolongada, los militantes foráneos llegaron con una visión foquista de corto

plazo de construir un ejército popular compuesto por campesinos y que estuviera supeditada a la dirección de la vanguardia guerrillera.

En sus memorias, Angulo Luken asegura que varios de los comandos armados rurales de la Liga en la zona serrana habían cometido el “error” de confundirse ellos mismos y su lucha con la de la población. *El General* mantenía una actitud altamente crítica de la relación con la población de los militantes bajo su supervisión, pues la consideraba pequeñoburguesa y oportunista (Angulo, 2011). Contrario a los deseos de Angulo Luken, los militantes foráneos se ven obligados a adoptar un enfoque similar al de sus compañeros ex-M23S, dedicándose a la construcción de relaciones políticas y alianzas con la población más que a su reclutamiento. Este aparente acto de desobediencia les ganó el regaño por parte de la Coordinadora Nacional, así como su eventual deslinde de la organización.

El conflicto entre Angulo Luken y lo que él entendía como posturas pequeñoburguesas puede verse claramente en la actitud que tomó con el comando guerrillero que se encontraba en San Rafael de Orivo, Chihuahua. Tras varias discusiones con *El General*, el comando decidió deslindarse del Coordinador y, por lo tanto, del proyecto revolucionario de la Liga Comunista 23 de Septiembre. Sin embargo, tras una serie de enfrentamientos con las fuerzas del Estado en los que perdieron la vida varios militantes, decidieron buscar ayuda con sus excompañeros del Quiriego. Éstos, siguiendo la línea política de Angulo Luken, les negaron asistencia. La exmilitante Alejandrina Ávila describe de la siguiente manera la situación vivida en San Rafael de Orivo tras la partida de los miembros de la LC23S:

Se quedan sólo los rarámuris, los encabeza Pedro Rodríguez. Él era un rarámuri que se integró con el [Movimiento] 23. Dice Topete que va un grupo

de tres o cuatro rarámuri a pedirles a los del Quiriego que se unan con ellos para seguir luchando en San Rafael de Orivo. Él dice que Gabriel Domínguez tomó la decisión de decir: “No, no los vamos a ayudar, porque ellos ya no son de la Liga, ellos corrieron al *General*”. Entonces, éstos se quedaron solos y los mataron a todos, a los rarámuris. Los fueron matando poco a poco. (Ávila, 18 de agosto de 2021).

El abandono de la lucha política y armada por parte de los militantes de la LC23S de la zona serrana trajo graves consecuencias para las personas que habían prestado sus servicios como guías, traductores y correos. Aunque los comandos guerrilleros rurales sufrieron muchas bajas, el grupo que sufrió más la represión fue la población nativa de indígenas rarámuris. Meses después del abandono del experimento rural de la Liga, el Estado mexicano, a través de sus fuerzas de seguridad, llevó a cabo lo que podría considerarse una campaña de exterminio hacia aquellos poblados considerados como posibles “simpatizantes” o focos de oposición (Cedillo, 2019).

4) Formación de cuadros: educación militar y política

Como se vio anteriormente, dentro de los objetivos establecidos por la Coordinadora Nacional de la LC23S en el momento de su fundación, la preparación política de nuevos cuadros y el hostigamiento constante en contra de las fuerzas del Estado mexicano son presentadas como tareas prioritarias. Entendemos por cuadros, del francés “cadre”, a núcleos o subgrupos de personas pertenecientes a organizaciones más grandes, en este caso políticas, los cuales están entrenados en áreas específicas y que cuentan con la capacidad de dirigir y educar a otros (Merriam-Webster, s.f.). La formación de cuadros políticos ha sido desde un principio una preocupación para los pensadores marxistas, como Lenin o Gramsci, quienes

han dedicado una amplia discusión teórica al tema. El Instituto Nacional de Estudios Políticos (INEP) afirma que: “Para Lenin era esencial que dentro del partido comunista existiese un gran número de miembros que pudieran dirigir, en estrecho contacto con las masas, las distintas organizaciones en cualquier momento y reconstituir al partido en caso de represión” (S.F.).

Con el objetivo de formar dichos cuadros, se establecieron Coordinaciones Políticas y Militares las cuales se encargarían de llevar a cabo estas tareas. Desde la Coordinadora Nacional se designó a María de la Paz Quintanilla como encargada de la educación política en Sonora (Paz, 10 de noviembre de 2017), mientras que Juan Aguado Franco, quien ya había militado anteriormente en Los Macías y que tenía experiencia en el manejo de las armas, fue nombrado encargado militar de la zona correspondiente al sur de Sonora y Sinaloa (Aguado, 10 noviembre 2017). El papel del encargado militar consistía en ser una especie de instructor en el manejo de las armas. A pesar de los esfuerzos de dichas coordinaciones, los trabajos de educación militar y política estuvieron lejos de ser homogéneos en su realización y su resultado.

Recordemos que para la Liga Comunista 23 de Septiembre, las actitudes militaristas, tales como secuestros y ejecuciones de grandes figuras, arosecuestros, detonaciones de explosivos, entre otros, eran entendidas como expresiones del oportunismo pequeñoburgues (Madera 3bis). A pesar de que se condenaban este tipo de prácticas, la instrucción militar estuvo contemplada desde un principio en el proceso de desarrollo de las distintas células y sus militantes. Debido a que la mayoría de los militantes de las células urbanas de la Liga en Sonora no provenían de organizaciones armadas sino de movilizaciones estudiantiles, su acceso a las armas era limitado y disparejo.

En algunos casos, la Liga les proveía de un alijo de armas como escopetas y pistolas. Sin embargo, en otros casos, se les entregaba a cada militante una pistola y se esperaba que practicaran por si solos su correcto cuidado y manejo. Por lo menos en una ocasión se le encargó a una célula de Navojoa la obtención de su propio equipo militar, ya fuese a través de contactos familiares u de otro tipo (Valenzuela, 17 de septiembre de 2021). En Hermosillo la práctica más común de entrenamiento militar consistía en ir a zonas despobladas a las afueras de la ciudad y practicar el manejo de armas cargadas, así como entrenamiento físico con la pistola o el rifle en mano. Los encargados de la instrucción militar eran militantes que tenían mayor experiencia en el uso y acceso a las armas. (Navarro, 26 de julio de 2017).

El grupo de militantes mejor preparados en el manejo de las armas y la estrategia militar del Comando Sonora era aquel que tenía presencia en la Sierra Madre Occidental. Esto se debía a dos factores, uno de carácter histórico-contextual y el otro de carácter político-estratégico. Al tratarse de un espacio rural, la mayoría de los militantes de la zona venían de un pasado campesino donde la caza de subsistencia era una práctica común, aunque las familias en esta zona no tenían acceso a armas de alto calibre o de manufactura reciente, sí contaban con el conocimiento acerca de su manejo y mantenimiento.

Figura 22: Pertrechos y propaganda incautada a miembros de la LC23S tras su detención



Fuente: El Sonorense, 20 de febrero de 1974.

Aunado a lo anterior, la mayoría de los líderes de los comandos armados de la sierra provenían de movimientos campesinos activistas, así como de experimentos guerrilleros anteriores. Tal fue el caso, por ejemplo, de Salvador Gaytán Aguirre y José Adalberto Gaxiola Mendivil, quienes habían participado activamente desde la segunda mitad de la década de los sesenta, a través de la Unión General de Obreros y Campesinos de México (UGOCM), en el movimiento a favor del reparto agrario, para luego unirse a la lucha armada en la guerrilla de Arturo Gámiz (del GPG) y Óscar González Eguiarte (del M23S, posteriormente GPG-AG). Su experiencia armada no se limitaba únicamente al manejo de las armas, si no al desarrollo de estrategias militares con las cuales enfrentar a las fuerzas de seguridad del Estado. Al ser personas nativas de la región, su conocimiento acerca de las características topográficas, el clima, la flora y la fauna, así como los usos y costumbres de las comunidades de la región, les fue de amplia utilidad a la hora de emprender su experimento foquista en la zona.

Para los dirigentes de la LC23S, la tarea de crear un ejército revolucionario en la Sierra Madre Occidental resultaba impostergable y fue de las primeras acciones político-militares que se emprendieron en la zona. A diferencia de las células guerrilleras de las ciudades, las cuales tenían como tareas prioritarias la agitación y distribución de propaganda política, los comandos serranos se plantearon desde un principio como sitios de constante enfrentamiento con las fuerzas del Estado. El exmilitante Miguel Topete enuncia las razones de carácter político-estratégico por las cuales la preparación militar de los militantes serranos estuvo mejor desarrollada:

Quando se fundó la LC23S, sus principales dirigentes tenían clara la idea de que el grueso del ejército revolucionario tenía que formarse en las zonas rurales, en donde se tendría que ir fortaleciendo paso a paso nuestra capacidad militar [...] mediante una práctica guerrera de hostigamiento permanente a las fuerzas militares del enemigo; y que mientras este ejército no tuviera la fuerza suficiente para liberar territorio y pasar a desarrollar una guerra de posiciones, se participaría en la guerra con una táctica de guerra de guerrillas (2009).

Los comandos guerrilleros de la sierra sonoreense y chihuahuense contaban con personajes de amplia experiencia estratégico-militar, pero los cuadros medios o bajos no tenían una buena instrucción armada. Al igual que en el caso urbano, la necesidad de reclutar a militantes nuevos y dispuestos a abandonar la ciudad para internarse a la sierra dio como resultado una disparidad entre comandos con miembros altamente experimentados y otros con personas que apenas habían sido entrenados en el manejo de las armas. Incluso en el caso de aquellos militantes con amplia experiencia en el manejo de pistolas y rifles, la topografía de la región resultó una barrera difícil de superar, especialmente para los originarios de

ambientes netamente urbanos. Angulo Luken, describe la situación en el comando de San Rafael de la siguiente manera:

Cuando el ejército se acuarteló alrededor de la zona y empezó a hacer pequeñas incursiones [...] los campesinos sintieron el calor y se empezaron a incorporar al grupo. Se les empezó a dar un entrenamiento rudimentario: conocimientos de las armas, desplazamiento, preparación de emboscadas, conocimiento del enemigo y un poco de disciplina militar, y claro, el rollo. [...] Los campesinos incorporados al grupo estaban mal entrenados, indisciplinados y sin experiencia en esas lides (2007, pp. 81 y 85).

Los primeros meses del experimento foquista de la Liga estuvieron plagados de accidentes y heridas, producto de la falta de experiencia con el terreno escabroso donde desempeñaban sus tareas (Topete, 2009). La presencia de varias enfermeras en los comandos serranos fue crucial para su supervivencia. En cuanto al entrenamiento militar, la condición de clandestinaje y la naturaleza del espacio mismo, lleno de valles y cuevas, no permitió una práctica abierta en el uso de las armas, ya que cualquier ruido podía alertar a las fuerzas castrenses (Ávila, 2021). De tal forma que los militantes serranos fueron acumulando experiencia en los mismos enfrentamientos con el ejército y la policía judicial.

En cuanto a la educación política de los comandos de Sonora, cuestión fundamental en los planteamientos teóricos de la Liga, fue puesta bajo la supervisión de María de la Paz Quintanilla, designada por la Coordinación Regional como la encargada (o coordinadora) política en el estado. En este papel era la encargada de coordinar las acciones de las distintas células urbanas, era enlace entre ellas y los comandos de la sierra, así como de educar a los militantes en los conceptos básicos del marxismo y los planteamientos ideológicos de la Liga.

Por tales funciones fue considerada por los aparatos de seguridad y los medios de comunicación como la líder principal de la organización en el estado.

Se esperaba que cada integrante de las distintas células fuera miembro del partido y, por ende, estuviera capacitado en la teoría revolucionaria (Topete, 2009). Se exigía a los militantes la lectura de documentos básicos del marxismo, tales como el *Manifiesto Comunista* y *El Capital*, de Karl Marx; *Qué Hacer?* y *La enfermedad infantil del izquierdismo en el comunismo*, de Lenin. De igual forma, la lectura de los documentos y postulados teóricos fundacionales de la Liga, tales como la Teoría de la Universidad Fábrica, los llamados “*Madera viejos*” (los números 1, 2, 3 y 3bis) y el documento conocido posteriormente como *Cuestiones fundamentales del movimiento revolucionario* (Santiago, 24 de septiembre de 2017). A través de círculos de estudio y sesiones de discusión, se esperaba que los militantes fueran avanzando en su preparación teórica y política.

A pesar de no existir una restricción formal, desde la Coordinadora Nacional se desalentaba la lectura de textos maoístas, guevaristas y demás teóricos “pequeñoburgueses” (Ávila, 2021). Dicha postura se fundamentaba bajo el argumento de mantener una cohesión teórica de las células y evitar “desviaciones” políticas y estratégicas. Sin embargo, en la práctica, textos como *La guerra de guerrillas*, de Ernesto “Che” Guevara, *Un proletariado sin cabeza*, de José Revueltas, y *La crítica de las armas*, de Régis Debray, entre otros, eran lecturas comunes entre los militantes.

En la intersección entre la educación militar y la política, se dio un fenómeno poco estudiado acerca del movimiento armado socialista de la década de los setenta: la cooperación entre organizaciones guerrilleras. Durante su tiempo en Sonora, María de la Paz se contactó con militantes sonorenses de las Fuerzas Revolucionarias Armadas del Pueblo (FRAP) y

estableció una especie de alianza estratégica con ellos. A continuación, se reproducirá un fragmento de la entrevista realizada a María de la Paz Quintanilla y a Juan Aguado Franco²² en donde se habla sobre el tema:

JA: Nosotros entrenábamos a gente del FRAP. Y el FRAP entrenaba a gente de nosotros. Había ese intercambio. Era una relación de tipo amistoso, pero en realidad era una relación política profunda, porque éramos grupos coincidentes. Aunque en la cuestión de la estrategia concreta, de la táctica concreta, en ese momento no coincidíamos, pero no nos peleábamos.

MP: Ellos, ellos sí eran más militaristas [...] Ahí en la zona de Obregón, con los compañeros del FRAP, ellos me ayudaban en la cuestión militar, a través de Pablo [Reichel Bauman]²³. Y yo en la formación política de los cuadros del FRAP, que no era Liga. Había una relación cordial, pero de cooperación, pues no éramos la misma organización (2017).

Al igual que en el caso de la cuestión militar, la formación política de los militantes fue dispareja. A pesar de contar con el enlace directo con la encargada política del estado, la responsabilidad de dirigir las sesiones de estudio y discusión recaía sobre quien fungía como líder de cada célula. Estas personas debían ser las mejor preparadas de cada grupo, pero dicha práctica daba lugar a una disparidad en el nivel de conocimiento teórico entre células. En palabras de *Santiago*, quien describe la situación al interior de su célula: “Empecé a ver el bajo nivel de preparación política de la mayor parte de los participantes. Salvo los dirigentes,

²² Fragmento de la entrevista realizada por el autor durante dos sesiones en noviembre de 2017 (editada por el autor, respetando en todo lo posible la declaración textual).

²³ Ciudadano alemán con residencia en Esperanza, Sonora, quien colaboró con las FRAP en su entrenamiento militar y que fue detenido el 16 de marzo de 1976, y encontrado muerto dos días después durante su traslado a la Ciudad de México. Se sospecha que fue torturado durante el trayecto, muriendo a causa de sus heridas.

quienes tenían una formación teórica. [...] Pero la mayor parte de cuadros medios y muchos de los cuadros de bajo, [tenían] poca preparación” (24 de septiembre de 2017).

La cuestión de la educación política en los comandos de la sierra resultó un punto contencioso, pues la Liga no concebía los espacios rurales como un lugar para la formación de miembros del Partido, sino miembros del ejército revolucionario, por lo que la construcción de cuadros educados políticamente no era una tarea prioritaria. Sin embargo, para la Coordinadora Nacional y los Coordinadores Estatales, los comandos guerrilleros serranos debían abordar a los posibles nuevos miembros, así como simpatizantes, con los postulados de la Liga, la lucha revolucionaria internacionalista y la teoría marxista. La controversia se dio con muchos militantes serranos que consideraban lo anterior una tarea imposible o, incluso, innecesaria.

Desde una visión pragmática, los militantes de los comandos serranos buscaban acercarse a la población rural utilizando un lenguaje más sencillo y cercano a sus problemáticas locales. Se hablaba de la lucha contra los cacicazgos y el acaparamiento de tierra, así como de la desaparición de prácticas feudales y la distribución de las riquezas. Se esperaba que, a través de este discurso, la población se uniera a su lucha o, por lo menos, les brindaran apoyo. Este tipo posturas, alejadas de los planteamientos teóricos marxistas, chocaban con aquellas de los Coordinadores Estatales. Ante aquellas actitudes denominadas como oportunistas y pequeñoburguesas el segundo coordinador de los comandos de la sierra, Leopoldo Angulo Luken, decidió deslindarse de aquellos grupos que consideraba como “desviados” de la línea de la Liga.

A pesar de la disparidad en los procesos de educación política y militar a lo largo de la historia de la LC23S, la producción y distribución del periódico *Madera* fue una constate

de ambas etapas de la organización. Para algunos investigadores, así como exmilitantes, la historia de la Liga concluyó en enero de 1981, tras la ejecución de su último líder histórico, Miguel Ángel Barraza, el Piojo Negro. Tras su pérdida, la organización publicó la última edición de su periódico *Madera*, el número #58, en junio de ese año. Según palabras del exmilitante, Jaime Laguna Berber, “aunque algunos compas hubieran hecho trabajo político, cuando no hay *Madera*, no hay Liga, sencillamente porque la distribución de este órgano de propaganda era la actividad central de la organización” (Castellanos, 2015, p.309).

La importancia del periódico *Madera* radicaba en que este debía cumplir una doble función: la de órgano informativo sobre acontecimientos nacionales y actividades de la Liga; así como herramienta de discusión y propagación de los ideales políticos de la organización. Siguiendo la línea político-estratégica planteada por Lenin en su obra *Qué hacer?*, así como el ejemplo mismo del periódico *Iskra* del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POS DR), la creación, distribución y discusión del periódico debía cumplir una función más allá de simplemente describir lo acontecido, sino de analizarlo y dotarlo de un significado de clase. De igual manera, debía servir como un medio a través del cual se discutieran y promovieran los ideales revolucionarios y se organizara la clase obrera (Lenin, 2010). Por ello en ambos períodos de la LC23S, la reproducción y repartición de *Madera* era una tarea prioritaria.

A través de los enlaces nacionales se hacía llegar copias de los tomos del *Madera* a los diferentes Comités Editoriales de las zonas de acción. Dichos comités, conformados por militantes voluntarios, se encargaban de reproducir los periódicos con mimeografos (Claudia, 16 de septiembre de 2021). Los tomos del *Madera*, por lo menos a nivel local, no eran reproducciones perfectas del documento publicado por el Comité Editorial nacional, ya

que se modificaban parcialmente para agregar información relevante del acontecer local (Navarro, 23 de julio de 2021).

A su vez, cada célula guerrillera estaba encargada de crear un comité de repartición, el cual se encargaría de distribuir el periódico en distintas partes, ya fuese en fabricas, zonas de construcción o en los centros de estudios superiores. Para finales de los sesenta, era normal encontrar las publicaciones de la Liga en salones, baños y bancas de la Universidad de Sonora (Navarro, 26 de julio de 2017). A pesar de lo extenso que es el estado de Sonora, los Comites Editoriales llevaban a cabo su trabajo principalmente en Hermosillo. Copias de este periodico eran entregadas a correos, los cuales se encargaban de entregar la publicación a las distintas células del estado (Claudia, 18 de septiembre de 2021).

Dentro de los circulos de estudio los militantes discutian tanto los acontecimientos nacionales presentados en el periodico, así como los postulados teoricos ahí presentes. Las sesiones de discusión del *Madera* eran dirigidas por los miembros mas avanzados teoricamente o con mayor antigüedad, quienes se encargaban de moderar la discusión en la célula, pero siempre procurando que no se alejara de la línea proveniente de la Coordinadora Nacional (Santiago, 24 de septiembre de 2017).

Los militantes eran libres de expresar sus ideas y oposiciones a ciertas posturas propuestas por los dirigentes o moderadores, siempre y cuando se llegara a un consenso al final de la reunión y se aceptara una postura general, siguiendo la propuesta leninista de centralismo democrático. Una vez acabada la discusión no se debía cuestionar los acuerdos a los que se había llegado. Para Lenin: “la lucha espontánea del proletariado no se convertirá en su verdadera ‘lucha de clase’ mientras no esté dirigida por una fuerte organización de revolucionarios” (2010, p.194), por lo que era el papel del partido de vanguardia, bajo la

dirigencia de revolucionarios profesionales, guiar a las masas anteriormente organizadas de manera espontánea. Dichos individuos, versados en la teoría revolucionaria, debían centralizar las funciones de dicha organización. En su libro *Que hacer?*, Lenin plantea que “la centralización de las funciones clandestinas de la organización no implica en modo alguno la centralización de todas las funciones del movimiento” (pp. 180 – 181), sino que permite la rápida toma de decisiones y evita que la organización sea fácilmente “cazada” por las fuerzas del Estado.

Si bien este centralismo democrático practicado al interior de las brigadas tenía como objetivo la homogeneidad del pensamiento y la toma de decisiones, procurando evitar el surgimiento de posturas contrarias a la Coordinación Nacional, ésta dependía de la preparación teórica de los dirigentes locales, los cuales podían estar o no preparados para llevar a cabo esta tarea. Esta práctica se prestó a que se dieran conflictos internos acerca de la interpretación que se le debía dar a los acontecimientos nacionales, así como a los postulados teóricos de la organización. A continuación, se reproduce un fragmento de la entrevista realizada a Santiago en el cual el exmilitante describe de manera humorística su experiencia en uno de los círculos de estudios de Navojoa que se desarrolló en 1974²⁴:

Un dirigente nos había reunido para una discusión de los Madera. Estábamos leyendo el Madera y en una de esas páginas había una frase en la que se planteaba algo y terminaba la frase donde doblaba la hoja. Había una parte más de la frase pero que estaba oculta, porque al abrir la hoja, al estar doblada,

²⁴ Fragmento de la entrevista realizada por el autor en septiembre de 2017 (editada por el autor, respetando en todo lo posible la declaración textual).

no se veía. Entonces [el dirigente decía] que “estas acciones se justifican”. Pero [el Madera explicaba] por qué NO se justifican.

Yo les decía: “yo creo que hay un problema ahí”. Planteé en la discusión: “A mí me parece que eso no es congruente con el planteamiento de la Liga, con lo que se ha planteado en los Madera”. [El dirigente contestó] “Ah compañero, entonces se ve que usted está teniendo desviaciones oportunistas pequeño burguesas” y empezó una discusión fuerte, pues él era un dirigente regional. [Él] empezó una justificación.

Yo llegué, agarré el Madera y lo abrí bien. “Mira maestro”, le dije. Se quedó colorado. “Ah bueno, sí, hay que revisarlo con cuidado. Para que veas que hay que analizar” y se justificó. Y ya pasó a otro tema. Pero pensé “¿Este es el nivel en el que estamos discutiendo? ¿Aquí realmente habrá una comprensión profunda o simplemente se sigue automáticamente los lineamientos de [los dirigentes]?”.

Si bien es cierto que el periódico *Madera* era visto como la piedra angular que sustentaba y diferenciaba el proyecto revolucionario de la Liga del resto de los grupos armados de corte socialista de la época, en la práctica dependía completamente de la presencia de algún tutor o instructor que fuera capaz de guiar su lectura y discusión. La utilidad de este medio como herramienta propagandística y pedagógica perdía efectividad si no se contaba con alguien capaz de expresar la complejidad teórica de la organización a un estilo llano. Pero el propio rigor ideológico de las Coordinaciones Zonales, alineadas en la ortodoxia de la Coordinación Nacional, les impidió avanzar en esa dirección.

Por su parte, la presencia del periódico *Madera* en los comandos político-militares de la Sierra Madre Occidental fue prácticamente inexistente. Esto obedecía a dos razones: una logística y otra ideológica. En el caso de la primera, el acceso a las publicaciones de la Liga resultaba extremadamente difícil, debido al cerco militar establecido a mediados de 1974 y el cual dejó prácticamente incomunicadas a los tres comandos guerrilleros. Ávila Sosa describe esa situación de la siguiente manera:

En un testimonio que escribió [uno de los coordinadores] dice que él organizaba con nosotros discusiones del *Madera* y es mentira. Nosotros el *Madera* no lo volvimos a ver desde que nos subimos [a la sierra], nunca nos subieron un *Madera*. Quién pudiera haber subido el *Madera* era el Tío [Arturo Borboa] porque el Tío subía a pie. Pero ellos que subían por el tren, él subía por el tren y no [hubiera podido] porque había soldados en el tren y registraban a la gente (1 de septiembre de 2021).

En cuanto a la segunda razón, vale la pena recordar que para la Coordinadora Nacional el objetivo de los comandos rurales de la sierra no era la construcción de células ni reclutamiento de miembros del partido, sino la creación de un ejército revolucionario que siguiera las instrucciones de los líderes regionales. De ahí que la instrucción política de los cuadros rurales acerca de los postulados teóricos de la Liga resultaba una tarea secundaria, sino es que terciaria.

Al llegar a la segunda etapa de la Liga Comunista, y tras abandonar el experimento de guerrilla rural en la Sierra Madre Occidental, las restricciones teóricas al interior de la organización se relajan. Esto se debió a la ausencia de posturas internas en conflicto. Durante el período de “rectificación” existía una discusión permanente al interior de la Liga, se

alentaba la aportación de nuevas ideas y postulados teóricos con los cuales guiar a la organización. Por lo mismo, a la hora de educar políticamente a los nuevos militantes, cada célula proporcionaba los periódicos *Madera*, documentos básicos de la organización, así como una variedad ecléctica de bibliografía para leer.

Consideraciones Finales

El surgimiento de organizaciones armadas o guerrillas de corte socialista en el México contemporáneo responde a una multitud de factores: un sistema político autoritario y cada vez más deslegitimado; el fracaso del llamado “milagro mexicano” y la subsecuente contracción económica; las dinámicas geopolíticas internacionales y producidas en el contexto de la Guerra Fría, entre otros. La historiografía usualmente pone énfasis en el movimiento estudiantil de 1968 de la capital nacional como el punto de inflexión e, incluso, como la matriz interpretativa desde la cual analizar el surgimiento de las organizaciones armadas de la segunda mitad del siglo XX. Esta interpretación ha perdido relevancia en los estudios históricos destinados específicamente a entender las dinámicas políticas y sociales que permitieron el surgimiento de decenas de organizaciones guerrilleras a lo largo del país, pero sigue teniendo un peso considerable en los investigadores ajenos a este tema.

El objetivo del presente trabajo es contribuir a la historiografía en torno a la guerrilla, específicamente acerca de la Liga Comunista 23 de Septiembre, presentándola como una organización multifacética y heterogénea, cuyo génesis y desarrollo es más complejo de lo que la anteriormente mencionada matriz de investigación pudiera sugerir. No solo eso, sino que se ha buscado complejizar el fenómeno guerrillero sonoreense a partir de la idea de que las estructuras organizativas, sus liderazgos y las relaciones entabladas al interior de la organización respondieron a dinámicas propias, ajenas, si no es que en oposición a los planteamientos de su Coordinación Nacional. La LC23S, se fundó el 15 de mayo de 1973 en Guadalajara, pero tuvo sus orígenes en otros proyectos y propuestas revolucionarias surgidas en diferentes zonas del país. Entre esos proyectos antecesores se encontraba el Movimiento 23 de Septiembre, posteriormente MAS23S, el cual desarrolló su actividad político-militar

en el sur sonoreense y formó parte de las organizaciones que participaron en el proceso fundacional de la Liga.

De igual manera, dentro de las organizaciones fundadoras de la LC23S se encontraban los llamados “Enfermos” de Sinaloa, el ala radical y dominante de la Federación de Estudiantes Universitarios de Sinaloa (FEUS). Dicha organización jugó un papel crucial en el desarrollo del movimiento estudiantil de la Universidad Autónoma de Sinaloa y, al unirse al proyecto de la Liga, formó uno de sus contingentes urbanos más amplios. La influencia de los Enfermos de Sinaloa en el movimiento estudiantil sonoreense se daría principalmente a través de estudiantes sonorenses foráneos que se encontraban estudiando en la UAS y que, al regresar a sus comunidades, compartían sus ideas y proyectos con amigos y familiares. Tanto el MAS23S como los Enfermos aportaron una gran cantidad de militantes cuya trayectoria de vida se encontraba relacionada más estrechamente con la clase campesina que con la clase obrera. Esta característica es esencial para entender los procesos de sociabilidad que fueron vividos tanto al interior de las brigadas sonorenses de la LC23S, como aquellas experimentadas con agentes externos.

Ambas organizaciones abonaron al bagaje teórico de la organización a través de la Tesis de la Universidad Fábrica, en el caso de los Enfermos, y la Teoría de la Vinculación Partidaria, por parte del MAS23S. Cada una de estas líneas política existentes al interior del llamado Comando Sonora, incluyendo la que seguía directamente los lineamientos de la Coordinación Nacional, tenía sus propias estrategias tanto político-militares, como de reclutamiento. Esta situación llevó a que surgiera una disputa interna por el control político e ideológico de la organización. La expresión más acabada de dicho conflicto fue

experimentada por los comandos rurales que se encontraban en la sierra fronteriza sureña de Sonora-Chihuahua.

En cuanto a la estructura de las brigadas y comandos de la LC23S en Sonora, así como a los liderazgos de las mismas, la investigación prueba la existencia de dos niveles distintos de organización: por un lado, la estructura “oficial” o formal, aquella planeada y asignada desde la Coordinación Nacional, con sus coordinaciones y comités propios; por otro lado, estaría la “de facto”, la estructura organizativa que existía en paralelo y que atendió las funciones que no fueron contempladas desde las Coordinaciones Nacionales o Zonales. De igual manera, es en este segundo nivel en el que surgieron liderazgos ajenos a los establecidos desde la capital y que fundamentaban su legitimidad en aspectos externos a la organización, como serían los relacionados con sociabilidades tradicionales: el carisma, el parentesco, la amistad, el compadrazgo, el paisanaje o la identidad.

Estos dos niveles estructurales jugarían un papel más relevante durante la primera etapa de la organización, cuando la Liga tenía mayor presencia tanto en los espacios urbanos como en los rurales. El surgimiento de liderazgos paralelos se dio principalmente en el experimento foquista de la LC23S. Para la segunda etapa, de 1976 a 1981, dichos niveles desaparecieron, debido a que la agrupación sufrió una contracción en sus actividades políticas y militares, y experimentó una paradójica diversificación de propuestas políticas pero unificadas bajo un único liderazgo indisputado, tanto a nivel nacional como estatal.

Por su parte, los procesos de sociabilidad experimentados por las células, brigadas y comandos sonorenses también fueron ampliamente influenciados por su entorno y el origen de los militantes. A pesar de que la Liga proclamaba ser la vanguardia del proletariado, la organización que funcionaría como guía y representante de la clase obrera y sus intereses en

el proceso revolucionario, la realidad de su composición fue un tanto distinta. Aquel sujeto considerado en un principio como el ideal para su proyecto político, el proletariado, fue sustituido teórica y prácticamente por otras clases y sectores de la sociedad: el profesorado, el estudiantado y, en el caso serrano, el campesinado indígena. Esto se debió a tres razones: las líneas políticas de los diferentes grupos con presencia en Sonora que fundaron a la LC23S (MAR23S, los Enfermos y en menor medida las FANR); la adopción de la Tesis de la Universidad Fábrica por parte de la Coordinación Nacional; y los espacios donde la Liga llevó a cabo su trabajo político/militar.

El Movimiento 23 de Septiembre, posteriormente MAR23S, había desarrollado una actividad política en los espacios rurales y semirurales del sur sonorense, principalmente en Obregón y los ejidos de la zona. De ahí que su proyecto político, ampliamente influenciado por la lucha agraria, tuviera principal resonancia con el sector campesino, el cual mostró disposición de apoyar su proyecto, ya fuera proporcionando militantes o simpatizantes. Por su parte, tanto los Enfermos como la Coordinación Nacional, habiendo adoptado la Tesis UF, veían al estudiante como la vanguardia ideal para el proletariado. Discursivamente estas dos líneas pretendían hablar en nombre de la clase obrera y su lucha, pero fueron estudiantes y profesores preparatorianos y universitarios los que principalmente ocuparon sus filas.

A pesar de que la militancia de la línea política dirigida por Gámez Rascón estuvo conformada en parte por estudiantes radicalizados del Instituto Tecnológico de Sonora, estos nunca hicieron una diferenciación explícita entre quienes podían o no formar parte de su organización. Esto le otorgó flexibilidad a la hora de acercarse a reclutar o realizar trabajo político en las comunidades serranas. A través de giras políticas y acciones militares de agitación y propaganda, la Liga consiguió establecer una amplia base de simpatizantes en los

espacios rurales, en los que se desarrolló un tipo de sociabilidad distinta, basada en gran medida en las relaciones de parentesco, amistad o compadrazgo, la cual es marcadamente distinta a aquella vivida en los centros urbanos, donde el reclutamiento solía ser un fenómeno más individual.

En cuanto a los espacios urbanos, el reclutamiento se dio principalmente en las Institutos de Educación Superior; aunque las tareas de agitación y propaganda en centros industriales y de construcción fueron frecuentes, nunca se volvieron espacios donde la Liga pudiera crear una verdadera esfera de influencia. Más bien fueron los círculos de estudios en la Universidad de Sonora, del internado de la Normal Rural, o las casas de estudiantes en Sinaloa, los espacios de socialización donde se dio una amplia difusión y propagación de ideas radicales, dentro de las que se encontraba el proyecto revolucionario de la Liga.

De igual o mayor importancia fueron las casas de seguridad y campamentos serranos como espacios en los que los militantes de la LC23S desarrollaron sus procesos de sociabilidad. A diferencia de los espacios urbanos y rurales, entendidos como espacios públicos, los campamentos y casas de seguridad fueron espacios privados, en los que no existía limitante para el libre intercambio de ideas entre quienes ahí se encontraban. Ya fuese a la hora de crear vínculos romántico-afectivos, de camaradería o de amistad; a la hora de intercambiar perspectivas del devenir revolucionario; o entrenar en aspectos militares y educarse políticamente en la teoría socialista, estos espacios fueron ideales para el surgimiento de una sociabilidad propia, con dinámicas y procesos que responden a la necesidad de mantener sus identidades ocultas.

En este sentido, se constata que al interior de cada brigada y comando se dio un proceso de sociabilidad distinto y propio, lo que afectó invariablemente la manera en la que

se desarrolló cada célula en sus tareas de educación política y militar; además, creó una disparidad entre los diferentes grupos y los propios militantes. De manera similar, al estar en relativo aislamiento (o en el caso de los comandos serranos, absoluto), permitió que las diferentes brigadas desarrollaran sus propias prácticas, reglamentos y medidas de seguridad. A pesar de los intentos de la Coordinación Nacional de unificar no solo los distintos proyectos políticos sino también las prácticas al interior de las células, en los hechos esto resultó poco fructífero.

El fenómeno guerrillero sonoreño y los procesos de sociabilidad que originó, se muestran más complejos de lo que podría inferirse de la literatura escrita hasta el momento sobre este tema, pues fueron el resultado de un amplio proceso de radicalización política que tuvo su origen en los procesos de modernización industrial y agrícola, así como la subsecuente desigualdad en la distribución de la riqueza; así como la influencia del 68 de la Ciudad de México en algunos estudiantes universitarios que se unieron al movimiento armado. Sin embargo, sería un error simplificar las motivaciones de los militantes a estos aspectos.

De especial importancia es señalar que los lugares donde mayor influencia tuvo la LC23S, durante su primera etapa, fueron aquellos con una amplia presencia de campesinos e indígenas. En cuanto a los espacios urbanos, la mayoría de los estudiantes que se unieron a la organización tenían un pasado activista dentro del movimiento universitario. Me parece que sería un error considerar el surgimiento de cuadros armados al interior de las IES como “degeneraciones” del movimiento estudiantil, ya que son ideas que solo sirven para reproducir versiones limitadas y tendenciosas del fenómeno estudiado. Este trabajo es una invitación a abandonar los prejuicios relacionados a la conformación de las brigadas

guerrilleras sonorenses, de sus motivaciones detrás de la militancia y así como de la manera en la que constituyeron sus estructuras organizativas.

Un tema pendiente en este trabajo es aquel relacionado a los movimientos estudiantiles en el sur de la entidad. Mucho se ha escrito sobre los movimientos estudiantiles y sindicales que tuvieron lugar en la Universidad de Sonora, tanto en 1967 como en el resto de la década de los setenta, pero poco o nada se ha escrito acerca de lo acontecido en las preparatorias adscritas o en otros IES, como el ITSON, durante aquellos años. A lo largo de esta investigación, ambas instituciones y sus respectivos movimientos cobraron una relevancia que no había sido contemplada en un principio. Sin embargo, ya que estos no se encontraban estrictamente dentro del objetivo de investigación, no se profundizó en ninguno de los dos temas. Tomando en cuenta que de estas escuelas e instituciones surgieron grandes contingentes de militantes de la LC23S, se infiere que ambos procesos jugaron un papel importante en la radicalización de un amplio sector de la juventud sonorenses y que merecen su propio trabajo de investigación.

De igual forma, las prácticas relacionales y estructuras organizativas de la Liga en Sonora en lo que denomino su etapa de rectificación es otro tema que queda en el tintero. Si bien existen fuentes archivísticas y hemerográficas que indican la presencia de la LC23S en la entidad durante el período de 1975 a 1981, así como testimonios de exmilitantes, tanto orales como escritos, es poco lo que se ha recuperado de este período. Es a partir de esta información que en el presente trabajo se logró reconstruir ciertas características presentes al interior de las brigadas de la LC23S durante la segunda mitad de los setenta.

Sin embargo, a falta de informantes dispuestos a dar sus testimonios, éste resulta un apartado incompleto y parcial, que se asemeja más a un primer acercamiento. Esperemos que

en un futuro no muy lejano las personas que militaron en las organizaciones político-militares sonorenses estén dispuestos a presentar tu testimonio y abonar a la recuperación de la historia oral del movimiento armado socialista de la década de los setenta. Queda como tarea para futuras investigaciones acercarse a los archivos locales, así como a los sobrevivientes de la lucha armada para rescatar aquella información que, ya fuese por sesgo, olvido u omisión deliberada, ha sido rezagada a la nota roja de los periódicos de la época.

Para bien o para mal, la falta de trabajos historiográficos relacionados a los movimientos estudiantiles y los movimientos armados socialistas en Sonora deja un campo fértil para futuras investigaciones en torno a estos temas. Específicamente en lo que concierne al sur sonorenses, la lucha agraria/campesina y su intersección entre movilizaciones alimentadas por estudiantes, campesinos y militantes de izquierda, legal o clandestina. Contrario a lo que podría inferirse a partir de la bibliografía existente hasta el momento, la presencia de estos grupos no fue un fenómeno aislado, efímero o espontáneo, sino el resultado de procesos sociales complejos. Ya sea para continuar desarrollando aspectos puntuales de las estructuras organizativas de la LC23S en Sonora, de la PBD, el M23S de Gámez o las FARN, o explorando el fenómeno armado desde novedosas perspectivas teórico-metodológicas, el camino sigue abierto para quien decida adentrarse en esta dirección.

Referencias

- Aboites Aguilar, L. (2019). El último tramo, 1929 - 2015. En P. Escalante, B. García Martínez, L. Jáuregui, J. Zoraida Vázquez, E. Speckman, J. 1. Garciadiego Dantan, & L. Aboites, *Nueva Historia Mínima de México* (págs. 263-316). Ciudad de México : El Colegio de México.
- Agulhon, M. (2009). *El círculo burgués. La sociabilidad en Francia, 1810-1848*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Almada Bay, I. (2011). *Sonora: historia breve*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- Alonso Vargas, J. L. (2009). *Memorias 1945-1979*. México: S/E.
- Anaya Mexía, S., Estrella Acedo, E., Gil Gálvez, T., Moncada Ochoa, C., & Osorio Altúzar, F. (2015). *Trascendieron*. Ciudad Obregón: Instituto Tecnológico de Sonora.
- Angulo Luken, L. (2011). *Nos volveremos a encontrar*. Guadalajara: Taller editorial La Casa del Mago.
- Arana Murillo, J. M., y Barraza García, M. Á. (2021). *México en la Fase Imperialista: El dominio de los monopolios en México, en 1980, desde el punto de vista de la Liga Comunista 23 de Septiembre*. México: Editorial Huasipungo Tierra Roja. Obtenido de edición Kindle
- Bedolla Villaseñor, P. (2017). La teología de la liberación: pastoral y violencia revolucionaria. *Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos*, 64, 185-221.
- Bernaldo Quirós, P. G. (2004). La `sociabilidad' y la historia política. En E. y. Pani, *Conceptualizar lo que se ve. Francois-Xavier Guerra. Historiador. Homenaje* (págs. 419-460). México: Instituto Mora.
- Caetano, G. (2019). *Historia Mínima de Uruguay*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- Camberos Castro, M., & Bracamontes Nevárez, J. (2000). La Marginación en las Regiones de Sonora: Tendencias de Mediana y Largo Plazo. En D. Arredondo López, & P. Salido Araiza, *La Economía Sonorense y sus Regiones* (págs. 63-86). Hermosillo: Universidad de Sonora.
- Camou Healy, E. (1997a). Los que viven en la sierra. En E. Ibarra, & E. Camou Healy, *Historia General de Sonora Tomo V. Historia Contemporánea 1929-1984* (págs. 305-314). Hermosillo: Instituto Sonorense de Cultura.
- Camou Healy, E. (1997b). Yaquis y Mayos: Cultivadores de los Valles. En E. Ibarra, & E. Camou Healy, *Historia General de Sonora Tomo V. Historia Contemporánea 1929-1984* (págs. 279-292). Hermosillo: Instituto Sonorense de Cultura.
- Carbone, V. L. (2006). *Cuando la Guerra Fría llegó a América Latina. La Política Exterior Norteamericana hacia Latinoamérica durante las presidencias de Eisenhower y*

- Kennedy (1953-1963)*. Argentina: Centro Argentino de Estudios Internacionales, Programa Historia de las Relaciones Internacionales.
- Castellanos Moreno, M. (1991). *Historia de la Universidad de Sonora (1938-1953)*. Hermosillo: Castellanos Moreno, Arnulfo y Rosales Gutiérrez, Gabriela.
- Castellanos Moreno, M. (1992). *Historia de la Universidad de Sonora (1953-1967)*. Hermosillo: Castellanos Moreno, Arnulfo y Rosales Gutiérrez, Gabriela.
- Castellanos Moreno, M. (2007). *Historia de la Universidad de Sonora. En una época de crisis. Tomo III*. Hermosillo: S/E.
- Castellanos, L. (2015). *México Armado 1943-1981*. México, D.F.: Ediciones ERA.
- Cedillo, A. (2019). *Intersections Between the Dirty War and the War on Drugs in Northwestern Mexico*. Madison: University of Wisconsin-Madison.
- Cedillo, A. (2008). *El Fuego y el Silencio. Historia de las Fuerzas de Liberación Nacional Mexicanas (1969-1974)*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Cedillo, A., y Herrera Calderón, F. (2014). Análisis de la producción historiográfica en torno a la llamada guerra sucia mexicana. En M. López Ávalos, V. Oikión, & E. Rey Tristán, *El Estudio de las Luchas Revolucionarias en América Latina (1959-1996): Estado de la Cuestión* (págs. 263-288). Zamora: El Colegio de Michoacán & Universidad de Santiago de Compostela, 2014, p. 263-288.
- Cejudo Ramos, D. d. (2009). *La participación de los estudiantes de la Escuela Normal Rural "Plutarco Elías Calles" en el conflicto por la tierra. San Ignacio Río Muerto, Sonora, 1975*. Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- Cejudo Ramos, D. d. (2011). Los Quinteños: expresión de una identidad, 1970-1980. En R. Y. Atilano Villegas, & I. Ascencio Covarrubias, *Memorias del IX Congreso Internacional de Historia Oral. Reflexiones y prácticas de la historia oral: memoria y experiencia* (págs. 44-54). Guanajuato: Universidad de Guanajuato.
- Cejudo Ramos, D. d. (2016). *La Universidad en el naufragio: contienda política en la Universidad de Sonora, 1991*. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- Cejudo Ramos, D. d. (2018). Identidad, comunidad y acción colectiva: la participación de los Quinteños en la ocupación de predios de San Ignacio Río Muerto, Sonora, 1975. En D. E. Enríquez Licón, & J. M. Romero Gil, *Sonora: frontera, sociedad y medio ambiente. Siglos XIXy XX* (págs. 355-379). Hermosillo: Universidad de Sonora.
- Cejudo Ramos, D. d. (enero-julio de 2020). La disputa por la Federación de Estudiantes de la Universidad de Sonora 1967-1968. *Historia y problemas del siglo XX*, 12, 36-52.
- Centro de Investigaciones Parlamentarias del Estado de Sonora. (octubre de 2017). *23 de Octubre: Día de Luto Estatal en Memoria de los Caídos*. Obtenido de Xunuta:

<http://www.cipes.gob.mx/resources/docs/xunuta/2018/octubre/20181023XunutaDiaLutoEstatalSIRioMuerto.pdf>

- Cerutti, M. (2019). Trigo y revolución verde en el noroeste de México (1930-1970). *Mundo Agrario*, 20(43). doi:<https://doi.org/10.24215/15155994e103>
- Chapman Quevedo, W. A. (2015). El concepto de sociabilidad como referente del análisis histórico. *Investigación & desarrollo*, 23(1).
- Dinamarca Opazo, R. (2012). Una Aproximación a la Guerrilla Urbana: el Movimiento de Liberación Nacional Tupamaros (MLN-T). *Revista Divergencia*, 1(2), 39-62.
- Dirección General de Estadística. (8 de junio de 1960). *VIII Censo General de Población 1960*. Obtenido de INEGI: <https://www.inegi.org.mx/programas/ccpv/1960/#Tabulados>
- Dirección General de Estadística. (28 de enero de 1970). *IX Censo General de Población 1970*. Obtenido de INEGI : <https://www.inegi.org.mx/programas/ccpv/1970/#Tabulados>
- Duarte Rodríguez, R. (2003). *Días de Fuego. El Movimiento universitario sonorense de los años 70*. Hermosillo: Germinal.
- Flores Méndez, Y. (2019). Escuelas Normales Rurales en México: movimiento estudiantil y guerrilla. *Iztapalapa Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, 40(87), 205-226.
- Fuentes Molinar, O. (abril-junio de 1983). Las épocas de la universidad mexicana. *Cuadernos Políticos*(36), 47-55.
- Galaviz Miranda, C. A. (2016). *La dimensión simbólica de la protesta: el caso de las movilizaciones estudiantiles de 1970- 1973 en la Universidad de Sonora*. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- Galaviz Miranda, C. A. (2017). *Tras los pasos de José Antonio de Santiago, el fundador de los micos. Una historia de la extrema derecha en Sonora*. En prensa.
- Gámez Rascón, J. M. (2019). *A la luz de esta historia de batallas*. La Paz: Alternativa Editorial.
- Gámiz, A. (1965). *La participación de los estudiantes en el movimiento revolucionario*. Ediciones Línea Revolucionaria.
- Garcé, A. (2011). Ideologías políticas y adaptación partidaria: El caso del MLN-Tupamaros (1985-2009). *Revista de Ciencia Política*, 31(1), 117-137.
- García de los Arcos, M. F. (1993). El ámbito de la nueva historia política: Una propuesta de globalización. *Historia Contemporánea*(9), 37-57.
- Gaxiola Medivil, J. A. (2021). *Comandante Baiburín. Memorias de un guerrillero sonorense*. La Paz: Alternativa Editorial.

- Gill, L. (2004). *The School of the Americas. Military training and political violence in the Americas*. Durham: Duke University Press.
- González Arana, R. (2009). Nicaragua. Dictadura y revolución. *Memoria*, 6(10), 231-264.
- González Calleja, E. (2017). *Asalto al poder. La violencia política organizada y las ciencias sociales*. Madrid: Siglo XXI de España.
- González Rubí, M. G. (2008). La educación superior en los sesenta: los atisbos de una transformación sin retorno. *Sociológica*, 23(68), 15-39.
- Guereña, J.-L. (2001). Un ensayo empírico que se convierte en un proyecto razonado. Notas sobre la historiografía de la sociabilidad. En A. Valín, *La sociabilidad en la historia contemporánea*. Vigo: Duen De Bux.
- Guereña, J.-L. (2005). *Sociabilidad, cultura y educación en Asturias bajo la Restauración (1875-1900)*. Oviedo: Real Instituto de Estudios Asturianos.
- Guerra, F.-X. (2016). *México: del Antiguo Régimen a la Revolución*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Gutiérrez Hernández, C., López Quiñonez, J. S., Romero Sánchez, J. A., & Velasco Naranjo, J. (1981). *Ejido colectivo, revolución verde y lucha de clases en el Sur de Sonora*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Hernández Rodríguez, R. (2016). *Historia mínima del Partido Revolucionario Institucional*. México, D.F.: El Colegio de México.
- Hobsbawn, E. (1998). *Sobre la historia*. Madrid: Crítica.
- Ibarra, E., & Camou Healy, E. (1997). El desarrollo de las instituciones educativas y de las artes. En E. Camou Healy, & R. Guadarrama, *Historia General de Sonora Tomo V. Historia Contemporánea 1929-1984* (págs. 315-326). Hermosillo: Instituto Sonorense de Cultura.
- Iglesias, N. (2013). *La flor más bella de la maquiladora*. Tijuana: El Colegio de la Frontera Norte.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI Editores.
- Koselleck, R. (1993). *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*. Barcelona: Paidós.
- Lagarda Lagarda, I. (2011). *El color de las amapas. Crónica de la guerrilla en la sierra de sonora*. Hermosillo: Ediciones del lirio.
- López Limón, A. G. (2010). *Historia de las organizaciones político-militares de Izquierda en México (1960-1980)*. México D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.
- M. Piña, E., & Trinidad Chávez, J. (1997). Ganadería y agricultura en la sierra: 1929-1980. En E. Camou Healy, & R. R. Guadarrama, *Historia General de Sonora Tomo V*.

- Historía Contemporánea 1929-1984* (págs. 253-272). Hermosillo: Instituto Sonorense de Cultura.
- Mesri Hashemi-Dilmaghani, P. A., & Carlón Flores, M. A. (2019). *La organización político-social de la tribu yoeme (yaqui)*. Ciudad de México,: Tribunal Electoral del Poder Judicial.
- Moncada Ochoa, C. (2007a). *Historia General de la Universidad de Sonora. Tomo III. Crecimiento, política y crisis. 1953-1973*. Hermosillo: Universidad de Sonora.
- Moncada Ochoa, C. (2007b). *Historia General de la Universidad de Sonora. Tomo IV. La encrucijada. 1973-1992*. Hermosillo: Universidad de Sonora.
- Moreno Soto, A. (1985). *Los aguiluchos. El movimiento popular y estudiantil de 1967 en Sonora*. Hermosillo: Universidad de Sonora.
- Moreno Soto, A. (2015). *Cambio y continuidad institucional en la historia de la Universidad de Sonora: 1938-1982*. Hermosillo: Colegio de Sonora.
- Motilla Salas, X. (2012). Bases bibliográficas para una historia de la sociabilidad, el asociacionismo y la educación en la España contemporánea. *Historia de la Educación*(31), 339-358.
- Navarro García, A. (2016). *La teología de la liberación y su contexto histórico*. México, D.F.: Ediciones Navarra.
- Ortiz Rosas, R. (2014). *La Brigada Especial. Un instrumento de la contrainsurgencia urbana en el Valle de México (1976-1981)*. México, D.F.: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Pastén Roza, E. M. (2018). *Acción y reacción: La Liga Comunista 23 de Septiembre, contrainsurgencia e ideología en el estado de Sonora (1973–1981)*. Hermosillo: Universidad de Sonora.
- Perkins, J. H. (1997). *Geopolitics and the Green Revolution : Wheat, Genes, and the Cold War*. New York: Oxford University Press.
- Powaski, R. E. (2011). *La Guerra Fría. Estados Unidos y la Unión Soviética, 1917-1991*. Barcelona: Crítica.
- Pozzi, P., & Pérez, C. (2015). *Historia oral e historia política. Izquierda y lucha armada en América Latina, 1960-1990*. Santiago: LOM ediciones.
- Prieto, A. (2007). *Las guerrillas contemporáneas en América Latina*. Bogotá: Ocean Sur.
- Prieto, A. (Noviembre de 2018). *Guerrillas Contemporáneas en América Latina*. Obtenido de Conceptos y Fenómenos Fundamentales de Nuestro Tiempo: http://conceptos.sociales.unam.mx/conceptos_final/649trabajo.pdf

- Ramírez Méndez, R., Aguilar Zeleny, A. S., & Aguirre Limón, M. (2018). *Estudio de la Población Indígena migrante en la Costa de Sonora*. México, D.F.: Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas.
- Ramírez, J. C., Conde, O., & León, R. (1997). Hacia una sociedad urbana-industrial: 1955-1984. En E. Camou Healy, R. Guadarrama, & J. C. Ramírez, *Historia General de Sonora Tomo V. Historia Contemporánea 1929-1984* (págs. 187-208). Hermosillo: Instituto Sonorense de Cultura.
- Rangel Hernández, L. (2011). *La Liga Comunista 23 De Septiembre 1973-1981. Historia De La Organización Y Sus Militantes*. Morelia: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- Real Academia Española. (s.f.). *Sociabilidad*. Recuperado el 5 de Mayo de 2021, de Diccionario de la lengua española, 23.^a ed.: <https://dle.rae.es>
- De los Ríos Merino, A. (2010). José de Jesús, Luis Miguel y Salvador Corral García. Tres historias de Guerrilleros Urbanos en el México Contemporáneo. En M. Camarena Ocampo, *La Construcción de la Memoria Colectiva* (págs. 143-160). México: INAH.
- De los Ríos Merino, A. (2014). Militancia, Testimonio y Violencia. *Revista Electrónica de Psicología Iztacala*, 1(1), 344-364.
- Rodríguez Gómez, R. (1998). Expansión del sistema educativo superior en México 1970-1995. En M. Fresán Orozco, *Tres décadas de políticas del Estado en la educación superior* (págs. 167-205). México: ANUIES.
- Rodríguez Kuri, A. y González Mello, R. (2019). El fracaso del éxito, 1970-1985. En E. Velásquez García, *Nueva Historia General de México* (págs. 355-396). Ciudad de México: El Colegio de México.
- Sánchez Parra, S. A. (2008). Violencia política en sinaloa: el caso de los “enfermos” 1972-1978 (los lugares y medios para la radicalización). *Revista Historia de la Educación*, 11, 205-224.
- Sánchez Parra, S. A. (2012). *Estudiantes en Armas. Una historia política y cultural del movimiento estudiantil de los enfermos (1972-1978)*. Culiacán: Universidad Autónoma de Sinaloa.
- Topete, M. (2009). *Los Ojos de la Noche. El comando guerrillero Óscar González. Guadalajara*. Guadalajara: Taller editorial La Casa del Mago.
- Torres Martínez, H. D. (2018). La influencia jesuita en la conformación de la Liga Comunista 23 de Septiembre durante la década de los setentas del siglo XX en México. *Anuario de Historia Regional y de las Fronteras*, 23(2), 141 – 172.
- Velásquez García, E. (2019). *Nueva historia general de México*. México, D. F.: El Colegio de México.

- Verdugo Córdova, J. A. (2004). *El movimiento estudiantil en la Universidad de Sonora 1970-1974: un enfoque socio-histórico a partir del testimonio oral*. Hermosillo: El Colegio de Sonora.
- Verdugo Córdova, J. A. (2016). *Estudiantes en lucha. Los documentos personales como herramientas analíticas en el estudio de los movimientos sociales: el caso de la Universidad de Sonora*. Hermosillo: Universidad de Sonora.
- Vladimir Ilich, L. (2010). *¿Que Hacer?* Caracas: Ministerio del Poder Poder Popular para la Comunicación y la Información.

Páginas Web

- Agulhon, M., & Verger, E. J. (1992). Clase Obrera y sociabilidad antes de 1848. *Historia Social*(12). Recuperado el 15 de Mayo de 2021, de Fundacion Instituto de Historia Social: <http://www.jstor.org/stable/40657950>
- Bruno, D. (Junio de 2015). *Las condiciones objetivas y subjetivas. El derrumbe capitalista y la acción revolucionaria en el joven Lukács*. (E. D. Marxismo, Ed.) Recuperado el 30 de Abril de 2021, de En Defensa del Marxismo N° 44: <https://revistaedm.com/edm/44/las-condiciones-objetivas-y-subjetivas-el-derrumbe-capitalista-y-la-accion-revolucionaria-en-el-joven-lukacs/>
- Editorial Brigada Roja. (abril de 1974). *Madera No.3, Periódico Clandestino*. Recuperado el 29 de enero de 2022, de http://movimientosarmados.colmex.mx/files/docs/madera/PeriodicoMadera_No03.pdf
- Editorial Brigada Roja. (mayo de 1974). La Tercera Reunión Nacional y las ‘nuevas’ aportaciones a la ‘teoría de la vinculación partidaria. *Madera No.4, Periódico Clandestino*, págs. 1-22. Recuperado el 15 de octubre de 2021, de <https://ligacomunista23.wordpress.com/2020/08/04/madera-4-primera-epoca/>
- Editorial Brigada Roja. (noviembre de 1975). *Madera No.18, Periódico Clandestino*. Recuperado el 29 de enero de 2022, de <https://movimientosarmados.colmex.mx/items/show/940>
- Editorial Brigada Roja. (junio de 1978). *Madera No.37, Periódico Clandestino*. Recuperado el 29 de enero de 2022, de <https://movimientosarmados.colmex.mx/items/show/959>
- Editorial Brigada Roja. (noviembre de 1978). *Madera No.39, Periódico Clandestino*. Recuperado el 29 de enero de 2022, de <https://movimientosarmados.colmex.mx/items/show/961>
- Editorial Brigada Roja. (agosto de 1980). *Madera No.52, Periódico Clandestino*. Recuperado el 29 de enero de 2022, de <https://movimientosarmados.colmex.mx/items/show/974>

- Editorial Brigada Roja. (septiembre de 1980). *Madera No.53, Periódico Clandestino*. Recuperado el 29 de enero de 2022, de <https://movimientosarmados.colmex.mx/items/show/975>
- Editorial Brigada Roja. (julio de 1981). *Madera No.58, Periódico Clandestino*. Recuperado el 29 de enero de 2022, de <https://movimientosarmados.colmex.mx/items/show/980>
- Editorial Brigada Roja. (Agosto de 1980). Compañero Chiním Pualerom del Yaqui entoc Mayo?. *Madera No. 52, Periódico Clandestino*, págs., 11 – 14. Recuperado el 27 de enero de 2022, de <https://ligacomunista23.files.wordpress.com/2015/05/a-los-pizcadores-de-algodon.pdf>
- Guevara, E. (2004). *Guerra de Guerrillas*. (P. Espartaco, Ed.) Recuperado el 30 de Abril de 2021, de Centro de Estudios Miguel Enríquez - Archivo Chile: https://www.archivochile.com/America_latina/Doc_paises_al/Cuba/Escritos_del_Che/escritosdelche0045.pdf
- Hartog, F. (2009). Historia, memoria y crisis del tiempo ¿Qué papel juega el historiador? *Historia y gráfica*(33), 115-131. Recuperado el 18 de mayo de 2021
- Instituto Nacional de Estudios Políticos (S.F.) *Cuadros Políticos*. Recuperado el 11 de febrero de 2022 de Diccionario Electoral INEP: <http://diccionario.inep.org/C/CUADROS-POLITICOS.html>.
- Martínez Díaz, E. (9 de Julio de 2014). *Los tiempos pasados, enunciación del presente*. Recuperado el 20 de Abril de 2020, de Dossier Politico: <https://www.dossierpolitico.com/vernoticiasanteriores.php?artid=145626&relacion=dossierpolitico&criterio=0>
- Merriam-Webster. (s.f.). *Cadre*. Recuperado el 11 de febrero de 2022 de Merriam-Webster.com dictionary: <https://www.merriam-webster.com/dictionary/cadre>
- Olivares Torres, I. (20 de noviembre de 2014). *Movimiento Estudiantil Revolucionario. Tesis Universidad Fábrica*. Recuperado el 11 de noviembre de 2021, de Issuu: https://issuu.com/periodicomadera/docs/tesis_uf_version_definitiva
- Olivares Torres, I., & Orozco Guzmán, P. (19 de octubre de 2015). *Acerca del movimiento revolucionario del proletariado estudiantil*. Recuperado el 11 de noviembre de 2021, de Documentos de la Liga Comunista 23 de Septiembre: <https://ligacomunista23.wordpress.com/2015/10/19/tesis-universidad-fabrica/>
- Salas Obregón, I. A. (1976). *Manifiesto al proletariado. Cuestiones fundamentales del movimiento revolucionario*. Recuperado el 14 de enero de 2021, de El Colegio de México. Movimientos Armados en México: <https://movimientosarmados.colmex.mx/files/original/d0145499fd9e29f39f22c8d0b7918e29.pdf>

Tinoco, Y. (1 de enero de 2009). *Normal Rural El Quinto, Sonora: los olvidados*. Obtenido de Contralínea: [https://www.contralinea.com.mx/archivo-
revista/2009/01/01/normal-rural-el-quinto-sonora-los-olvidados/](https://www.contralinea.com.mx/archivo-revista/2009/01/01/normal-rural-el-quinto-sonora-los-olvidados/)

Zárate Valdez, J. L. (2016). Grupos étnicos de Sonora: territorios y condiciones actuales de vida y rezago. *Región y sociedad*, 28(65), 5-44. Recuperado el 30 de marzo de 2021, de <https://regionysociedad.colson.edu.mx:8086/index.php/rys/article/view/356/424>

Entrevistas

Aguado Franco, J. (10 y 11 de noviembre de 2017). Coordinador Militar de la Liga Comunista 23 de Septiembre en el “Cuadrilátero de Oro”. Entrevista Personal. Monterrey, Nuevo León.

Ávila Sosa, A. (27 de julio de 2021). Exmilitante de la Liga Comunista 23 de Septiembre. Entrevista Online. Aguascalientes.

Ávila Sosa, A. (18 de agosto de 2021). Exmilitante de la Liga Comunista 23 de Septiembre. Entrevista Online. Aguascalientes.

Ávila Sosa, A. (1 de septiembre de 2021). Exmilitante de la Liga Comunista 23 de Septiembre. Entrevista Online. Aguascalientes.

Claudia (16 de septiembre de 2021) Exmilitante de la Liga Comunista 23 de Septiembre. Entrevista Personal. Hermosillo. Sonora

Claudia (18 de septiembre de 2021) Exmilitante de la Liga Comunista 23 de Septiembre. Entrevista Personal. Hermosillo. Sonora

Gámez Rascón, E. (28 de septiembre de 2021) Exmilitante de la Liga Comunista 23 de Septiembre. Entrevista Online. La Paz, Baja California Sur.

Gámez Rascón, E. (29 de septiembre de 2021) Exmilitante de la Liga Comunista 23 de Septiembre. Entrevista Online. La Paz, Baja California Sur.

Gámez Rascón, E. (30 de septiembre de 2021) Exmilitante de la Liga Comunista 23 de Septiembre. Entrevista Online. La Paz, Baja California Sur.

Gaxiola Mendívil, J. A. (14 de octubre de 2021) Exmilitante de la Liga Comunista 23 de Septiembre. Entrevista Personal. Hermosillo. Sonora

López Quiñones, J. S. (7 de agosto 2021). Estudiante de la Estudiante de la Preparatoria de Navojoa durante la década de los sesenta. Entrevista Personal. Hermosillo, Sonora.

Manuel Carlos (19 de octubre de 2017). Estudiante de la Universidad de Sonora durante la década de los setenta. Entrevista Personal. Hermosillo, Sonora.

Navarro, P. (26 de julio de 2017). Exmilitante de la Liga Comunista 23 de Septiembre. Entrevista Personal. Hermosillo, Sonora

Navarro, P. (23 de julio de 2021). Exmilitante de la Liga Comunista 23 de Septiembre. Entrevista Personal. Hermosillo. Sonora

De la Paz Quintanilla, M. (10 y 11 de noviembre de 2017). Coordinadora Regional de la Liga Comunista 23 de Septiembre en la Zona Sur de Sonora. Entrevista Personal. Monterrey, Nuevo León.

Pérez Aragón, B. (5 sesiones, entre 28 de julio y 6 de agosto). Exmilitante de los Lacandones. Entrevista Online. Aguascalientes.

Rafael (25 de noviembre de 2017). Exmilitante de la Liga Comunista 23 de Septiembre. Entrevista Personal. Álamos, Sonora.

Santiago (24 de septiembre de 2017). Exmilitante de la Liga Comunista 23 de Septiembre. Entrevista Personal. Hermosillo, Sonora.

Santiago (21 de noviembre de 2017). Exmilitante de la Liga Comunista 23 de Septiembre, Entrevista Personal. Hermosillo, Sonora.

Valenzuela Valdez, J. A. (17 de septiembre de 2021) Exmilitante de la Liga Comunista 23 de Septiembre. Entrevista Online. Aguascalientes.

Valenzuela Valdez, J. A. (23 de septiembre de 2021) Exmilitante de la Liga Comunista 23 de Septiembre. Entrevista Online. Aguascalientes.

Hemerografía

Archivo Hemerográfico de la Universidad de Sonora

El Imparcial – Hermosillo, Sonora

Información – Hermosillo, Sonora

El Sonorense – Hermosillo, sonora

Tabla de referencias

Figura 1: Mapa de Sonora con los municipios de San Ignacio Río Muerto y Etchojoa____ 54

Figura 2: Cronograma básico de los movimientos guerrilleros en Latinoamérica, 1953-1990
_____ 62

Figura 3: Eleazar, a la izquierda, y Manuel Gámez Rascón, a la derecha. Barrio San Andrés, Guadalajara, Jalisco, 1971 _____ 68

Figura 4: Manuel Gámez Rascón y Arturo Borboa. Cd. Obregón, 1970 _____ 68

Figura 6: Ubicación de las organizaciones armadas con mayor presencia en México durante los años setenta _____	79
Figura 7: Estados donde la Liga Comunista 23 de Septiembre tuvo presencia _____	85
Figura 8: mapa topográfico de la zona sur de la sierra sonorense, donde actuó el CGOG _____	91
Figura 9: María de la Paz Quintanilla, encargada política del Comando Sonora _____	100
Figura 10: Portada de la edición número 3 de Madera Periódico Clandestino _____	106
Figura 11: Nota periodística acerca de la supuesta presencia de una célula de la Liga Comunista 23 de Septiembre en San Luis Río Colorado _____	110
Figura 12: Marco Antonio Arana Murillo _____	112
Figura 13: Estructura organizativa de la Liga Comunista 23 de Septiembre a Nivel Nacional, de 1973 a 1975 _____	115
Figura 14: Estructura organizativa de la Liga Comunista 23 de Septiembre en Sonora _____	121
Figura 15: Leopoldo Angulo Luken, El General, Melchor, Matus, Zacarías _____	123
Figura 16: Vista actual del patio interior de la Casa del Estudiantes Rafael Buelna Tenorio, actualmente Centro Sinaloa de las Artes “Centenario”, en Culiacán _____	143
Figura 17: Juan Rojo Olivas y Eleazar Gámez Rascón, 1971 _____	147
Figura 18: Encabezado del periódico Crisol, del ITSON, anunciando el triunfo de Miguel Duarte en las elecciones de la FEITSON _____	153
Figura 19: Estudiantes del ITSON, durante la década de los setenta _____	153
Figura 20: Vista actual de la entrada principal de la Escuela Normal Rural “Gral. Plutarco Elías Calles” _____	156
Figura 21: Vista actual del exterior e interior de la Casa del Estudiantes Rafael Buelna Tenorio, actualmente Centro Sinaloa de las Artes “Centenario”, en Culiacán _____	159
Figura 22: Mural de José Delgadillo en la Escuela de Economía, circa 1976-1978 _____	161
Figura 23: Pertrechos y propaganda incautada a miembros de la LC23S tras su detención _____	172